



Obsequio de

*El Autor*



1947

POSTAGE

PAID

NOV 1947

PQ7297

.M6

02

002596



1080019351



ITER PARA TVM

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CX

®



OCIOS POÉTICOS

DE

IPANDRO ACAICO

(D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**TIRADAS ESPECIALES**

50 ejemplares en papel de hilo, del..... I al 50.  
10 " en papel China, del..... I al X.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

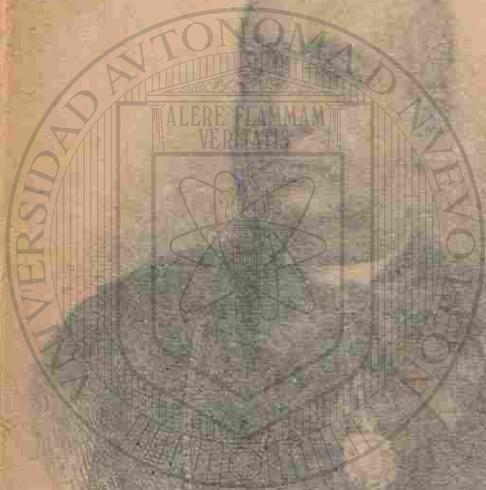
®



*D. Juan de Dios*  
*+ J. Opo. de S. L. Potosi*

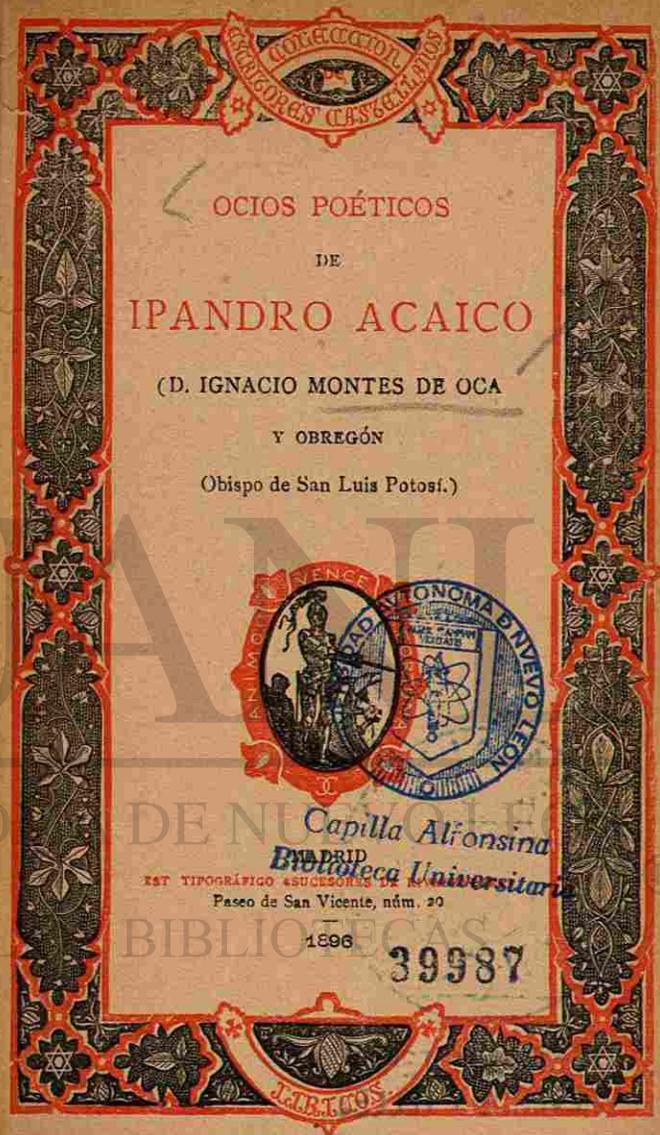


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL

*Op. de S. L. Potosí*



OCIOS POÉTICOS  
DE  
IPANDRO ACAICO  
(D. IGNACIO MONTES DE OCA  
Y OBREGÓN  
Obispo de San Luis Potosí.)

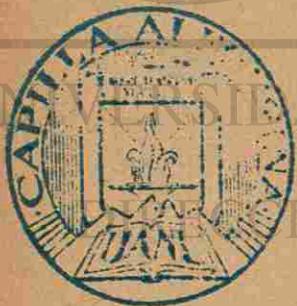
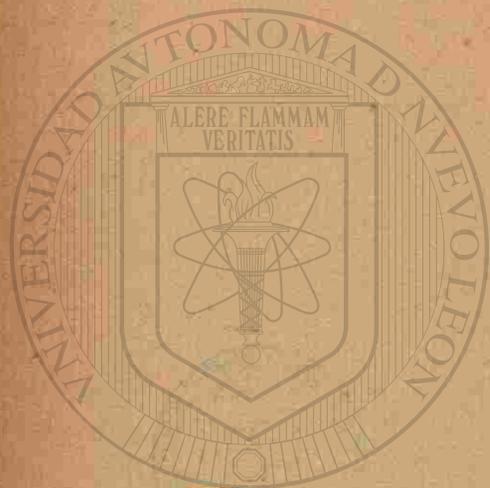


Capilla Alfonso  
BIBLIOTECA Universitaria  
EST. TIPOGRÁFICO SUCESORES DE  
Paseo de San Vicente, núm. 20

1896  
39987

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

P07297  
-m6-  
02



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Ἀείδων ἐνόμει.

Cantando apacentaba su rebaño.

*Mosco, Idil. III.*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

002596



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



## PRÓLOGO.

El año de 1877 se publicó en Méjico mi traducción métrica de los *Bucólicos griegos*. Poco se leen allí cierta clase de libros; y el mío, que reimpresso más tarde en España tuvo tan buen éxito, apenas circuló en América entre los literatos á quienes lo regalé. Desanimado con la poca fortuna de mi primer ensayo, al dar á luz el año siguiente mis *Ocios Poéticos*, hice una tirada de pocos ejemplares, destinados más bien á mis amigos que al público en general. También esta vez, aunque de diversa manera, el resultado fué contrario á lo que esperaba. Con grata sorpresa vi que en pocos días se agotó la edición; y durante los diez y siete años que han transcurrido no han cesado de hacerse pedidos, que ni mis editores ni yo hemos podido satisfacer. Entretanto, en periódicos, en folletines, en antologías, se han reproducido muchas de mis poesías, no siempre

con exactitud, y pocas veces con aquel acierto en la elección que hubiera convenido á mis circunstancias y carácter.

La crítica, que, como he dicho en otras ocasiones, *no temo, porque no aspiro á adquirir gloria*, me fué al principio tan favorable, que me hizo temer una reacción, como más tarde se verificó. No sólo recibí grandes elogios en España y en Méjico de aquellos escritores que pertenecen á mi propia escuela religiosa, política ó literaria, sino que me encomiaron altamente poetas que, como los mejicanos Guillermo Prieto y Gutiérrez Nájera, están dominados de tal manera por el fanatismo revolucionario, que no pueden sufrir que en la Iglesia católica florezcan las letras ni las ciencias.

A la tempestad de alabanzas, que duró algunos años, sucedió una tormenta de vituperios. Los autores que acabo de nombrar, retractando sus primeros juicios, encontraron malo cuanto al principio habían declarado bueno; y los siguieron en su ingrata tarea multitud de *zoidos* de diversas escuelas, que añadieron á la censura de los versos la injuria personal.

En tales circunstancias, se hacía indispensable una segunda edición. Formará el público de mis coplas el concepto que le plazca; pero basará su juicio, no en apasionadas censuras,

ni en fragmentos incorrectos ó desfigurados, sino en mis producciones originales. Satisfaré los deseos de los fieles amigos y admiradores de mi pobre musa; y á la Academia Española, á quien dediqué la primera edición, probaré una vez más que no ceso de esforzarme por corresponder al alto honor que me hizo admitiéndome entre sus miembros.

La presente colección va considerablemente aumentada, aunque no tanto como hubiera deseado. A las nuevas poesías puedo aplicar lo que de las anteriores decía en el prólogo de la primera edición: *Todas, salvo una que otra, fueron dictadas por exigencias del momento. También debo repetir que ocupado desde niño en estudios serios y en el extranjero, encerrado muy joven en austero seminario, ordenado sacerdote á los veintidós años, consagrado Obispo á los treinta, ni tiempo tuve ni inclinación para componer versos de un género ligero; y si faltan, es porque nunca salieron de mi pluma.*

La mayor parte de las poesías llevan las fechas en que fueron escritas. Publiqué el *Fiesco* á los diez y nueve años; de los sonetos, diez fueron trazados antes de los veinte, y el resto después de los treinta y cinco. El lema *cantando apacentaba su rebaño* figura, como antes, en la primera página, si bien se refiere á tiempos pasados, pues ahora ya no canto al apacentar mi crecida grey. No me faltan ocios,

como no faltan á ningún hombre, sea cual fuere su categoría; pero ni son tantos como cuando mi rebaño era poco numeroso y se hallaba desparramado en un territorio vastísimo, ni han dejado de proporcionárseme diversos modos de llenarlos, ni hay humor á los cincuenta y cinco años para pulsar la zampona ó la lira. Sigo, no obstante, llamando á mis coplas OCIOS POÉTICOS, *porque han sido, en realidad, fruto de aquellos ratos de ocio que no es posible llenar de otra manera.* Agradezco en el alma al egregio editor de la *Colección de Escritores Castellanos* la honra que me dispensa dándoles cabida en su clásica publicación, y confío en que, bajo sus auspicios, correrá mejor suerte mi humilde libro.

Madrid, Septiembre de 1895.

## LIBRO PRIMERO.

ODAS, HIMNOS Y CANCIONES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



como no faltan á ningún hombre, sea cual fuere su categoría; pero ni son tantos como cuando mi rebaño era poco numeroso y se hallaba desparramado en un territorio vastísimo, ni han dejado de proporcionárseme diversos modos de llenarlos, ni hay humor á los cincuenta y cinco años para pulsar la zampona ó la lira. Sigo, no obstante, llamando á mis coplas OCIOS POÉTICOS, *porque han sido, en realidad, fruto de aquellos ratos de ocio que no es posible llenar de otra manera.* Agradezco en el alma al egregio editor de la *Colección de Escritores Castellanos* la honra que me dispensa dándoles cabida en su clásica publicación, y confío en que, bajo sus auspicios, correrá mejor suerte mi humilde libro.

Madrid, Septiembre de 1895.

## LIBRO PRIMERO.

ODAS, HIMNOS Y CANCIONES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Á D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO  
ENVIÁNDOLE, EN CAMBIO DE SUS POESÍAS LÍRICAS,  
LAS OBRAS POÉTICAS,  
ORATORIAS Y PASTORALES DEL AUTOR.

¡Hijo querido de la griega Musa,  
Gloria naciente del hispano suelo!  
Agradecido te saluda Ipanδρο,  
Íclito vate.

¿Cómo pagarte la preciosa lira  
Que me regalas, de tu amor en prenda?  
Aunque me pides mi zampoña en cambio,  
Dártela temo.

¿Pueden mis cañas á las cuerdas de oro  
Parangonarse, y al ebúrneo plectro  
Con que los himnos de Catulo y Safo  
Blando repites?

Pero lo quieres, y negar no puedo  
Pago tan fácil, cuando Horacio mismo

No desdenara contestar tu bella  
Carta sublime.

Crucen los mares, y á tu mano lleguen  
Los sicilianos pastoriles ritmos  
Que á nuestra lengua, del nativo idioma  
Dórico, vierto.

Vayan con ellos á obsequiarte alegres  
Las cantinelas de mi propio numen:  
De tiernos años ó forzados ocios  
Métrico fruto.

En la portada de mi humilde libro  
La fiel imagen herirá tu vista  
Del zagalejo, que su grey dispersa  
Pace cantando.

No te deslumbre su vistoso traje  
Ni los topacios que en su pecho brillan,  
Ni te imagines que en dorado alcázar  
Plácido mora.

En el desierto y en la ardiente playa,  
Sobre los riscos de escarpada sierra  
Y entre los bosques, á las caras Musas  
Nómade invoca.

Del Evangelio la doctrina santa  
Bajo las selvas sin cesar predica,  
Y á su rebaño letras paternas  
Tierno dirige.

Letras que unidas á mandar se atreve:  
Con los que pides castellanos versos:  
Pasa por ellas, estudioso joven,  
Pasa los ojos.

¿Cuándo podremos al cantor de Téos  
Cubrir entrambos con moderna veste?  
¿Cuándo á mi lira prestará su numen  
Píndaro sacro?

Tú, que de Febo los favores gozas;  
Tú, á quien Atena plácida acaricia,  
Sigue las glorias del nevado Olimpo,  
Dulce cantando.

Á la española juventud tu ejemplo  
Á amar enseñe la elegancia griega;  
Por tí reviva la sublime y pura  
Clásica forma.

No te amedrente de Neptuno y Palas  
En tus cantares invocar los nombres;  
Cubra tan sólo sus efigies bellas  
Púdico manto.

Besa el romano, convertida en Pedro,  
La que era estatua del tonante Jove,  
Y al que aún llama templo de Minerva  
Férvido acude.

Á los hebreos dió la Providencia  
Sus santas leyes; el poder á Roma,

Y de las letras el primado excelso  
Hélade tuvo.

Del monte Sina los preceptos guarda,  
Al Vaticano la cerviz doblega;  
Leyes tu musa sólo del Parnaso  
Dócil acepte.

Del frío Norte las inmundas hojas  
Arroje al fuego la piadosa España;  
A Víctor Hugo nunca sus barreras  
Abra Pirene.

¡Renacimiento! clama de Cantabria  
Allá en los montes, inspirado vate.  
¡Renacimiento! clame en las aztecas  
Playas, Ipandro.

1878.



AL MISMO,

CON MOTIVO DE SU RECEPCIÓN EN LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Iza tus lonas, voladora nave  
De mi Musa gentil, y á las columnas  
Que levantara Alcides, y del mundo  
Juzgó confín la antigüedad sencilla,  
Dirige osada tu veloce prora.  
¡Oh! ¡Quién pudiera en tu ligero casco  
El Ponto atravesar! ¡Quién las riberas  
Del perfumado Betis y del Tormes  
Contemplar otra vez, y de rodillas  
Pedir inspiración á las sagradas  
Ninfas del Manzanares, que su veste  
De escasos, pero fúlgidos cristales,  
Hoy ostenta soberbio, señalando  
De Europa á las atónitas naciones  
El prodigio, no visto en luengos siglos,  
Que sus pobladas márgenes ilustra,  
Y que ni al sacro Tiber, ni al Danubio,  
Ni al Eridano docto, ni del Sena

Al ojo altivo, sin voraz envidia  
 Es dado contemplar. Entre sus brazos  
 Amoroso recibe á insigne joven  
 El augusto Senado cuyas leyes  
 A dos mundos aún, con grato yugo,  
 Dulcemente encadenan. De Felipe  
 Ó de Carlos el sol, á un hémisferio  
 Pudo ocultar su lumbre; mas la sabia  
 Pléyade que luciente *purifica*,  
*Y fija, y da esplendor*, á la que hablaron  
 Cervantes y Alarcón sublime lengua,  
 Ocaso no tendrá.

¡Salve, divina

Morada de las Gracias, nuevo Olimpo  
 Do coronado de laurel y rosas  
 Penetra vencedor, asido al brazo  
 De Hebe, deidad de juventud perenne,  
 El apuesto garzón que fieros monstruos,  
 Cual Hércules, ahogó desde la cuna,  
 Y con las frescas flores del ingenio  
 Primavera!, ostenta ya los frutos  
 Que sólo de la vida en el otoño  
 Solemos recoger, luz de Cantabria,  
 Gloria de España, admiración de Europa  
 Y querida mitad del alma mía!

¡Cuánto saber, qué ciencia, cuán profunda  
 Erudición alberga aquel recinto,  
 Sólo al mérito abierto! do á ninguno  
 Es dado penetrar, si de la Fama  
 No lo anuncia la trompa, y si no lleva

En sus espaldas ponderoso fardo  
 De volúmenes doctos, y sus dedos  
 La bien cortada péñola no oprimen,  
 A empaparse en la tinta siempre lista.  
 Donde el más joven, de luciente plata  
 Muestra ornada su sien, mientras á todos  
 Ciñen mil lauros la rugosa frente.

Cubierto aún con el sagrado polvo  
 De las queridas aulas, sube al templo  
 De la inmortalidad doncel gallardo,  
 Cuya tierna mejilla apenas orna  
 El primer bozo; pero ya la lira  
 Sabe pulsar, como en Olimpia ó Delfos  
 Píndaro excelso; de Catulo y Siso  
 Y de Erina y de Mosco la dulzura,  
 Gusta por él, aun de la indocta plebe  
 El tosco paladar; del grande Homero  
 A la sublime altura se remonta,  
 Merced á sus lecciones, de escolares  
 Ardiente multitud; presto el coturno  
 Del viejo Esquilo la española escena  
 Admirará festiva, y aun las sales  
 De Aristófanes mismo el más austero  
 Saborear podrá, gracias al tacto  
 Con que de Cristo adapta la doctrina  
 A la pagana forma deleitosa  
 El hijo de la Iglesia y de las Musas.  
 ¡Oh de París, y de la docta Roma,  
 Y de Florencia, y de la reina altiva  
 Del Adria, polvorosas bibliotecas!

¡Archivos de Sevilla y de Simancas,  
 De Londres y Madrid! En breves horas  
 Visteis al niño que á infantiles juegos  
 Llamado parecía, los tesoros  
 Que largos siglos á la aguda vista  
 De sabios mil celosos ocultaran,  
 Descubrir, nuevo Lince, entre las hojas  
 De sucios pergaminos; y diamantes  
 Espléndidos sacar de entre las telas  
 Que, no turbada, trabajó la araña  
 En vuestros muros; joyas que relucen  
 De seductor lenguaje, en el brillante  
 Oro engastadas. ¡Luminosa *Historia*  
*De los heterodoxos* que en España,  
 Contados y sin séquito, la enseña  
 Del error tremolaron! Cada línea  
 De tus doradas páginas, sin velo  
 Nos muestra á la Verdad, en su terrible  
 Pero celeste desnudez, que á tantos  
 Pavor infunde. La atrevida diestra  
 Del juvenil autor, á respetarla  
 Fuerza á la par al torpe Fanatismo  
 Y á la Impiedad procaz, á la Ignorancia  
 Y á la servil Adulación. La hoguera  
 Que al infeliz Servet hizo Calvino  
 Encender en Ginebra, á nuestros ojos  
 Señala con horror, mientras al cielo  
 Vemos subir, con apacible calma,  
 Las que en Valladolid acrisolaron  
 La católica Fe, llamas divinas.

Del desgraciado, pero no inocente,  
 Toledano Pastor, la sacra tumba  
 (Con hipócritas lágrimas regada)  
 No teme profanar, de sus errores  
 Mostrando la cadena, que el augusto  
 Salvador tribunal rompió celoso.  
 ¡Bien haces, docto joven! que la Historia  
 No reconoce fueros; su sagrada  
 Misión es proclamar á los mortales,  
 Sin temor, la verdad, aunque se turbe  
 La paz de los sepulcros. ¡Anatema  
 A quien de miedo vil, ó de mentida  
 Piedad llevado, á Mesalina teje  
 Coronas de azahares, y cordero  
 Llama á Nerón, ó á Elisabeta virgen!  
 ¡Ah! Con razón los ínclitos custodios  
 Del español lenguaje se prendaron  
 De tu precoz ingenio, y tus afanes  
 Por defender de nuestra madre patria  
 La no extinguida ciencia, y de sus letras  
 Acrecer el fulgor, hoy galardonan  
 Las codiciadas puertas del santuario  
 Do las divinas llamas alimentan  
 De la sagrada trípode, amorosos  
 De par en par abriéndote. De gala  
 España se reviste al ver el cuello  
 De su hijo predilecto circundado  
 Del precioso collar. En las montañas  
 De la paterna Santander resuena  
 Aplauso atronador. Ruge de gozo

El Cantábrico mar, y al Nuevo Mundo  
 La noticia feliz en un momento  
 Raudo transmite. En los lejanos Andes  
 Eco repite, desde el Bravo al Plata,  
 El fausto anuncio, y las radiantes frentes  
 A un tiempo levantando la Argentina  
 Matrona, y Venezuela, y las deidades  
 De Chile y del Perú, la alma Colombia  
 Y Méjico divina, y cuantas fueron  
 Hijas de Iberia, en cánticos prorrumphen  
 De celeste dulzor, y las gentiles  
 Diestras uniendo: «Tus hermanas somos  
 (Claman en coro), Cántabro lucero;  
 Es nuestro tu fulgor, que por la lengua  
 Somos aún, seremos siempre Españas.»

¡Oh Musa, alza tu vuelo! Y con las manos  
 Libres (como á él le place) de la dura  
 Cadena de la rima, dulce estrecha  
 Del apuesto doncel la diestra amada.  
 El es, oh Musa, tu mejor amigo  
 Y fiel admirador de tus sencillas  
 Ultramarinas galas; bien merece  
 De gratitud y amor tributo eterno.

1881.



EN LA CANONIZACIÓN

DE LOS

## MARTIRES JAPONESES.

*Filia Jerusalem, venite et vi-  
 dete Martyres cum coronis, quibus  
 coronavit eos Dominus.*

«¡Venid y ved mil mártires gloriosos  
 Ornados de las fúlgidas coronas  
 Con que ciñó Jehová su augusta frente!  
 ¡Venid y ved! Pastores que animosos  
 Los rebaños pacéis, que el sol ardiente  
 Del Ecuador abrasa, y los que cerca  
 Perpetua nieve en las heladas zonas.  
 ¡Venid y ved! los que del Pó y el Arno  
 Bebéis las dulces aguas, ó en el Sena  
 Apagáis vuestra sed; los que en Bretaña  
 La fe gloriosa de ínclitos mayores  
 Fervientes encendéis; los que en España  
 No indignos sucesores  
 Os mostráis de Ildefonsos y Leandros;  
 Los que habitáis las plácidas comarcas

Que baña el Rhin, y el Neva, y el Danubio,  
 Y las vastas regiones que fecunda  
 El caudaloso Nilo, ó el Vesubio  
 De roja lava destructor inunda.  
 Venid todos, venid, del Orbe entero  
 Pontífices augustos,  
 De la Esposa sin mancha del Cordero  
 A presenciar las inefables glorias:  
 Venid, y de los Mártires de Cristo  
 Cantad en torno mío las victorias.»

Desde lo alto del monte Vaticano  
 Así intrépido clama  
 Con voz sonora majestoso Anciano.  
 Alígera la Fama  
 Del Sucesor de Pedro el sacro acento  
 Por doquiera difunde en un momento.  
 Por apagarlo en vano  
 Se esfuerza la Impiedad: al Capitolio  
 Sus huestes dirigir en vano intenta  
 Y derribar sangrienta  
 Del Nono Pío el venerando solio.

¡Miradla! Al pie de los nevados Alpes  
 Su inmensa forma al Universo ostenta,  
 Gigante meretriz: sus vestiduras  
 Tintas están en inocente sangre,  
 Y robada coraza  
 Cubre empañada su abultado seno:  
 Ajeno escudo embraza,

Y orna su frente, de metal ajeno,  
 Mal forjada diadema. Centellantes  
 Sus torvos ojos furibunda fija  
 En la Eterna Ciudad; y fascinada,  
 La maldice con labios espumantes  
 Y la amenaza con su rota espada.

¡Insano maldecir! Del mar Tirreno  
 Ya las azules ondas desaparecen  
 Bajo millares de extranjeras naves,  
 Que plácidas se mecen  
 Llevadas por los céfiros sūaves.  
 Allí del Nuevo Mundo; allí de Europa;  
 Allí de Libia y del lejano Oriente  
 De Pontífices viene augusta tropa;  
 Y mil y mil Levitas  
 É inmensa turba de piadosa gente  
 En torno suyo á Roma se dirigen.  
 Mil cánticos sagrados  
 Al trueno se unen del cañón festivo  
 Que anuncia de los ínclitos varones  
 El anhelado arribo.  
 Todos con palpitanes corazones  
 Cercan postrados al Pastor Supremo;  
 Y con el rostro en lágrimas bañado,  
 Atestiguan al mundo  
 Su intensa devoción y amor profundo  
 Al Padre de los padres venerado.

Raya, por fin, la suspirada aurora;

Y de la excelsa cumbre  
 Del Vaticano monte, el infalible  
 Vicario de Jesús, de la alma lumbre  
 Del Creador Espiritu animado,  
 Muestra al orbe la espléndida aureola  
 Que á la ínclita falange en torno brilla  
 De mártires sin fin, que merecieron  
 En el Japón lavar su blanca estola  
 Con sangre del Cordero sin mancilla.  
 Del Pontífice-rey la voz sagrada  
 En las excelsas bóvedas retumba  
 De la inmensa Basílica; palpitan  
 Los pechos de la turba al escucharla:  
 Truenan el cañón, y manos mil agitan  
 Alborozadas los alegres bronces,  
 Y las vencidas Puertas del Infierno  
 Rechinan con fragor sobre sus gonces.

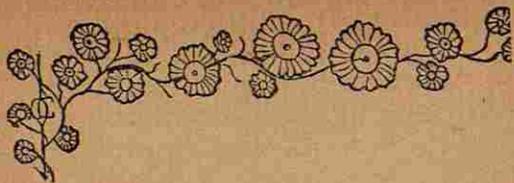
La Madre Iglesia en tanto  
 Enjuga el que la baña, amargo llanto,  
 Y á la margen del Tíber se presenta,  
 ¡ Matrona celestial! Fúnebre velo  
 No oculta ya su faz. Soberbia veste  
 De mil colores matizada ostenta;  
 De púrpura y brocado  
 Vistoso manto cuelga de sus hombros,  
 De perlas y diamantes salpicado;  
 Y en vez de las espinas  
 Con que sus blandas sienes circundara,  
 Pontifical tiara

Y tríplice diadema orna su frente:  
 Rayos despide de celeste lumbre  
 Su rostro refulgente;  
 Y la sonrisa angélica que brilla  
 En sus rosados labios, la esperanza  
 Que la anima revela, y nos augura  
 Dorado porvenir de bienandanza.

Entrambos ojos al sereno cielo  
 Eleva suplicante; y penetrando  
 El azulado velo,  
 De Jehová postrados ante el trono  
 Los Japoneses mártires divisa  
 Cercados de esplendor. Férvidas preces  
 Por la de Pedro combatida nave  
 Alzan á Dios; y humildes presentando  
 Sus llagas y su cruz, por ti mil veces  
 Oran tus hijos, ¡oh del gran Loyola  
 Ínclita Compañía! y los que vieron  
 La luz en tu regazo, ¡oh española  
 Gloriosa tierra, en mártires fecunda!  
 Por ti sus votos al Señor dirigen.  
 Del mejicano suelo el Protomártir  
 Resplandece entre todos. ¡Cuál conjuran  
 Sus ardientes plegarias los que afligen  
 Á Méjico infeliz males infandos!  
 ¡Cuál sobre sus Pontífices errantes  
 Invoca del Señor las bendiciones,  
 Generoso patrono! ¡Ah! Las constantes  
 Súplicas de sus fieles campeones

Dios no desechará: su augusto cetro  
 Benigno tiende, y plácida mirada  
 Lanza sobre su intrépido Vicario.  
 Lo ve la Madre Iglesia; y ya segura  
 De la victoria, fulminante espada  
 Guerrera empuña: fúlgida armadura  
 Viste sobre su túnica; y al viento  
 Tremolando, entre vítores sin cuento,  
 La enseña de las Llaves celestiales,  
 Sus legiones convoca sacrosantas,  
 Hasta hacer de las huestes infernales  
 El escabel humilde de sus plantas.

1862.



## EN LA CONSAGRACIÓN EPISCOPAL

DEL EXCMO. SEÑOR  
 NUNCIO APOSTÓLICO EN BÉLGICA

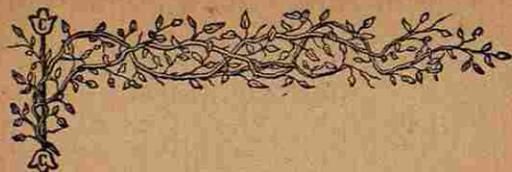
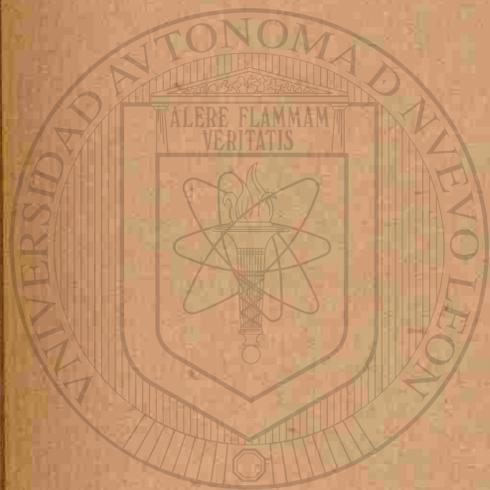
**MONSEÑOR MIECISLAO LEDOCHOWSKI,**

*Antiguo Delegado de la Santa Sede en Nueva Granada, después  
 Arzobispo de Gnesen y Posen, y actualmente Cardenal Prefecto  
 de la Congregación de Propaganda Fide.*

Permite que también mi humilde mano  
 Una sencilla flor tímida añada  
 A la corona con que ornó tu frente  
 Un tiempo la católica Granada.  
 ¡Gloria y honor de la polaca gente!  
 Aunque tu noble rostro  
 Jamás miré, ni de tu voz sonora  
 El eco nunca resonó en mi oído,  
 La Fama voladora  
 Tus claros hechos al rincón obscuro  
 En que yazgo ha traído.  
 Mil veces pronunció tu ilustre nombre  
 La juventud brillante, que á tu puro  
 Celo y santo fervor debe la dicha  
 De hollar de Roma el venerando polvo.

Mil veces tus loores  
 Escuché entusiasmado de su labio,  
 Y te admiré sin conocerte, oh sabio  
 Legado del Pastor de los Pastores.  
 Y ardiente en mi alma se encendió el deseo  
 De contemplar tu faz; y al fin cumplido  
 Este día faustísimo lo veo.  
 De episcopal ropaje revestido  
 A mi afanosa vista te presentas:  
 Sobre tu pecho ostentas  
 La cruz que tanto tu virtud merece;  
 Y el Pastoral anillo  
 En tu dedo fulgente resplandece.  
 Al mirarte, doquier vivas sin cuento  
 Y aplausos mil y mil llenan el viento;  
 Y de Polonia el pueblo, y el Romano,  
 Y de América el hijo,  
 Llenos de regocijo  
 Te proclaman Pontífice Tebano.  
 Sólo en medio del público alborozo  
 De cuando en cuando los oídos hiere  
 Prolongado sollozo.  
 Es la joven Granada. Entre cadenas  
 Yace allende los mares, recostada  
 Sobre las duras peñas de los Andes.  
 La túnica preciosa en que las plumas  
 Primitivas trocara, desgarrada,  
 Sus heridas hondísimas descubre.  
 Baña copioso llanto  
 Su dolorida faz, que ni procura

La infeliz enjugar: en su amargura  
 Vuelve al inmenso mar los tristes ojos,  
 Y con acento lánguido te llama,  
 ¡Oh Tebano Pastor! y *Padre*, clama:  
*Padre*, repite; y sin hallar consuelo  
 La cansada cabeza  
 Deja caer sobre el mojado suelo.  
 ¡Desventurada! Sus amargos ayes  
 No te es dado escuchar. Á otras regiones  
 Te aprestas á llevar las bendiciones  
 De que amoroso la colmaste un día.  
 Ya la piadosa Bélgica sus brazos  
 Te abre llena de amor; ya de tu nave  
 Las extendidas lonas  
 Hinche apacible céfiro suave:  
 Ya de Cristo el santísimo Vicario  
 El ósculo de paz en tu alba frente  
 Imprime, y en tu diestra dulcemente  
 El ramo pone de sagrada oliva  
 Que has de llevar al Belga hospitalario.  
 ¡Vé; vuela do te llama  
 Tu sublime misión! Veloz la Fama  
 Con sus trompas sin cuento te preceda;  
 Te acompañe la Paz, y la Fortuna  
 Haga parar su no cansada rueda.  
 De aureola brillante  
 Tu majestosa sien la Gloria ciña;  
 Y cuando á Roma tornes triunfante,  
 Tu sacra veste en púrpura se tiña.  
 1861.



## EL MAR.

---

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro  
Del fresco mar la perfumada brisa!  
Juega en mis labios plácida sonrisa  
Cuando sus olas levantarse miro.

¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oídos  
Ese bramido furibundo suena!  
¡De cuánto gozo mi ánimo se llena  
Al escuchar del viento los silbidos!  
¡Cómo del agua la color obscura  
Herida por el sol, bella se esmalta!  
¡Con qué primor sobre su azul resalta  
De la flotante espuma la blancura!

¡Cómo las ondas pavorosas ruedan,  
Y unas tras otras á estrellarse locas  
Con estrépito vienen en las rocas;  
Luego tranquilas cual espejo quedan!  
¡Cómo las barcas frágiles se mecen  
Llevadas por el húmedo elemento!

Hincha sus lonas favorable viento  
Y allá en el horizonte desaparecen.

Otras naves con mástiles desnudos,  
De humo arrojando nube voladora,  
Vuelven al Aquilón su fuerte proa  
Y osadas vencen sus empujes rudos.

De mil y mil cañones erizada  
Á lo lejos se eleva pintoresca  
Del castillo la forma gigantesca  
Con su alta torre por el sol dorada.

Siglos y siglos el peñasco fuerte  
En que su mole inmensa se reposa  
Desafió la tormenta que horrorosa  
Esparce en torno pródiga la muerte.

¡Ay! yo también á desafiar en breve  
El tempestoso mar voy arrogante;  
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?  
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?

Tan sólo tú, Señor, que en Tiberíades  
Aplacaste las olas y los vientos,  
Puedes domar los fuertes elementos  
Y sosegar las bravas tempestades.

Escucha tú mi súplica ferviente;  
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:  
Manda que el mar tranquilo me reciba  
Y me lleven sus olas blandamente.

¡Estrella del Océano, que guías  
En la borrasca al infeliz marino!  
Resplandeciente alúmbrame el camino:  
De las borrascas sálvame bravías.

Haz que en el Vaticano Santuario  
Presto te eleve mi oración ardiente,  
Y que se postre mi devota frente  
De Cristo ante el Santísimo Vicario.

1859.



UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
GENERAL DE BIBLIOTECAS





## AL RÓDANO.

---

¡Oh Ródano afamado,  
Oh caudaloso río,  
Más rápido que el viento  
Y el huracán temido!  
¡Con qué placer tus aguas  
Embelesado miro  
Regar mil y mil campos  
De vides y de olivos!  
De fértiles colinas  
Ya bañas fugitivo  
El pie, que llena Agosto  
De pesados racimos,  
Ó ya la orilla lames  
De llanos infinitos  
Do brota el rico grano  
Del Indostán traído.  
Tal vez en tu ribera,  
De algún feudal castillo  
Descúbrese entre musgos  
El torreón sombrío;

Ó tal vez, en dos brazos  
 Tu cauce dividido,  
 Algún ameno islote  
 Se mira de improviso.  
 ¡Cuán bellos son tus campos  
 En el Abril florido!  
 Tus márgenes feraces  
 ¡Cuánto en otoño admiro!  
 El zagal abrasado,  
 ¡Con cuánto regocijo  
 No salta entre tus ondas  
 En el ardiente estío;  
 Ó de la luna triste  
 Bajo el rayo tranquilo  
 Sobre ellas se desliza  
 En frágil botecillo!  
 Pero también ahora,  
 Oh Ródano divino,  
 También eres hermoso  
 En el invierno impío.  
 Ya ardiente las entibie  
 Del sol el fuego vivo,  
 Ó ya sobre ellas floten  
 Hielos endurecidos;  
 Ya guarden en su curso  
 Los límites prescritos,  
 Ó inunden los feraces  
 Campos circunvecinos,  
 Tus ondas siempre ofrecen  
 El plácido atractivo

Que pródiga Natura  
 Te dió desde el principio:  
 Y al paso que deleitan  
 Con su correr continuo  
 Los ojos del viajero  
 Que admírate embebido,  
 Excitan en el alma  
 Recuerdos los más vivos  
 De edades muy remotas,  
 De tiempos muy antiguos;  
 Allá cuando sentiste  
 Peso desconocido  
 Y cubrieron tus aguas  
 Mil áticos navíos;  
 Y viste en un momento  
 En tu margen florido  
 Alzarse mil ciudades  
 Y teatros y circos.  
 De Rómulo llegaron  
 Después los bravos hijos,  
 Y en tu orilla erigieron  
 Muros y templos ricos.  
 Cuando la vista absorto  
 En tu corriente fijo,  
 De Aníbal la bravura  
 Me pasma; y me imagino  
 Que veo al renombrado  
 Cartaginés invicto  
 Cruzarte con su inmenso  
 Ejército aguerrido.

Sus púnicos infantes  
 Paréceme que miro;  
 Sus bárbaros jinetes,  
 Sus elefantes indios.

¡Ay! ¡Quién escenas tantas  
 Como tú hubiera vistol

¡Quién, los hechos gloriosos  
 De que has sido testigo!

De férvidos cristianos  
 Los hórridos martirios,  
 Y de inclitas ciudades  
 Los inmortales sitios;

De ejércitos valientes  
 Combates infinitos  
 De que sólo la fama  
 Llegó á nuestros oídos,

Todo lo presenciaste,  
 Afortunado río:

Felicidad tamaña

¡Cuánto, cuánto te envidio!  
 De cadáveres nobles

También te viste henchido,  
 Que arrojara á tus ondas  
 Escandaloso siglo;

Y viste á tus peces  
 Ávidos engullirlos,  
 En veneno trocando  
 Su cuerpo apetecido.

En estos gloriosos  
 Pensamientos me abismo;

Y ni temo las nieves,  
 Ni siento el crudo frío:

Mas mientras en la remota  
 Antigüedad medito,  
 Recuerdo involuntario  
 Oprime el pecho mío.

Recuérdanme esas nieves  
 Las que en los altos riscos  
 De mi adorada patria  
 Cubren rocas y pinos;

Las que coronan bellas  
 Al Orizaba altivo,  
 Cuya sublime cumbre  
 Alcanza al cielo mismo;

A esa montaña excelsa  
 Que, el faro ya perdido  
 Que á Veracruz alumbra  
 Desde el fuerte castillo,

Su frente gigantesca  
 Mostraba y albo *Pico*  
 Al alejarme triste  
 De mi suelo natío.





IMITACIÓN DE HORACIO.

---

Otros celebren  
A Roma santa;  
A augusta Londres;  
A insigne Mantua;  
A la opulenta  
Perla de Francia,  
O á la señora  
Que, rodeada  
De las azules  
Ondas del Adria,  
Se dice hermosa  
Reina de Italia.

Vense poetas  
Que siempre cantan  
Las hermosuras  
De su Granada,  
Con su soberbia,  
Sin par Alhambra,  
Y aquella amena

Vega encantada  
Que mil preciosas  
Flores esmaltan.

Mas ni Florencia  
Tanto me agrada  
Sobre sus verdes  
Campos sentada,  
Que el Arno manso  
Tranquilo baña,  
Con mil jardines  
Engalanada,  
Y con marmóreas  
Ricas estatuas  
Que se contemplan  
En cada alcázar;  
Ni las famosas  
Suizas montañas  
Que hasta las nubes  
Sus cumbres alzan,  
Cubiertas siempre  
De nieves blancas,  
Mientras azotan  
Sus verdes faldas  
De lagos puros  
Las ondas claras;  
Como los montes  
Que de mi patria  
El suelo cubren  
Con oro y plata

Que arrojan todos  
De sus entrañas.

Mi humilde suerte  
Yo no trocara  
Con la opulencia  
De cien monarcas,  
Cuando me encuentro  
Junto á la clara  
Fresca laguna  
Que con sus aguas  
Mi sed primera  
Dulce apagara:  
Hermoso es verlas  
Cuando retratan  
A la apacible  
Luna argentada,  
Que temblorosa  
Su luz derrama  
Sobre las quintas  
Y las cabañas,  
Que graciosas  
En torno se alzan.  
Mas cuando dora  
Risueña el alba  
Los arroyuelos,  
Que entre escarpadas  
Peñas y riscos  
Veloces bajan  
Sus puras linfas

A regalarla,  
 No hay en la tierra  
 Región humana  
 A que pudiera  
 Ser comparada:  
 Tívoli misma  
 Con sus cascadas,  
 En atractivos  
 No la igualara.

Venid, amigos,  
 A mi morada:  
 Humilde mesa  
 Ya nos aguarda;  
 Y aunque sin ricas  
 Suntuosas viandas,  
 Veréis los vinos  
 En abundancia;  
 Y entre las flores  
 Y ricas dalias,  
 Llena la copa  
 De buen champaña,  
 Queden las penas  
 Allí olvidadas,  
 Y los dolores  
 Del pecho salgan:  
 Risa tan sólo,  
 Placer y holganza  
 Hallarse deben  
 Donde sus gracias

Naturaleza  
 Prodigia ufana,  
 Y á manos llenas  
 Siempre derrama  
 Tanta hermosura,  
 Belleza tanta.

1858.

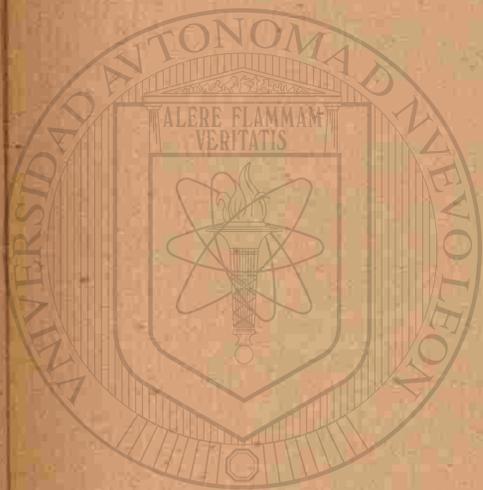


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA VIOLETA DEL TAMESÍ.

---

Violeta pálida  
Que airosa brillas  
En las orillas  
Del Pó y Genil,  
¿Por qué raquítica  
Tu faz doblegas  
Acá en las vegas  
Del Tamesí?

¿Por qué tus pétalos  
Abres gigante  
Cabe el distante  
Guadalquivir,  
Y pequeñísima  
Tu azul corola  
Muestras, oh viola  
Del Tamesí?

¿Qué! ¿De los trópicos  
El sol fulgente  
Asaz caliente  
No es para ti?

¿Riego benéfico  
No te depara  
El agua clara  
Del Tamesí?

De lirio cándido  
Corona hermosa,  
De blanca rosa  
Y albo jazmín  
Formaba espléndida  
Gallarda ninfa  
Junto á la linfa  
Del Tamesí,

Y á la aromática  
Guirnalda en vano  
Quiso la mano  
Diestra y gentil  
Con lazo sérico  
Dejar sujetas  
Unas violetas  
Del Tamesí.

Huyendo tímidas  
Del tierno dedo;  
Borrando el miedo  
Su azul matiz,  
Cayeron lánguidas  
Todas marchitas  
Las violetitas  
Del Tamesí.

Antes que rápida  
Las sumergiera  
Corriente fiera,  
Las recogí;  
Y entre las páginas  
De libro de oro  
Puse el tesoro  
Del Tamesí.

Secos los cálices,  
Ya sin olores,  
Miré, las flores  
Al oprimir;  
Y contemplándote  
Tan diminuta,  
Oh viola enjuta  
Del Tamesí:

Violeta pálida,  
(Dije) que brillas  
En las orillas  
Del Pó y Genil,  
¿Porqué raquítica  
Tu faz doblegas  
Acá en las vegas  
Del Tamesí?

¡Ah! Compadézcote;  
Violeta mía,  
Que todavía  
No llega Abril.

Aun sopla el Ábrego,  
Y prematura  
Ya tu hermosura  
Ve el Tamesí.

No gozas, mísera,  
Vida completa,  
Y ya, violeta,  
Ser del pensil  
Reina magnífica  
Quiéres ansiosa;  
Quiéres ser diosa  
Del Tamesí.

¡Oh flor simpática!  
Paciente espera  
Que primavera  
Torne feliz;  
Y á amantes céfiros  
Nunca respondas  
Sin que las ondas  
Del Tamesí

Temple vivífico  
Calor súaue;  
Mientras el ave  
No cante aquí.  
Entonce admírente  
Más exquisita,  
¡Oh violetita  
Del Tamesí!

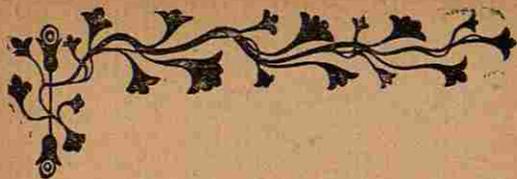
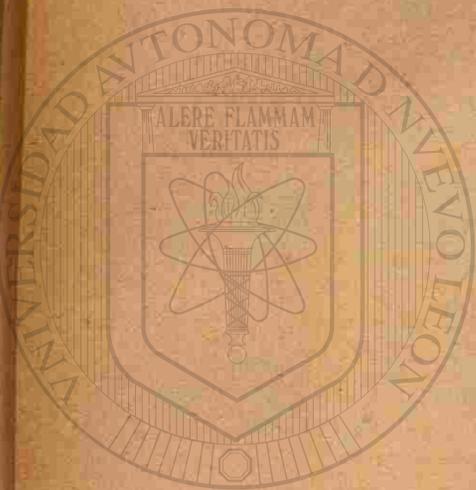
Mientras mortífero  
Reine el invierno,  
Guarda tu tierno  
Tallo sutil;  
Tu vida plácida  
Cuida y conserva  
Entre la hierba  
Del Tamesí.

Y cuando fúlgido  
Despunte el rayo  
Del sol de Mayo,  
Tórnate á abrir.  
Entonces júrote,  
Violeta hermosa,  
Serás la diosa  
Del Tamesí.

1874.



®



Á LA MISMA  
QUINCE AÑOS DESPUÉS.

---

SONETO.

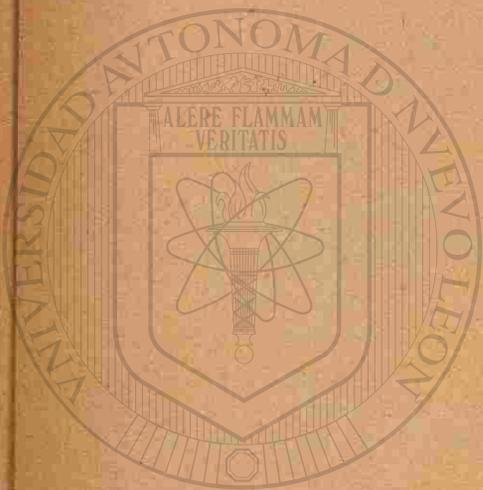
¡Gloria del litoral, esbelta viola!  
Del Tamesí lejano en las riberas,  
Antes que tus prudentes compañeras  
Te vi brotar entre la hierba sola.

Y cierra (te grité) tu azul corola:  
Que nos visite Abril ¿por qué no esperas?  
Aguarda hasta que adornen las praderas  
La azucena gentil y la amapola.

Hora, que, transplantada á estas montañas,  
Lejos floreces del nativo río,  
Y otro jardín con tu perfume bañas,

A Himeneo rindiendo tu albedrío,  
Ostenta en tierras propias y en extrañas  
Tu abierto cáliz y gallardo brío.





## Á ESTACIO

AL LEER SU «PSITTACUS MELIORIS».

---

JUGUETE ANACREÓNTICO.

Cantó el divino Homero  
La cólera de Aquiles;  
De Eneas las hazañas  
El Mantüano Cisne:

Los Olímpicos juegos  
A Píndaro sublime,  
Y á Ovidio sus amores  
Dieron renombre insigne:

Y tú, sin par Estacio,  
Más que todos felice,  
Famoso eternamente  
Tu claro nombre hiciste,

Del papagayo hermoso  
Que alegró los convites

De Melior, cantando  
La pérdida sensible.

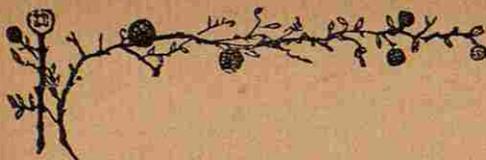
¿Qué valen, comparadas  
Con esos versos tristes,  
Las fieras descripciones  
De batallas horribles?

¿Qué los ruidosos cantos  
De bailes y festines,  
Y las amargas quejas  
De amantes infelices?

Las antiguas coronas  
Con que su frente ciñen,  
Depongan los cantores  
De Eneas y de Ulises.

Orna tu sien con ellas;  
Tú, que cantaste triste  
De un verde papagayo  
La pérdida sensible.

1859.



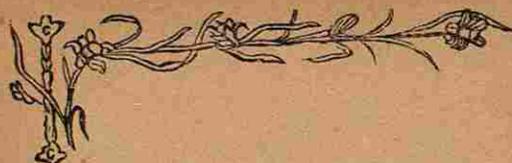
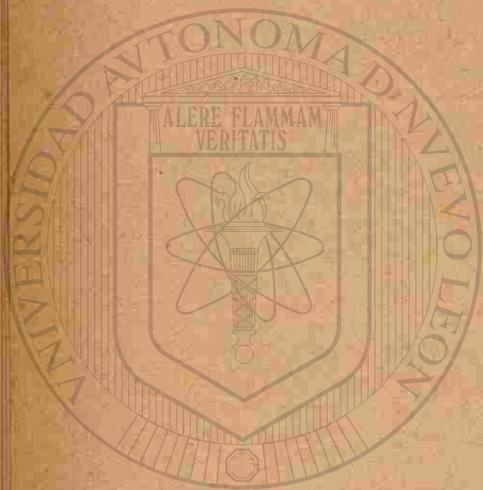
## SANTA CATALINA DE SENA.

Traducción del latín de Carlos de Aquino.

## PALINODIA Á LA ODA XV DE ANACREONTE.

¿Por qué, virgen etrusca,  
Con esquivéz repeles  
Las flores recogidas  
En el jardín celeste?  
¿Por qué áspera corona  
De espinas, di, prefieres  
Para adornar con ellas  
Tus virginales sienes?  
Mas ella: «Te equivocas  
(Responde dulcemente);  
Esa áspera guirnalda  
De espinas, que aborreces,  
Compónese á mis ojos  
De rosas y claveles;  
Y esotra primorosa  
De flores que me ofreces,  
Tejida está á mi vista  
De cardos solamente.»

1858.



## HIMNO.

PARA LOS ALUMNOS DEL  
COLEGIO PÍO-LATINO-AMERICANO DE ROMA.

CORO.

*¡Tiernos hijos de América hermosa  
Que alma abriga la Eterna Ciudad!  
Dulces himnos, con voz armoniosa,  
Al Señor de los Cielos cantad.*

I.

*¡Dios Eterno! Tus hijos amantes  
De la patria adorada lejanos,  
A Ti elevan fervientes las manos  
De la tumba de Pedro en redor.  
Sus plegarias acoge benigno:  
A sus ruegos inclina tu frente;  
Y de gracias copioso torrente  
En sus almas derrama, oh Señor.*

002596

CORO.

*¡Tiernos hijos de América hermosa  
Que alma abriga la Eterna Ciudad!  
Dulces himnos, con voz armoniosa,  
Al Señor de los Cielos cantad.*

II.

Coronada de oliva y de rosas  
Desplegada la cándida enseña,  
Haz que baje del cielo risueña  
A abrazarnos gozosa la Paz.  
Entre lirios y blancos jazmines  
Fije aquí su dichosa morada  
La Inocencia, y jamás sonrojada  
Nos oculte su angélica faz.

CORO.

*¡Tiernos hijos de América hermosa  
Que alma abriga la Eterna Ciudad!  
Dulces himnos, con voz armoniosa,  
Al Señor de los Cielos cantad.*

III.

Tremolando tu Cruz, la celeste  
Fortaleza descienda radiante:

Ella venga de duro adamante,  
Oh Señor, nuestros pechos á armar.  
De su fúlgido escudo cubiertos  
Y blandiendo su espada terrible,  
Nos conduzca su diestra invencible  
Contra el hórrido Averno á luchar.

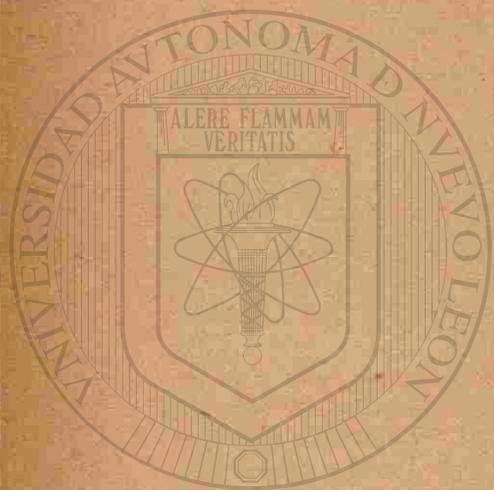
CORO.

*¡Tiernos hijos de América hermosa  
Que alma abriga la Eterna Ciudad!  
Dulces himnos, con voz armoniosa,  
Al Señor de los Cielos cantad.*

1861.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## HIMNO.

PARA LAS NIÑAS DEL COLEGIO DE JACONA,  
CERCA DE ZAMORA.

CORO.

*Almas santas que en místicas bodas  
Os unisteis por siempre al Señor;  
Niñas tiernas y vírgenes todas,  
Entonad dulces himnos de amor.*

I.

Rompe del claustro la reja,  
Rasga á la virgen el velo,  
Insulta al benigno cielo  
El hijo de la Impiedad.  
Pero no exhale una queja  
Ni arda vengativo en ira  
El pecho que á unirse aspira  
Al Dios de eterna bondad.

CORO.

*Almas santas que en místicas bodas  
Os unisteis por siempre al Señor;  
Niñas tiernas y vírgenes todas,  
Entonad dulces himnos de amor.*

II.

Con la modestia por toca,  
Con la pureza por manto,  
De Dios con el temor santo  
Por escudo virginal;  
Inmóviles como roca  
En medio del mar profundo,  
Será el borrascoso mundo  
Nuestro recinto claustral.

CORO.

*Almas santas que en místicas bodas  
Os unisteis por siempre al Señor;  
Niñas tiernas y vírgenes todas,  
Entonad dulces himnos de amor.*

III.

Por cada virgen que lanza  
Allende la mar de Atlante

El espíritu arrogante  
Del tirano Lucifer;  
Caridad, Fe y Esperanza,  
Redoblando nuestro aliento,  
En nuestro suelo otras ciento  
Haremos reflorer.

CORO.

*Almas santas que en místicas bodas  
Os unisteis por siempre al Señor;  
Niñas tiernas y vírgenes todas,  
Entonad dulces himnos de amor.*

IV.

No carecerá de lecho  
El moribundo y doliente;  
El anciano y el demente  
Seguro asilo hallarán.

Y dulce materno pecho,  
Grata hospitalaria estancia  
A la desvalida infancia  
Brindaremos con afán.

CORO.

*Almas santas que en místicas bodas  
Os unisteis por siempre al Señor;*

*Niñas tiernas y vírgenes todas,  
Entonad dulces himnos de amor.*

## V.

Niñas, vírgenes, matronas,  
De cariño testimonio  
Tributad al gran Antonio  
Que de Padua fué esplendor.  
Y tejed verdes coronas,  
De filial amor en prueba,  
A quien digno el nombre lleva  
Del celeste protector.

## CORO.

*Almas santas que en místicas bodas  
Os unisteis por siempre al Señor;  
Niñas tiernas y vírgenes todas,  
Entonad dulces himnos de amor.*

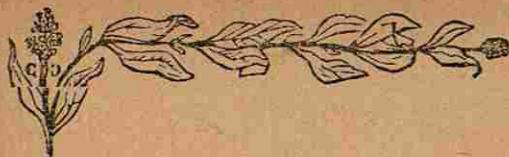
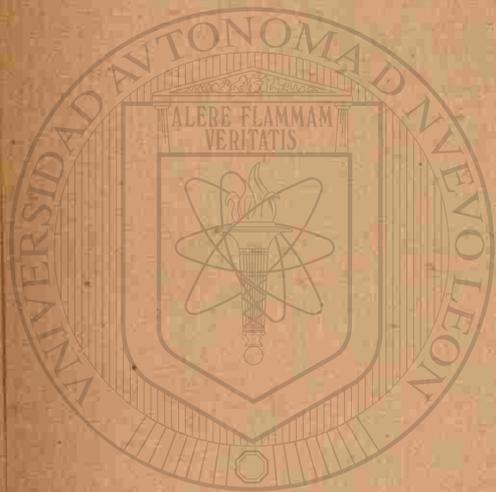
## VI.

Caed, niñas, de rodillas,  
Y con voz conmovedora,  
De la iglesia de Zamora  
Por el santo Jefe orad.  
Bañe el llanto las mejillas  
De gozo, y en suave tono  
Al glorioso Pío Nono  
Reverentes aclamad.

## CORO.

*Almas santas que en místicas bodas  
Os unisteis por siempre al Señor;  
Niñas tiernas y vírgenes todas,  
Entonad dulces himnos de amor.*

1876.



## Á UN PRELADO

(DON JOSÉ IGNACIO VÍCTOR EYZAGUIRRE)

AL PARTIR PARA SUD-AMÉRICA.

---

Cesen los vientos y aquilones rudos  
Apenas pises la veloce nave;  
Sólo presenten las azules ondas  
Límpido espejo.

La triste niebla presto se disipe;  
Luzcan los rayos del benigno Febo;  
Hinche tus lonas con ligero sopro  
Brisa suave.

En las tinieblas de la obscura noche  
Dulce te alumbre la fulgente luna;  
Abran las aguas á tu frágil leño  
Fácil camino.

En el desierto de la mar inmensa  
Siempre acompañen tu bajel aislado  
Marinas aves de ligero vuelo,  
Corvos delfines.

Presto aparezca la anhelada playa;  
Y cuando huelles su fatal arena,  
Rápida ahuyente la temida peste  
Grato Favonio.

Cubran entonces el brillante cielo  
Nubes que el aire cándidas refresquen,  
Y que mitiguen la que el sol arroja  
Vívida lumbre.

El que á los mares límites impuso,  
El que los vientos suelta y encadena,  
A la remota tierra americana  
Salvo te lleve.

Salvo te lleve, y en tu larga ausencia  
De nuestros pechos el dolor mitigue;  
En nuestros almas bienhechor infunda  
Dulce consuelo.

1860.



### Á MI LIRA.

---

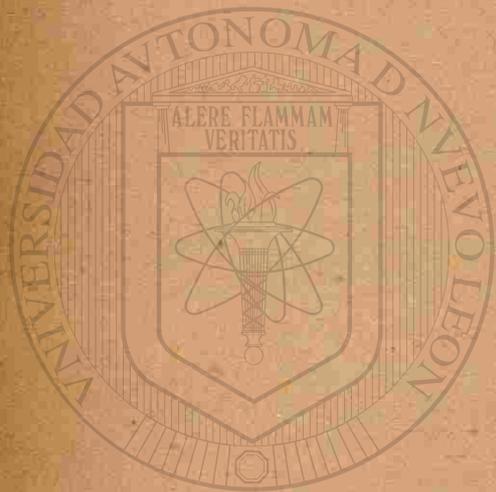
¿Por qué, cítara amada,  
A acompañar mis cantos te rehusas?  
¿Con tu eterno callar, por qué te obstinas  
En alejar de mi mansión las Musas?  
En vano á las Piérides divinas  
Ansioso invoco; y las ardientes preces  
Que escucharon benignas otros días  
En vano les repito: tú enmudeces;  
Y las hijas de Apolo  
De la cítara al són acuden sólo.

¿Por qué conmigo, oh lira,  
Tamaña ingratitud? ¡Qué! ¿No recuerdas  
Con qué entusiasmo en épocas mejores  
Pulsé afanoso tus sonoras cuerdas?  
¡Cuánto, oh lira, te amé! De noche y día  
En tí sólo pensaba; y por tañerte,  
Libros, amigos, todo abandonaba;  
Y en más que los laureles de un guerrero,  
Y en más que de un monarca la corona  
En mí ciego entusiasmo te preciaba.  
Pero el Señor habló: «Deja (me dijo)  
Tus fútiles cantares:

En el silencio y soledad exijo  
 Que á ser mi fiel ministro te prepares.  
 Bebe la ciencia en los sublimes libros  
 Por mi Divino Espíritu dictados;  
 Tu mente en ellos ávida escudriñe  
 Los arcanos al hombre revelados.  
 Tu cítara abandona; fuerte ciñe  
 De sólido saber fúlgida espada:  
 Contra el hereje marcha, y al impío,  
 Y al orgulloso incrédulo anonada.  
 No de profanos vates,  
 Como hasta aquí lo hiciste, los poemas  
 Con tal veneración iluso acates.  
 Tú, que no ya mi siervo, sino amigo  
 En llamar me complazco; tú, que al cielo  
 Mil almas conducir debes contigo,  
 Es fuerza que más alto alcés el vuelo. »  
 Dijo: y á sus mandatos obediente  
 Al punto te colgué. ¡ Con cuánta pena,  
 Tú lo sabes, oh lira! Tú mi frente  
 Nublarse viste, y en amargo llanto  
 Mis mejillas bañarse, al despedirme  
 De ti, mi dulce bien, mi único encanto.  
 Por largos años á tus cuerdas de oro  
 No arranqué ni un sonido: el Sol de Aquino,  
 Crisóstomo, Jerónimo, Agustino,  
 Fueron no más mi estudio y mi tesoro.  
 ¡ Cuántas veces con ímpetu violento,  
 Loco por escuchar tus melodías,  
 Al sauce me arrojé, de cuyas ramas

Pendiente te mecías;  
 Y al recordar de Dios el mandamiento,  
 De nuevo te dejé á merced del viento!  
 Sí: yo te abandoné; que por entonces  
 Al dulce canto despegar los labios  
 El cielo me vedaba; mas ahora  
 Que ya de Roma los adustos sabios  
 El premio á mis fatigas concedieron,  
 Y mi cansada frente  
 Del anhelado lauro al fin ciñeron,  
 Hoy me es dado cantar. ¡ Y hoy que en las vegas  
 Del Anio te descuelgo, y al estudio  
 Dando treguas, un cántico te pido,  
 Tú, desdeñosa, un cántico me niegas!  
 ¡ Resuena, lira mía! No prelude  
 Sobre tus cuerdas cantilena indigna  
 De un ministro del cielo: no de amores  
 Fútil canción modulo; ¿ cuándo nunca  
 A una beldad de barro ofrecí flores?  
 ¡ Ea, lira, resuena!  
 Cantemos al Señor: su nombre santo  
 Ayúdame á ensalzar; el aire llena  
 De celestiales notas; que mi canto,  
 Desdeñando sublime el triste suelo,  
 De hoy más á Dios remontará su vuelo.





## Á UN POETA

(DON JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA)  
LEYENDO SUS VERSOS.

---

¡Cuánto te envidio, trovador ilustre,  
Al ver que pulsas tu sonora lira,  
Y que te inspira melodiosos himnos  
Dócil Apolo.

¡Cuánto te envidio! Con sus dulces aguas  
Aún te brinda la Castalia fuente,  
Y orna tu frente, sin jamás secarse,  
Délfico lauro.

Pasan los años, y de tu alma fuerte  
Ni el fuego apagan ni el vigor consumen:  
Siempre tu numen ardoroso y joven  
Méjico admira.

Tu plectro anima las marchitas flores  
Y del desierto la abrasada arena;  
De vida llena los enjutos ríos  
Y áridas rocas.

Ya nos transportas á la edad felice  
Que inmaculada contempló á *Susana*;  
Ya la *Campana* del germano vate  
Tañe tu diestra.

Ora los ayes de *Nahum* doliente  
Bien acordado tu laúd renueva;  
Ora nos lleva do llegara sólo  
*Dante* divino.

Al *Paraíso* que el inglés cantara  
Tu musa apenas á volar aprende,  
Cuando descende modulando fácil  
Rústicos himnos.

Y si de amores á cantar se abaja,  
Y del *Azteca* baila en el tugurio,  
Sólo es augurio de mayores ecos  
Altisonantes;

Y ó bien los *Salmos* de David entonas,  
Ó la zampoña soplas de *Virgilio*,  
Y suave idilio, con cadencia nueva,  
Blando repites.

Todo lo abarca tu cantar sonoro:  
Riendo y llorando, ya procaz, ya serio,  
Arpa y salterio tañes igualmente  
Y épica trompa.

Hasta las selvas que me dan abrigo,  
Entre el follaje débil susurrando,

Céfiro blando de tu voz süave  
Trajo los ecos.

Al escucharlos, la celeste llama  
Sentí avivarse, de mejores días,  
Y melodías entonar alegres  
Quise de nuevo.

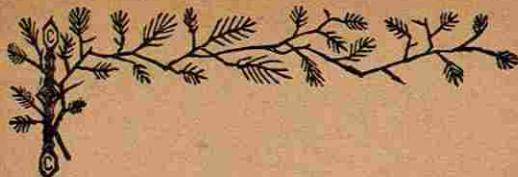
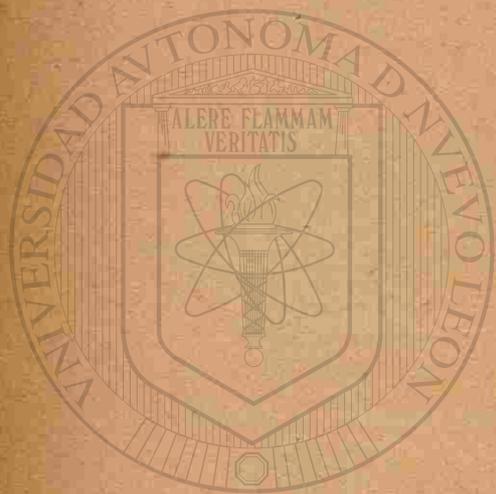
Mas ¡ay! con burla papagayos verdes  
Y mil cotorras en redor posadas,  
Con carcajadas sin piedad acogen  
Mi hórrido canto.

Para no oirlo, con rumor se mueven  
Los altos cedros; y cerrando esquiua  
La sensitiva sus cansadas hojas,  
Triste se cubre.

¡Ay! ¿Quién creyera que al pastor *Ipandro*  
Tal desengaño preparaba el cielo?  
Ya sin consuelo corro á mi cabaña,  
Rompo mi lira;

Y tu zampoña, cual postrer refugio,  
Aquel antiguo músico instrumento  
Que en el momento de partir me diste,  
Llevo á mi labio;

Y de tus coplas recorriendo el libro,  
Días y noches con tenaz estudio,  
Sólo preludio las que tú modulas  
Cántigas bellas.



## ESTANCIAS

RECITADAS

DELANTE DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE

EL PAPA PÍO IX

*En una visita de Su Santidad  
à la Quinta del Colegio Latino-Americano de Roma.*

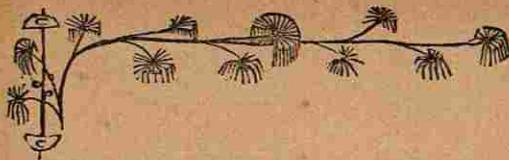
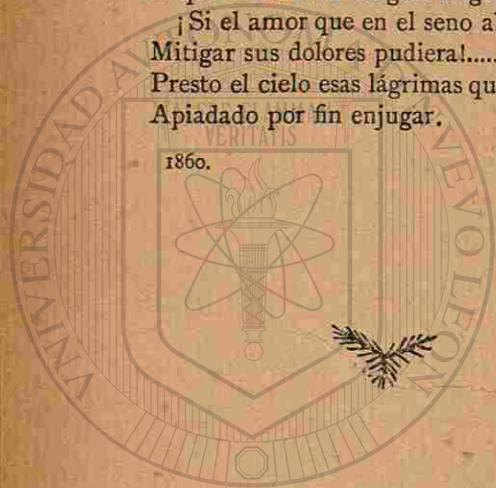
Vuelve, oh lira, á mi trémula mano:  
Armoniosas tus cuerdas resuenen,  
Y los vientos mil cánticos llenen  
Del Vicario de Cristo en loor.  
Hoy risueño lo miro á mi lado;  
Hoy felice mi techo lo abriga:  
¡Entusiasta mi lengua bendiga  
Por tamaña ventura al Señor!

¡Compatriotas, venid! Frente á frente  
Contemplad ese augusto semblante;  
Escuchad la voz tierna y amante  
Que á la Eterna Ciudad nos llamó.  
Himnos mil al Pontífice excelso  
Entonad á sus plantas postrados:  
¿Quién jamás en sus sueños dorados  
Alcanzar tanta dicha creyó?

Mas ¿qué miro? ¿En tan fausto momento  
Su pupila á empañar viene el llanto?  
¡Ah! Perdona, perdona, Dios Santo,  
A quien osa á tu Ungido angustiar.

¡Si el amor que en el seno abrigamos  
Mitigar sus dolores pudiera!.....  
Presto el cielo esas lágrimas quiera  
Apiadado por fin enjugar.

1860.



## Á UN SACERDOTE

(DON ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA)

HOY ABAD DE GUADALUPE  
Y OBISPO TITULAR DE CONSTANCIA  
EN SU PRIMERA MISA.

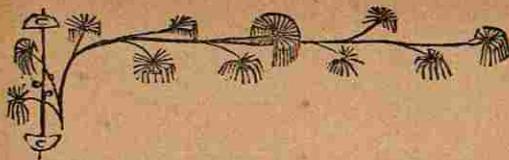
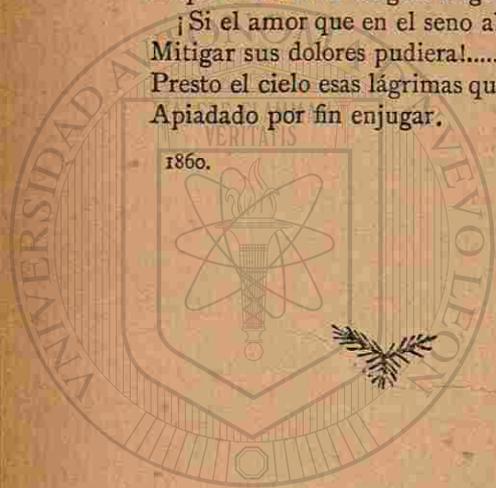
*Introibo ad altare Dei: ad Deum  
qui lactificat juventutem meam.*

Sube, sube al altar; por vez primera  
Da al Cordero de Dios mística muerte,  
Y esa Sangre que al mundo regenera  
Arrodillado sobre el ara vierte.  
Sube, sube á mi lado  
Al altar del Señor: ¿por qué tu planta  
Del santuario en el dintel vacila,  
Y en vez de la que en hora tan solemne  
Anima á todos, alegría santa,  
Negra tristeza ofusca tu pupila?  
¡Ea, valor! Tu espíritu abatido  
De sobrehumana fuerza se revista,  
Y desprecie las viles asechanzas  
Del enemigo audaz que te contrista.  
Espera en el Señor: Él fortaleza,

Mas ¿qué miro? ¿En tan fausto momento  
Su pupila á empañar viene el llanto?  
¡Ah! Perdona, perdona, Dios Santo,  
A quien osa á tu Ungido angustiar.

¡Si el amor que en el seno abrigamos  
Mitigar sus dolores pudiera!.....  
Presto el cielo esas lágrimas quiera  
Apiadado por fin enjugar.

1860.



### Á UN SACERDOTE

(DON ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA)

HOY ABAD DE GUADALUPE  
Y OBISPO TITULAR DE CONSTANCIA  
EN SU PRIMERA MISA.

*Introibo ad altare Dei: ad Deum  
qui lactificat juventutem meam.*

Sube, sube al altar; por vez primera  
Da al Cordero de Dios mística muerte,  
Y esa Sangre que al mundo regenera  
Arrodillado sobre el ara vierte.  
Sube, sube á mi lado  
Al altar del Señor: ¿por qué tu planta  
Del santuario en el dintel vacila,  
Y en vez de la que en hora tan solemne  
Anima á todos, alegría santa,  
Negra tristeza ofusca tu pupila?  
¡Ea, valor! Tu espíritu abatido  
De sobrehumana fuerza se revista,  
Y desprecie las viles asechanzas  
Del enemigo audaz que te contrista.  
Espera en el Señor: Él fortaleza,

Él es nuestra salud; Él al recinto  
 De su almo tabernáculo sagrado  
 Cual á Arón te ha llamado,  
 Y de su santo monte á la alta cumbre  
 Te ayudará á ascender; Él en tu pecho  
 Encenderá de su virtud la lumbre.  
 Él tu ánima inocente  
 Juzgó benigno, y segregó tu causa  
 De la dolosa gente.  
 Sube al altar; y al Dios que en las alturas  
 Gloria inmortal espléndida corona,  
 Himnos de amor, postrado en su presencia,  
 Con los coros angélicos entona.  
 De la sagrada cítara al concento  
 Confiesa del Señor la omnipotencia,  
 Y de confianza el corazón henchido,  
 Eleva la alba frente  
 Al que de santo regocijo colma  
 Tu juventud ardiente;  
 Al que de gracias refrescante lluvia  
 Benéfico derrama  
 Sobre el mancebo noble y generoso  
 Que desde la niñez ferviente le ama;  
 Que en los floridos años  
 Su dulce libertad le sacrifica,  
 Y el vivo fuego que en sus venas arde  
 Para su honor y gloria santifica.  
 ¡Feliz mil veces el varón constante  
 A quien halló el Señor inmaculado;  
 A quien jamás sedujo

Del oro vil el brillo fulgurante;  
 Que pudo delinquir, y nunca albergue  
 En su alma dió al pecado!  
 ¿Dónde tal maravilla  
 Será dado encontrar? ¡Señor! Tú solo  
 El noble pecho señalarnos puedes  
 En que heroísmo tan sublime brilla.  
 Sólo de tu luz fúlgida al destello  
 Mirar podemos la ánima dichosa  
 En que imprimió tu diestra poderosa  
 De predestinación el sacro sello.  
 Tan sólo tú, Señor, de tu infinita  
 Bondad tantos raudales  
 Verter pudiste sobre el fiel levita  
 Que hoy de tu templo pasa los umbrales.  
 ¿Quién dudarle osará? Tú lo elegiste  
 Para ser tu ministro, y á inmolarte  
 La Hostia de salvación, su ánima pura  
 Desde sus tiernos años dispusiste.  
 El temor de tu nombre sacrosanto,  
 Principio del saber, y el dón precioso  
 De sólida piedad, tú le infundiste.  
 Pontífice piadoso,  
 Luz de la Iglesia, de la patria gloria,  
 Le diste por mentor; y de su manto,  
 En edad y en virtud creció al abrigo.  
 Y cuando sobre Méjico infelice  
 Horas menguadas de mortal quebranto  
 En tu justicia descargar te plugo,  
 Del que empañar tentara su inocencia,

De corrupción y vicio hórrido yugo,  
Lo libertó tu altísima clemencia.  
Tu salvadora mano  
Lo sacó de la inmunda Babilonia,  
Y allá de Albión en el remoto clima  
Del ferviente católico britano  
Encomendólo á la eficaz tutela.  
¡Cuán misteriosos son, Señor, tus juicios!  
Aquella del error infanda escuela,  
Mansión del crimen, cenagal de vicios,  
En celestial morada  
Tornaste para esta alma inmaculada.

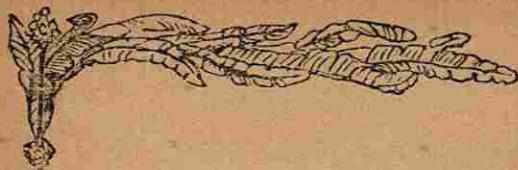
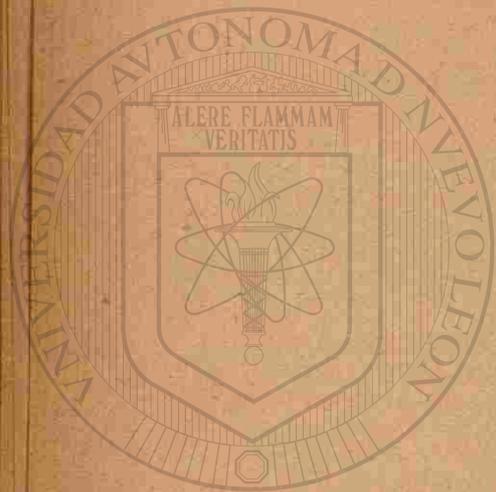
Allí por vez primera,  
Entre el humo del místico incensario,  
Al tierno joven que ferviente oraba  
Llamaste al interior del santuario.  
Allí la fortaleza; allí la viva  
Fe que lo anima y la humildad profunda,  
La caridad activa,  
Y la esperanza que su seno inunda,  
Te dignaste infundir, y la prudencia,  
La templanza y la indómita paciencia.

Lo que en tu siervo obraste  
Plázcate confirmar: ya lo has probado  
Cual oro en el crisol: su sed ardiente  
De la Santa Ciudad ha ya apagado  
En la límpida fuente.  
Ya la sublime potestad le diste  
De atar y desatar, y sólo aguardas  
De su inspirado labio el sacro acento

Para dejar tu celestial asiento.  
Ven, ¡oh Señor! ¿Qué tardas  
En descender á sus unguidas manos?  
Ya las santas palabras creadoras  
A pronunciar se apresta el sacerdote  
Sobre el celeste Pan. ¡Callad, profanos!  
Ante el excelso Dios de las batallas  
Fieles doblad la trémula rodilla;  
La frente pecadora  
Alzar no oséis: que sobre el ara yace  
Inmolado el Cordero sin mancilla.  
Su sangre salvadora,  
Que cancela los crímenes del mundo,  
Ya vertió el nuevo Arón. Gracias ardientes  
Haced á Jehová reconocidos:  
¡Grande es su santo nombre entre las gentes!  
Alabad al Señor, que la bajeza  
De su siervo miró con tiernos ojos:  
Del humilde en quien luce su grandeza  
Ante las plantas os postrad de hinojos;  
Y bienaventurado  
Proclamad al levita inmaculado.  
Ante el que Dios sublima y enaltece  
El mundo todo la cerviz abaje,  
Y humilde le rinda el que merece  
De respeto y amor puro homenaje.

1865.





AL MISMO ASUNTO.

---

No en los umbrales del ornado templo  
Detener quieras la insegura planta;  
Que ya levanta clamoroso grito  
Ávida turba.

Turba que admira tu virtud sublime,  
Que al pie del ara con afán te aguarda:  
¡Ah! ¿Por qué tarda el suspirado instante?  
Entra, no temas.

Arde el incienso, brillan las antorchas;  
Hierve en el cáliz el sagrado vino,  
Y el Pan divino tu palabra santa  
Dócil espera.

Entra, no temas: al fragor del rayo  
Ya no desciende el Creador del cielo:  
Místico velo su fulgor terrible  
Cándido cubre.

Él, que de lo alto mira tu pureza;  
Él, que sus dones sobre ti derrama,

Dulce te llama, y á tu unguida mano  
Baja gozoso.

Ven á mis brazos, amoroso dice,  
Anima casta de mi fiel levita;  
De mi infinita deleitosa gracia  
Quiero colmarte.

Hasta mi trono de sublime gloria  
De tu inocencia me llegó el perfume;  
Y me consume de tu amor el sacro  
Místico fuego.

¡Cuánto eres bella, mi adorada esposa!  
Es de granada tu sin par mejilla;  
De tortolilla son tus radiantes  
Fúlgidos ojos.

Tu cuello iguala de David la torre,  
Y tu cabeza al Líbano semeja:  
Cada madeja de tus trenzas áureas  
Ostro parece.

Eres augusta, cual Salem la regia,  
Y cual la aurora dulce y apacible:  
Eres terrible, cual en guerra cruda  
Bélica hueste.

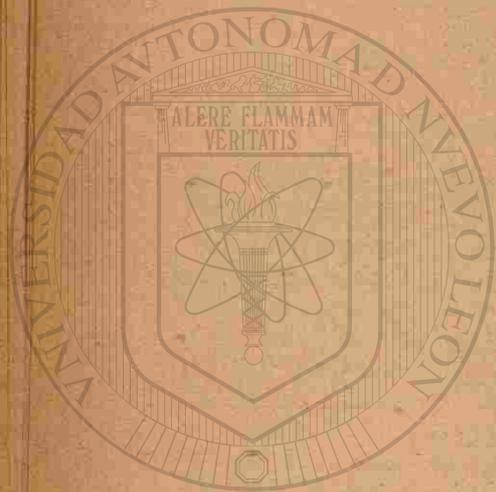
Ven á mis castas virginales bodas:  
Tu esbelto talle abrazará mi diestra,  
Y mi siniestra sostendrá tu pura  
Lánguida frente.

Abreme, esposa, tu cercado huerto:  
Vén, y gustemos celestial banquete;  
De mi retrete al interior recinto  
Sígueme tierna.

Anima casta del feliz levita  
Que Cristo llama con prolijo empeño,  
Ven de tu dueño á las celestes nupcias;  
Rápida vuela.

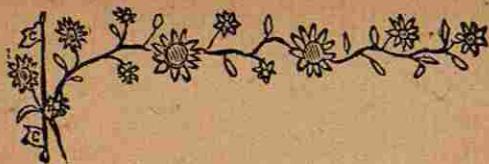
Jesús en cambio del virgíneo lirio  
Que inmaculado con ardor mantienes,  
Sobre tus sienes impondrá de estrellas  
Aurea corona.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



### AL MISMO.

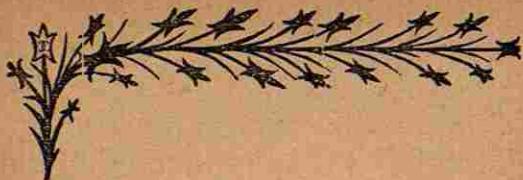
---

Es hora de partir : abandonemos  
De la Eterna Ciudad los santos muros,  
¡Apóstol de Jesús! La victoriosa  
Enseña de la Cruz, en los extremos  
Del Mundo Nuevo enarbolar gloriosa  
Es nuestra alta misión. Ante el Vicario  
Del Hombre-Dios postrémonos de hinojos,  
Y por la vez postrera nuestros ojos  
Con lágrimas ardientes  
Rieguen el Vaticano Santuario.  
De Pedro y Pablo á las sagradas tumbas  
Dé nuestro labio el postrimero vale,  
Y dentro las antiguas Catacumbas  
La postrera oración fervido exhale.  
¡Cuán triste es arrancarse de tus brazos,  
Oh Roma idolatrada!  
Tan sólo del deber la voz sagrada  
Puede romper tan deliciosos lazos.  
Mas del Señor la voluntad divina  
A trabajar en los paternos lares  
Próvida nos destina.

Armate de valor, mi dulce amigo,  
 Y apréstate conmigo  
 A atravesar los anchurosos mares.  
 A ti me unió la suerte  
 Desde la tierna infancia: ¿no recuerdas  
 Cuál ofrecimos juntos á María,  
 Nuestra delicia y únicos amores,  
 Las más preciosas flores  
 Que el suelo ingrato de Albión rendía?  
 Bajo la misma bóveda mil veces  
 Sonaron nuestras preces;  
 Y al pie del mismo altar, en su clemencia  
 El que eleva al humilde desde el cieno  
 Nos brindó con su cáliz y su herencia.  
 Hasta la margen del sagrado Tíber  
 Me seguiste después; y hora mi mano  
 Al ara del Señor te ha conducido;  
 Inseparable hermano,  
 Sigue también mis presurosas huellas  
 A nuestro patrio suelo mejicano.  
 ¿No escuchas, dime, el amoroso acento  
 Que tu nombre y el mío pronunciando  
 Trae en sus alas rápidas el viento?  
 De Méjico es la voz: regenerada  
 A nueva vida, se alza majestosa,  
 De América la reina, aunque infelice.  
 Espléndida armadura de adamante  
 La cubre rutilante.  
 Sobre su regio manto recamada  
 Se ve la Cruz gloriosa;

Cruz de diamantes de su cuello pende,  
 Y su diestra tremola el estandarte  
 De la divina Cruz, que nunca pudo  
 La Impiedad arrancar: sobre su escudo  
 Grabado el sacro Símbolo aparece;  
 Y encima de la fúlgida diadema  
 El venerado Emblema  
 Entre el oro y las perlas resplandece.  
 La vista gira en derredor; y entonces  
 Lágrima amarga su pupila empaña,  
 Que apresurada enjuga,  
 Trocando el lloro en furibunda saña.  
 El horroroso estrago  
 Irritada contempla, que en su torno  
 La Discordia causó de años sin cuento:  
 Aun hierve el hondo lago  
 Que formara la sangre derramada  
 De sus mejores hijos; lleva el viento  
 De sus quemados templos las cenizas:  
 Son ruinas sus alcázares; talados  
 Están sus campos fértiles, y hollados  
 Yacen sus estandartes hechos trizas.  
 A espectáculo tal, la voz levanta,  
 Y el suelo hiriendo con airada planta,  
 «Hijos, exclama, la empezada empresa  
 A término llevad: sobre mis hombros  
 Tenaz aún el infortunio pesa;  
 Los que me cercan áridos escombros  
 Haga desaparecer vuestro heroísmo,  
 Y la infernal Discordia

Muda arrojad á su nativo abismo.  
 Al maternal regazo  
 Venid de vuestra patria cariñosa,  
 Y uníos todos en fraterno abrazo.  
 La trompa belicosa  
 De hoy más tan sólo á combatir os llame  
 Contra el audaz que á cautivar me aspira;  
 Desnudad el acero solamente  
 Para abatir de la Impiedad la frente;  
 Y libres de ambición é innoble encono,  
 Del Rey de reyes defended el trono.»  
 Dice; y el rico manto recogiendo  
 Con grave paso hacia la mar avanza,  
 Los negros ojos por doquier volviendo:  
 Viva mirada al Vaticano lanza,  
 Y su fulgor brillante  
 Nuestra pupila hiere deslumbrante.  
 ¿Quién al mágico hechizo  
 De tal mirada resistir pudiera?  
 A Méjico volemós  
 Llevando de la Paz la sacra oliva:  
 De Dios ministros, todo en Él podemos.  
 De nuestro labio Méjico reciba  
 La divina palabra, inmaculada  
 Cual Roma nos la dió: la Cruz sagrada  
 Nuestra diestra impertérrita tremole:  
 La Fe de Cristo nuestra voz encienda;  
 Y á ejemplo nuestro, la naciente prole  
 Dios y su Iglesia á venerar aprenda.



Á UN ROMANO EN 1859.

¿Cómo quieres que pulse risueño  
 La pacífica lira de Apolo,  
 Cuando en torno se escucha tan sólo  
 De la guerra el funesto fragor?  
 Antes bien á sonar me invitaras  
 La trompeta feroz de Mavorte,  
 Que á la heroica romana cohorte  
 Llame al campo á vengar su baldón.  
 ¿De la cima del Alpe no miras  
 Correr ya derretida la nieve?  
 Es del Franco el ejército aleve  
 Que hasta Roma pretende venir:  
 A esta Roma, que ayer orgulloso  
 Libertara con ínclita mano,  
 Hierros hoy le prepara el tirano;  
 Duro yugo á su tierna cerviz.  
 Las riberas del Arno y Ticino;  
 De Romaña los prados y viñas;  
 De Venecia las ricas campiñas,  
 Secas, tristes, desnudas están.

De extranjero feroz invitados,  
 Los que ayer cultivaran la tierra  
 Marchan hoy á sacrilega guerra,  
 Que á la Europa de horror llenará.  
 ¿No los ves? A humillar á la madre,  
 Que los nutre en su tierno regazo,  
 Hoy se aprestan con pérfido brazo  
 Los que á Roma debieron el sér.  
 ¿No los ves? A la silla de Pedro  
 Ya dirigen ocultos cañones,  
 Italianos y Francos pendones  
 En el aire flotando á la vez.  
 ¿Y es el tiempo de sáficos himnos?  
 ¿Y es el tiempo de vanos lamentos?  
 ¡No, jamás! Llenen sólo los vientos  
 Roncos gritos de sacro furor.  
 ¡Guerra! clame el romano soldado;  
 ¡Guerra, guerra! el togado repita;  
 Deje el cáliz el santo levita,  
 Y tremole guerrero pendón.



### EL CAMPO DE BATALLA.

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE FELICIA HEMANS.)

Miré sobre el campo do fué la batalla:  
 De lucha crüenta reinaba el furor;  
 Y en medio á la lluvia de ardiente metralla,  
 Lanzaba el acero terrible fulgor.  
 Yo vi de las lanzas el bosque erizado:  
 Cual campo se alzaba de espigas sin fin:  
 A huir obligaban al lobo asustado  
 Las bélicas notas del recio clarín.  
 Oí de las huestes el grito guerrero,  
 Cual brama en las selvas furioso huracán;  
 Y vi el estandarte flotar altanero  
 De mil combatientes en medio al afán.  
 Al campo de muerte lancé otra mirada:  
 Ni voces de guerra, ni trompas oí:  
 En paz la tormenta, cubierta la espada,  
 Espinos tan sólo se miran allí.  
 Serenas las ondas del diáfano lago:  
 La luna derrama tranquila su luz:

La furia no anuncia del hórrido estrago,  
En medio á las zarzas, siquiera una cruz.

¿Dó está de las huestes el ímpetu fiero?

¿Dó están los destrozos del crudo cañón?

¿Qué es ya de la saña del bravo guerrero?

¿El fuego qué se hizo del noble bridón?

El sitio no marca ni tumba ni losa

Do fué su victoria ó amargo sufrir:

Señala al viajero tan sólo una fosa,

Do bravos sin cuento quisieron morir.

¿Son éstos ¡oh gloria! tus premios dorados?

¿Así de tus siervos se paga el sudor?

¿Sepulcro y cadáver, al par olvidados;

Renombre que pasa cual leve vapor?

1858.



## A LA BATALLA DE CASTELFIDARDO.

Llegó la hora fatal. La turba impía  
De sabaudos ladrones, agitada  
Por el feroz demonio  
De la Impiedad, cayó desenfadada  
De Pedro sobre el santo Patrimonio.  
Del Pontífice augusto  
Los escasos guerreros, sorprendidos  
Bajo el sardo cuchillo sucumbieron:  
Nada el brazo robusto,  
Nada sirvió el valor á los vencidos.  
De la invasora hueste innumerable  
Al improviso asalto,  
Se abrieron los castillos mal seguros,  
Y cayeron de villas y ciudades  
Los mal guardados muros;  
De las Llaves la enseña veneranda  
Rota y hollada se miró doquiera,  
Y la sangrienta tricolor bandera  
Victoriosa ondeó sobre los campos  
Que á la Iglesia legara Constantino.  
El Piamontés sacrílego, orgulloso

La furia no anuncia del hórrido estrago,  
En medio á las zarzas, siquiera una cruz.

¿Dó está de las huestes el ímpetu fiero?

¿Dó están los destrozos del crudo cañón?

¿Qué es ya de la saña del bravo guerrero?

¿El fuego qué se hizo del noble bridón?

El sitio no marca ni tumba ni losa

Do fué su victoria ó amargo sufrir:

Señala al viajero tan sólo una fosa,

Do bravos sin cuento quisieron morir.

¿Son éstos ¡oh gloria! tus premios dorados?

¿Así de tus siervos se paga el sudor?

¿Sepulcro y cadáver, al par olvidados;

Renombre que pasa cual leve vapor?

1858.



### A LA BATALLA DE CASTELFIDARDO.

Llegó la hora fatal. La turba impía  
De sabaudos ladrones, agitada  
Por el feroz demonio  
De la Impiedad, cayó desenfadada  
De Pedro sobre el santo Patrimonio.  
Del Pontífice augusto  
Los escasos guerreros, sorprendidos  
Bajo el sardo cuchillo sucumbieron:  
Nada el brazo robusto,  
Nada sirvió el valor á los vencidos.  
De la invasora hueste innumerable  
Al improviso asalto,  
Se abrieron los castillos mal seguros,  
Y cayeron de villas y ciudades  
Los mal guardados muros;  
De las Llaves la enseña veneranda  
Rota y hollada se miró doquiera,  
Y la sangrienta tricolor bandera  
Victoriosa ondeó sobre los campos  
Que á la Iglesia legara Constantino.  
El Piamontés sacrílego, orgulloso

Con tan fáciles triunfos, su camino  
 A la Eterna Ciudad siguió insolente.  
 «Sonó tu hora postrera  
 (Exclamó el insensato en su locura),  
 ¡Oh ciudad de los Papas altanera!  
 Es tiempo ya que tu soberbia frente  
 Se abaje ante las huestes de Saboya:  
 Tiempo es que nuestro augusto soberano  
 Su nuevo regío solio  
 Fije sobre el antiguo Capitolio.  
 Propicia la Fortuna  
 Lo lleva ya al temido Vaticano,  
 Do el áureo cetro empuñará su mano  
 De Italia eterna, indivisible y una.  
 Temblad, temblad, de Roma imbeles hijos;  
 Tiembla tú, coronado Sacerdote:  
 Nada te libraré de nuestra saña,  
 ¡Oh de la Ausonia azote!  
 Un soplo derribó cual débil caña  
 Los tiranos de Módena y Etruria;  
 Arrebatamos Parma á su Princesa;  
 Oro y arte nos dieron tu Romaña.  
 De nuestras bravas tropas á la furia  
 El siciliano resistir no pudo;  
 De Nápoles rendimos los castillos,  
 Ni al calabrés indómito sus rocas  
 Sirviéronle de escudo.  
 El Austria misma, el Austria formidable  
 Rindióse á las sabáudicas legiones,  
 Retrocedió al lucir de nuestro sable

Y al tronar nuestros bélicos cañones;  
 Nuestro valor proclaman y su afrenta,  
 Solferino y Milán, Como y Magenta.  
 »¿Y tú podrás, oh Roma,  
 El ímpetu atajar de nuestras armas?  
 Tus rayos ya no hieren,  
 Y tu arrogancia ejércitos no doma.  
 A tu voz ya no tiemblan los monarcas,  
 Ni acuden las naciones  
 A vaciar sus tesoros en tus arcas,  
 A embrazar tus fanáticos pendones.  
 ¿Con plegarias acaso  
 A nuestros incontables batallones  
 Impedir piensas el sangriento paso?  
 Depón, oh desdichada, tu tiara,  
 Y dentro las antiguas catacumbas  
 Asilo á tu Pontífice prepara.  
 La Francia poderosa,  
 A quien en vano tu defensa fías,  
 A abandonar tus torres se dispone;  
 Y ¡ay de tu escasa gente  
 Si á nuestras armas resistencia opone!  
 ¡Ay del triste puñado de extranjeros  
 Con cuyo endeble brazo  
 Osas desafiar nuestros guerreros!  
 Sus cuerpos lanzaremos al profundo  
 Mediterráneo mar, y sabrá el mundo  
 Que Italia ni una tumba en su regazo  
 Concede al mercenario, que hoy aleve  
 Su libre suelo á mancillar se atreve.»

Del Piamontés impío  
 Conmueve al universo el grito infame;  
 Y del sagrado río,  
 Que el Vaticano muro ilustre lame,  
 Acude á la ribera,  
 De Pedro tremolando la bandera  
 La juventud más noble y esforzada  
 Que en el mundo católico respira.  
 De Bélgica la flor; de la postrada  
 Irlanda lo más fuerte y más lucido,  
 Y lo mejor que la Polonia admira,  
 A atajar el ejército aguerrido  
 Del sacrilego sardo, á toda vela  
 De religión al grito, á Roma vuela;  
 Y veloces lo siguen de Germania  
 Mil jóvenes y mil, y mil franceses  
 Y de España también y Lusitania.

Los no probados bélicos arneses  
 A toda prisa visten. Nunca el trueno  
 Oyeron del cañón; jamás al cinto  
 Daga llevaron ú homicida espada:  
 Ni vieron nunca atravesar el seno.  
 De guerrero feroz, punta acerada.  
 En el quieto recinto  
 De áureo palacio, ó claustro solitario,  
 Ya la pluma pacífica esgrimían,  
 Ya á mecer aprendían  
 Las cadenas del místico incensario;  
 Ni de la celda ó del hogar querido  
 Volarían jamás al campamento,

Si del Pastor Supremo el sacro acento  
 No los sacara del paterno nido.  
 En la nueva milicia,  
 Si alguien ostenta fuerzas y pujanza,  
 Al cayado las debe, no á la lanza:  
 Y portento aparece de pericia,  
 Y cual nadie aguerrido y belicoso  
 Quien derribó cazando ciervo ú oso.  
 ¡Oh Piamontés, detente!  
 Aunque logres quizá fácil victoria  
 Sobre esta heroica, pero imbele gente,  
 De ella, y no de tu rey, será la gloria.  
 Un instante no más, un solo instante  
 Deja que el vencedor de Constantina  
 Al noble, y al labriego y estudiante  
 Amolde á la guerrera disciplina;  
 Y sin manchar tus bélicos blasones,  
 Podrás sobre la hueste improvisada  
 Lanzar una tras otra las legiones  
 De tu incontable armada.  
 Un momento no más; basta un momento  
 Al que humilló en Argel la Media-Luna  
 Para llevar con próspera fortuna  
 A luchar en el campo, uno con ciento.  
 ¡Ah! Bien lo sabe el que robado trono  
 Llenando usurpador, la inicua trama  
 Dirige contra el manso Pío Nono;  
 Y *Corred, acudid*, grita cobarde;  
*Con impetu asaltad, ó será tarde.*  
 Así el César francés pérfido clama,

Y obediente á su voz el sardo siervo,  
Del Pontífice-Rey sobre las huestes  
Cohortes mil y mil lanza protervo.

¡Aguarda, Piamontés! No todavía  
Las coronas aprestes  
Para tus estandartes triunfantes,  
Ni de tus armas la victoria cantes.  
De los nobles Cruzados la hidalguía  
Suplirá á la pericia del contrario,  
Y á enteros escuadrones hará frente  
Un solo lidiador de ese valiente  
Ejército que llaman *mercenario*.

¡Ay! El cañón ya trueno  
De Loreto en redor; junto á la casa  
Que consagró la Virgen Nazarena....  
Y aun no se junta ni la guardia escasa  
Defensora de Dios y del Papado.  
¡Son una multitud contra un puñado!

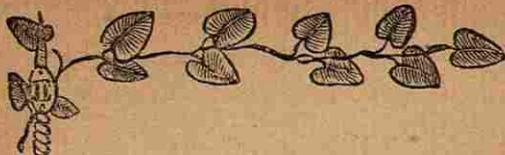
Pero ¿cómo no avanza  
La inmensa veterana muchedumbre,  
Y en rápida carrera  
Cómo no se apodera  
De la mal guarnecida y baja cumbre?  
¿Cómo puede una lanza  
Contener de mil lanzas el empuje?  
¿Cómo el aislado acero  
De inexperto guerrero  
Se opone á ciento y sin romperse cruje?  
¿Visteis allá en la etrusca Volaterra  
Al vendaval hiriendo las vetustas

Murallas ciclopéas? Sus robustas  
Piedras enormes no une algún cemento  
Ni betún entre sí; ni fundamento  
En la que las sostiene, árida tierra,  
Profundo las enclava;  
Pero fuertes é inmóviles resisten  
Al aquilón más rudo,  
Que en tantos siglos derribar no pudo  
Su mole sin igual. Mas cuando lava  
Larga lluvia invernal el frágil suelo  
En que se apoya, ¿qué poder, qué roca  
Podrá oponerse á la tormenta loca  
Y á los torrentes que despide el cielo?  
Una tras otra entonces las gigantes  
Piedras se precipitan,  
Y majestuosas al caer, más que antes  
La admiración excitan;  
Y exclama al contemplarlas el viajero:  
*«No es el triunfo, no, de la corriente  
Que en el lugar primero  
Donde reinabais os hirió insolente,  
Cesó la tempestad; el viento calla;  
Mas vosotras formáis nueva muralla,  
Que derribar no pueden tempestades  
Ni diluvios ya más: vuestra es la gloria;  
Es vuestra sobre el tiempo y las edades  
La desigual victoria.»*  
No de otra suerte el aluvión se estrella  
Del piamontés ejército ante el muro  
De la bizarra hueste pontificia.

Ni lanzas ni cañones hacen mella  
 En el cristiano zuavo, muy más duro  
 Que piedra ciclopéa; ni pericia  
 Adquirida en combates, ni una larga  
 Militar disciplina, ni el idioma,  
 La patria, ó profesión, ó estado liga  
 Soldado con soldado; pero aliento  
 La Fe de Cristo y el amor á Roma  
 Á todos presta; y la furiosa carga  
 Les hace resistir de la enemiga  
 Veterana legión. Tu fuerte acento  
 Nuevo valor infunde,  
 Que al rechazado Piamontés confunde,  
 ¡Oh vencedor de Abd-el-Kader famoso!  
 ¡Las árabes campañas  
 Vieron jamás las ínclitas hazañas  
 Con que terror y confusión y susto  
 Siembra en los invasores batallones  
 La intrepidez de *Pimodán* robusto?....  
 Á él, á él, aceros y cañones,  
 Oh sardos, dirigid. Vuestros bridones  
 Cérquenlo sin tardanza,  
 Si no queréis perder toda esperanza....  
 ¡Cayó! Lo cubre la enemiga nube  
 Como á la mies en el lejano Oriente  
 Langosta destructora; y su alma sube  
 Llena de gloria al Dios omnipotente.  
 ¡Cayó! y en su caída majestoso  
 Más aún que en la lucha, tal respeto  
 Infunde por doquier, que el fuego cesa

De la invasora hueste piamontesa.  
 ¡Cayó! y en derredor monte glorioso  
 De mártires exánimes hacina  
 La sabauda segur; sangriento lago  
 Al luchador terrífico circunda,  
 Y de CASTELFIDARDO, ancho torrente  
 Baja por la colina,  
 Que la llanura asolador inunda  
 Con sangre del herido combatiente.  
 ¡Cuán pocos, ay, cuán pocos sobreviven  
 Tras el largo combate! Ya ni aceros  
 Les quedan que esgrimir á los guerreros  
 Del Pontífice-Rey; hechos pedazos  
 Y la punta clavada en corazones  
 Enemigos están; mientras reciben  
 Sus fuertes dueños con inermes brazos  
 La carga de los frescos batallones  
 Que lanza el Piamontés á cada instante.  
 Ya no es dado luchar. Cese el conflicto.  
 ¡*Lamoricière* invicto!  
 Apresta ya á los hierros inhumanos  
 Las no domadas manos  
 Que á Abd-el-Kader rompieron el alfanje;  
 Pero eleva tu frente,  
 Que el piamontés torrente  
 Sumerge, mas no humilla á tu falange.  
 ¡Del Nono Pío heroicos defensores!  
 Vuestro insigne desastre os da más gloria  
 Que al Sardo su sacrilega victoria.  
 No los falsos honores

Con que el mundo á sus siervos envanece  
 El Dios de las batallas os ofrece.  
 La palma de los mártires sublime  
 Os traen sus alados mensajeros  
 En vez de los aceros,  
 Que vuestra yerta mano ya no esgrime.  
 Aureola esplendente  
 En el celeste alcázar os espera,  
 Y en la tierra os aguarda indeficiente,  
 Fama imperecedera.  
 Os admira la Iglesia; y la remota  
 Posteridad exclamará asombrada,  
 Vuestra historia al saber: «¡Bella derrota;  
 Veinte triunfos vale esta jornada!  
 Á los reyes de Europa coligados  
 De Dios contra el Ungido, á innumerables  
 Legiones de impertérritos soldados,  
 De un puñado de jóvenes los sables  
 Supieron contener: el sacro trono  
 Conservaron, muriendo, á Pío NONO.»



### Á FERNANDO DE HERRERA.

ODA LEÍDA Y PREMIADA  
 EN LOS JUEGOS FLORALES DE SEVILLA, EL AÑO DE 1880

¡Generosa ciudad, de España Atenas,  
 Ilustre por saber y poderío,  
 Que extiendes hoy á mí tu regio manto!  
 Permite que postrado en las arenas  
 Del que es tu gloria, caudaloso río,  
 Te ofrezca yo el tributo de mi canto.  
 Al vate que á Lepanto  
 Da, más que el vencedor, renombre eterno,  
 De la bella Heliodora  
 Amante casto y tierno,  
 A celebrar con cítara sonora  
 Por ti llamado vengo, alma Sevilla,  
 Del orbe todo encanto y maravilla.

Hoy más que nunca, oh lira, lira amada,  
 Sublimes ecos de tus cuerdas de oro  
 Mi palpitante corazón espera.  
 Podrá tal vez avena destemplada  
 De los pastores agradar al coro

Y las selvas llenar canción rastrera;  
 Pero el divino Herrera,  
 Por quien de Tasso, y de Petrarca, y Dante  
 La gloria se obscurece,  
 La cítara sonante  
 Del Tebano cantor sólo merece.  
 De Austria cantaste al juvenil guerrero.  
 ¿Quién loarte sabrá, Píndaro ibero?

¡Oh del Guadalquivir sagradas ninfas!  
 Vosotras que escuchabais largas horas  
 De sus melifluos labios el acento,  
 Dejad que guste vuestras dulces linfas,  
 Más que las de Hipocrene inspiradoras,  
 Y á mi musa gentil prestad aliento.  
 El músico instrumento  
 Que os legara Fernando en grata herencia,  
 Por vuestro plectro herido,  
 Su celestial cadencia  
 Haga vibrar armónica en mi oído;  
 Y, si mi pecho á lo posible aspira,  
 Regaladme una cuerda de su lira.

¡Betis divino, padre á quien adoro!  
 Sé que al oír cantar en tu ribera  
 Te hace dejar tu lecho el regocijo.  
 ¿La inspiración que distes aun al moro  
 La negarás acaso á quien venera  
 Tu sacrosanto numen como un hijo?  
 Tú del famoso Arguijo,

De Pacheco, y de Céspedes y Rioja  
 Colocas en la frente  
 El lauro que deshoja  
 De Fernando en la sien Parca inclemente,  
 Y donas cada siglo á vate nuevo  
 En tus orillas el laurel de Febo.

Hoy te lo pido yo, huésped errante,  
 Mas no para ceñirme temerario  
 La que no merecí, verde corona.  
 Será para tu Herrera, que triunfante  
 Hoy despedaza el fúnebre sudario,  
 Y el no olvidado túmulo abandona.  
 Sevilla galardona  
 El ingenio y virtud de su Fernando  
 Coro de trovadores  
 Insignes convocando  
 Que armoniosos celebren sus loores,  
 Y al vate que *divino* el mundo llama  
 En el templo coloquen de la Fama.

Se mueve el agua ya. ¡Callad, profanos!  
 Sale del antro de cristal el Betis.  
 Doblad ante su numen la rodilla.  
 Él es: los ojos verdes soberanos  
 Hijo lo dicen de la bella Tetis.  
 Con el óleo que mana de la orilla  
 Su hirsuto pecho brilla.  
 En la cabeza y coronada frente  
 Lucir el oro veo

Que arrastra su corriente,  
Y enrédase en el brazo giganteo  
Su barba secular, luenga y undosa  
Más que las trenzas de la Cipria diosa.

Con la nervuda mano el rojo labio  
Enjuga silencioso; en torno gira  
Con majestad la vista, y clama adusto:  
«No merece perdón tu loco agravio,  
Temerario mortal. ¿Pides su lira?  
No la cediera ni al cantor de Augusto.  
Y aunque el brazo robusto  
De Hércules arrancármela quisiera,  
Jamás me vencería.  
La que pulsó mi Herrera  
Es, y será no más, cítara mía.  
Sus alabanzas cantaré yo solo:  
Musas, callad; y tú enmudece, Apolo.

»¡Oh ninfas, de mi amor cándido fruto,  
Á quienes nunca abandonar agrada  
De vuestro padre el cristalino lecho!  
¿Dó estabais aquel día de hondo luto  
En que cruel saeta envenenada  
Atravesó de mi Fernando el pecho?  
En lágrimas deshecho  
Errar lo vi por mi ribera umbría,  
Mil quejas exhalando  
En flébil elegía,  
Que en sus alas llevó céfiro blando;

Y Eco en su gruta repitió sonora  
El dulcísimo nombre de Eliodora.

»Con su lloro aumentando mi corriente,  
Me pide alivio en su dolor profundo,  
Y yo os llamé mil veces; que su pena  
A mitigar sin vos era impotente.  
Mas vosotras quizá del Nuevo Mundo  
Libres volabais por la playa amena.  
¿El Plata ó Magdalena  
Más os placían que mi linfa pura?  
¿Son los lejanos Andes  
Más bellos, por ventura,  
Que las que beso yo, montañas grandes?  
¿No os ablandó la voz que repetía:  
*Llora conmigo, Amor, la pena mía?*

»En medio de sus flébiles canciones  
Ronca lanzó su lira melodiosa  
*Voz de dolor y llanto de gemido.*  
Cayeron sobre ti mis maldiciones,  
Tumba de Portugal, Libia arenosa,  
Al escuchar el bélico alarido.  
Por acero bruñido  
Quise trocar mis juncos y mis cañas,  
Y del hado á despecho  
Por contiendas extrañas  
Abandonar mis ninfas y mi lecho.  
Tal fué tu magia, oh canto sobrehumano,  
La rota al lamentar del Lusitano.

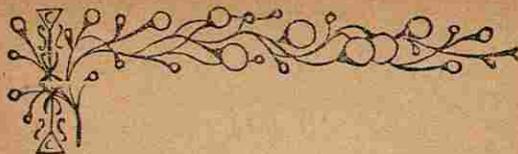
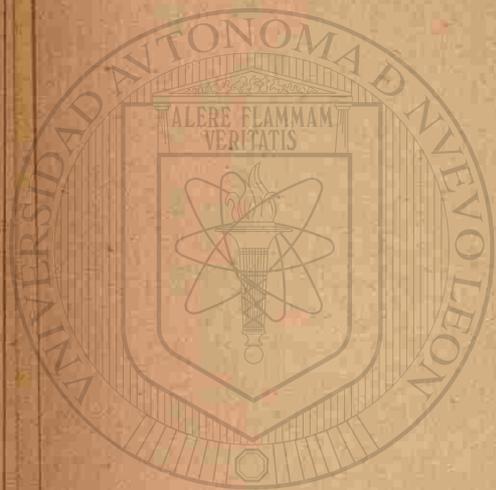
»Atronador bramando el ancho Ponto  
 Me da las nuevas del estrago y muerte  
 Que difunden las naves agarenas.  
 Del fraterno Danubio y Helesponto  
 Tiemblo al oír la desdichada suerte.  
 Juzgo que tornan mis antiguas penas:  
 De las duras cadenas  
 Que rompió vencedor monarca santo,  
 Mi cuello otra vez siente  
 El peso; y hondo espanto  
 Hiela mi linfa y seca mi corriente.  
 Me sumerjo en mis antros, y hasta el riego  
 A mis riberas dolorido niego.

»Bélica trompa súbita resuena  
 Y raudo sube á la celeste altura  
 El que mi Hernando entona, himno guerrero,  
 Al Orco baja, y de furor lo llena:  
*Cantemos al Señor, que en la llanura  
 Venció, del ancho mar, al Trace fiero,....*  
 ¡Salve, andaluz Homero!  
 De excelsos vates ínclita corona  
 Progenitor me llama:  
 De todos te pregona  
 Príncipe sin rival la justa Fama.  
 Tus versos hacen inmortal tu nombre:  
 Yo gloria te daré que al mundo asombre.»

Así termina su cantar el río,  
 Y entrambas manos con fragor juntando,

Hunde en el agua la musgosa frente.  
 Pues tu favor me niegas, alma Clío,  
 Y no permites que al divino Hernando  
 Mi cítara celebre dignamente,  
 Bénevola consiente  
 Que con voz no inarmónica, siquiera  
 Los loores repita  
 Del inmortal Herrera  
 Que entona el Betis y á aprender me invita.  
 Así del rojo sol toma la luna  
 La luz que le ha negado la Fortuna.





### ODA SÁFICA

Lída en la Asamblea de la Juventud Católica de Madrid  
el 7 de Marzo de 1880.

¡Salve, de España Juventud insigne,  
Que alto levantas el pendón cristiano,  
Y al Vaticano la piadosa frente  
Dócil inclinas!

¡Salve! De Roma la sagrada trompa  
Himnos sonoros á cantar invita  
Al fiel levita, y al seglar que pulsa  
Arpa templada.

Al llamamiento presurosa acude;  
Y al que veneras, Luminar de Aquino,  
Canto divino tus variados coros  
Dulces entonen.

Pero no pidas al pastor errante  
Que á tus acordes, plácidas canciones,  
Una los sones que su flauta ruda  
Débil exhala.

Apacentando mi infeliz rebaño,  
Triste y á solas, á tañer acierto  
En el desierto ó en el bosque umbrío  
Flébiles cañas;

Pero el reposo de las sacras ninfas  
Que en su regazo nutre el Manzanares,  
Con mis cantares perturbar no quiero.  
¡Cítara, calla!

Cantad vosotros la sublime ciencia,  
Y altas virtudes, y saber preclaro  
Del Sol, del Faro, del Doctor, del Angel,  
¡Vates iberos!

De haber mecido su gloriosa cuna  
La bella Italia con razón se precia;  
Sabia Lutecia colocó en sus sienes  
Verde corona;

Pero de Cristo ¿quién á los combates  
Formó la diestra del insigne santo?  
¿Cúyo es el manto que sus anchos hombros  
Cubre flotante?

¿De dó salieron las falanges albas,  
A cuyas filas de eternal renombre  
Presta su nombre de Landulfo el hijo?  
¡Musas, decidme!

¡Ah! Vano fuera de Tomás divino  
El alto ingenio; vanos los afanes,

De los Guzmanes sin la prole augusta.  
¡Gózate, España!

Como la aurora de rosados dedos  
La obscura tierra plácida prepara  
A la luz clara que del sol el disco  
Roja difunde;

Tal de Domingo la familia augusta,  
Que de hija tuya noble se gloria,  
Fúlgida vía de la ciencia al astro  
Abre valiente.

De la palabra la fulmínea espada  
Ante el hereje vencedora esgrime,  
Y á la sublime celestial esfera  
Alza su vuelo.

Ella las alas de Tomás compone  
(Dédalo nuevo), y ella en la palestra  
Fiel lo amaestra, y en su cuerpo el óleo  
Místico vierte.

Ella lo amolda del antiguo monje  
A la inflexible santa disciplina,  
Y lo encamina sin envidia á nueva  
Patmos oculta.

¡Ah! Si misterios al mortal vedados  
Allí de Cristo sobre el pecho bebe,  
A ti lo debe, de Domingo madre.  
¡Gózate, Iberia!

Por ti en el cielo rutilante ofusca  
El áureo brillo del antiguo Febo  
El Astro nuevo, Sol resplandeciente,  
Lumbre del orbe.

¿Visteis acaso del Jerarca Sumo  
En el alcázar (del pincel de Urbino  
Fruto divino) la del rubio Apolo  
Célica imagen?

Sobre las nubes, su dorado carro  
Llevan las Horas; dejan el Oriente,  
Y hacia Occidente las columnas mismas  
De Hércules pasan.

¡Ah! No delirios de pagano artista  
Juzguéis, os ruego, la gentil pintura;  
Tipo y figura del Doctor de Aquino  
Ved en Apolo.

A otro hemisferio más allá de Gades  
Su lumbre llevan españolas naos,  
Y el fiero caos que cubriera á un mundo  
Rompe su fuego.

De un polo al otro refulgente brilla  
De Dios la ciencia, que Tomás revela,  
Y que modela con la antigua forma  
Estagirita.

En las remotas mejicanas playas  
Apenas niño despegué los labios,

Mil y mil sabios de Tomás el nombre  
Santo me enseñan.

Quise en las aulas penetrar osado,  
Y presentaron á mi absorta vista  
De la tomista celestial escuela  
Hojas sin cuento.

Hoy, que infalible de León señala  
El dedo agosto (de seguro puerto  
Presagio cierto) la Aquinate estrella,  
¡Faro celeste!

Alto responde, Juventud cristiana:  
*Doquier la enseña del león hesperio  
Tuvo su imperio, de Tomás la ciencia  
Reina absoluta.*

*Diganlo España, Nápoles la bella,  
Milán y Flandes, Méjico divina,  
Y la Argentina saludable margen,  
Quito y el Cuzco.*

Sigue, de Iberia Juventud insigne,  
Fiel tremolando tan gloriosa enseña;  
Y presto dueña te verás, cual otro  
Tiempo, del orbe.

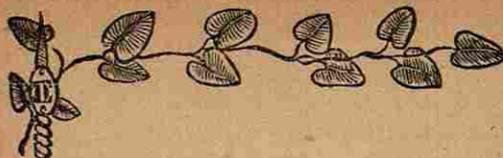
Dueña del orbe, cual la lid horrible  
No puede hacerte, ni fugaz victoria,  
Te hará la gloria que á la ciencia y letras  
Sólo acompaña.

¿Qué importa, dime, que ya no constante  
 El sol, ¡España! tu extensión alumbre,  
 Si *tú* la lumbre de *tu* Sol de Aquino  
 Lanzas al cielo?

Desde el empíreo de la escuela el Angel  
 Esta corona de silvestre oliva  
 Grato reciba, que mi humilde mano  
 Tímida teje.

Sólo á tu ruego descolgué mi lira,  
 Y á toda prisa, Juventud hispana,  
 Esta mañana recorrí las notas  
 Que hora resuenan.

Tuyo es mi canto; mas si optar pudiera,  
 Antes que acentos de la lira mía,  
 Te ofrecería los que inspira egregio  
 Púlpito sacro.



## DIÁLOGO

CON QUE EL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN FELICITÓ AL ILUSTRÍSIMO  
 SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS, ARZOBISPO  
 DE MÉJICO, EL 8 DE DICIEMBRE DE 1889, DÍA DE SU  
 JUBILEO SACERDOTAL.

### PERSONAJES QUE HABLAN.

El Angel Custodio de la Arquidiócesi de Méjico.  
 El Angel Custodio de la Nación mejicana.  
 La Diócesi de Zamora.  
 La Diócesi de Puebla.  
 La Arquidiócesi de Morelia.  
 La Arquidiócesi de Guadalajara.  
 La Diócesi de Yucatán.  
 La Diócesi de León.

### PERSONAJES QUE NO HABLAN.

Diócesis de Sinaloa, Colima, Sonora, Durango, Zaca-  
 tecas, Linares, Querétaro, Veracruz, Tamaulipas, Tulan-  
 cingo, Chilapa, Tabasco, Oajaca, Chiapas y San Luis  
 Potosí.

Angeles Custodios de las Arquidiócesis y Diócesis  
 mencionadas. ®

Podrá representar la escena el valle de Méjico, vién-  
 dose la ciudad en lontananza y Guadalupe en primer  
 término. Si fuere cómodo, el Angel Custodio de la Nación  
 podrá hablar desde la cumbre del Tepeyac, y cerca de él,  
 el Angel de la Arquidiócesi.

Las Diócesis serán representadas por niñas vestidas de túnica blanca y manto flotante de diversos colores. Por tocado llevarán una mitra, baja, de forma gótica.

Las Arquidiócesis llevarán además el *pallio* en el pecho. Cada Angel Custodio llevará un estandarte en el que se lea el nombre de su respectiva diócesi.

### EL ÁNGEL DE LA NACIÓN.

El Angel soy á quien la augusta mano  
Del Supremo Hacedor confió clemente  
La custodia del reino mejicano.

Traje á su seno la nación valiente  
Que sus leyes le dió, y el almo signo  
De la sagrada Cruz puso en su frente.

A cada iglesia su Prelado asigno  
Y, por Dios inspirado, siempre escojo  
Para mi cara Méjico el más digno.

Yo las plegarias de mi grey recojo,  
Y aplaco, al presentarlas, con mi llanto,  
Del airado Señor el justo enojo.

De ZUMÁRRAGA traje al varón santo  
Que enarboló cual célica bandera  
Del buen indiano el milagroso manto;

Y al gran MONTÚFAR, que por vez primera  
En Concilio, la Iglesia mejicana  
Reunir, nacida apenas, mereciera.

A MOYA DE CONTRERAS engalana  
Sobre la mitra, virreinal corona;  
Y él une á la virtud ciencia profana.

Sordo á mi llamamiento, á ajena zona  
El pacífico ALONSO DE BONILLA  
Lleva el fervor, que apóstol lo pregona.

Aunque al poder la frente nunca humilla  
El ardiente MENDOZA, en el combate  
Su insigne caridad fulgente brilla.

Corazón de eremita en GUERRA late,  
Cuya paz no se altera, aunque espantoso  
Temblor de tierra su ciudad abate.

JUAN PÉREZ DE LA SERNA, belicoso  
Hierde al virrey; é iglesias y conventos  
Edifica y sostiene dadivoso.

¿Cómo no alzáis á MANSO monumentos?  
Por la inundada Méjico navega,  
Vencedor de las aguas y los vientos.

A VERDUGO, al insigne DE LA VEGA,  
Y á JUAN DE PALAFOX mi labio llama,  
Sin poderles hacer del pallio entrega.

No bien prelado Méjico lo aclama,  
MAÑOZCA las primeras bendiciones  
En la acabada catedral derrama.

Muy breves son de AZCONA las funciones.  
Un solo lustro á Méjico gobierna  
BUGUEIRO, entre fatales disensiones.

Tras el humilde OSORIO, la paterna  
Ciudad viene á regir, agradecido,  
CUEVAS, santo pastor, con mano tierna.

A RAMÍREZ DE PRADO, en el olvido  
No dejará, por cierto, sepultado  
El plazo á su gobierno concedido.

ENRÍQUEZ DE RIVERA, denodado  
 Increpa, lucha, y, paternal, corrige,  
 Blandiendo al par la espada y el cayado.  
 AGUIAR la santa iglesia austero rige.  
 Del reino y de la diócesis ORTEGA  
 Los destinos, espléndido, dirige.  
 La adversidad la frente no doblega  
 De LANCIEGO EGUILAZ, que en largos años  
 Su grey apacentando no sosiega.  
 ¡Loen á VIZARRÓN propios y extraños!  
 ¿Cuándo miró la Iglesia mejicana  
 Tan grande caridad, males tamaños?  
 Loor á RUBIO, que en edad temprana  
 Viene á ceñir la mitra refulgente.  
 ¡Loor eterno al grande LORENZANA!  
 Pregonen su virtud de gente en gente  
 Los huérfanos sinnúmero que vida  
 Y nombre deben á su amor ardiente.  
 Por él, por cuarta vez se ve reunida  
 De Méjico la Iglesia; por él suda  
 La americana prensa ennoblecida.  
 En llamarlo el Pontífice no duda  
 A Toledo; á la púrpura lo exalta,  
 Y él al cautivo Pío presta ayuda.  
 No menos generoso HARO Y PERALTA,  
 Funda, dota, regala, da, socorre,  
 Y en la epidemia su fervor resalta.  
 Tras la perdida oveja amante corre;  
 Más de once mil presbíteros ordena;  
 Quince veces la diócesi recorre.

De LIZANA y BEAUMONT narrar da pena,  
 De BERGOSA y de FONTE (último ibero)  
 La vida episcopal, de azares llena.  
 De POSADA Y GARDUÑO alabar quiero  
 El celo y acendrado patriotismo,  
 Docto prelado y digno caballero.  
 Del justo GARZA al contemplar me abismo  
 La inflexible virtud y austera ciencia  
 Sepultadas en rudo cataclismo.  
 ¡Oh Dios Omnipotente! Tu clemencia  
 Como nunca lució, cuando un Prelado  
 Pedirte osé, de altísima excelencia.  
 Sobre el ruinoso altar despedazado  
 Impertinente la Impiedad se erguía  
 Del Indiferentismo al diestro lado.  
 La grey dispersa por doquier corría;  
 Y, fingiendo amistad, el lobo astuto  
 A los corderos tímidos se unía.  
 ¡Ay! ¿Quién apartará el vedado fruto?  
 ¿Quién salvará la nave del naufragio?  
 ¿Quién regirá la Iglesia en tanto luto?  
 En tal conflicto designé á PELAGIO,  
 Pastor cuyo fecundo sacerdocio  
 Era de dicha y paz cierto presagio.  
 Sus hazañas contar, arduo negocio  
 Es, hasta para un ángel. ¡Oh querube,  
 Que á Méjico en guardar eres mi socio!  
 Sal de la que te cubre avara nube.  
 De la feliz Metrópoli que amparas  
 Las glorias á mi lado á narrar sube.

Di de PELAGIO las virtudes raras;  
Su alta prudencia, su exquisito tino,  
Grande bajo el dosel, grande en las aras.

Mas como enaltecer fué su destino  
De esta región á las iglesias todas  
Que me confiara el Redentor divino,

Canten, antes que tú, sus aureas bodas  
De las demás iglesias los guardianes,  
Y denle gracias en festivas odas,  
Por su amor, su bondad y sus afanes.

Á la voz del Ángel de la Nación salen el de la Arquidiócesi y los demás Ángeles, conduciendo éstos por la mano á sus respectivas diócesis; y se colocan según lo permita el escenario.

Avanza ZAMORA, quedando á su lado un poco atrás su Ángel respectivo, y dice:

En mi seno nació: mi humilde mano  
Tuvo la dicha de mecer la cuna,  
Que fundamento á ser de mi fortuna  
Predestinaba el cielo soberano.

Por ÉL, á acrecentado honor profano  
Espiritual poder mi pueblo aduna;  
Por ÉL, desde el abismo hasta la luna,  
Me sublimó el Pontífice Romano.

Y cuando ni mural triste diadema  
Mi polvorosa sien ceñir podía,  
Y me abrumaba humillación extrema,

La mitra me donó de gran valía,  
De preeminencia pastoral emblema  
Y origen de mi cívica hidalguía.

Avanza MORELIA de igual manera.

A mis pechos lo crié: del alma ciencia  
Bebió la leche en mi feliz regazo;  
Lo ató á la Iglesia con eterno lazo,  
Lo desposé á la fiel Jurisprudencia.

Limpia su frente, pura su conciencia,  
Lo condujo al altar mi amante brazo:  
Foro, Tribuna, Corte, en breve plazo  
Admiraron su insigne preeminencia.

Me lo robó Angelópolis dichosa;  
Y, á pasos de gigante, hasta la cima  
Ascendió de la escala misteriosa;

Y en gratitud á mi temprana estima,  
El palio me donó: joya preciosa  
Que á Metrópoli ilustre me sublima.

### PUEBLA.

Fuí su primera grey: aun me imagino  
Ver el óleo correr sobre su frente,  
Cuando, vestido de oro refulgente,  
Uniera su destino á mi destino.

Aun me parece, con ardor divino,  
Verlo empuñar el báculo valiente,  
Y la cabeza herir de la serpiente  
Que audaz se atravesara en su camino.

¡Ay! Lo miro también, en duro hierro  
Trocar, nuevo Crisóstomo, sus glorias,  
Y de mi templo abandonar el atrio;

Mas no para morir en el destierro,  
Sino, tras largas luchas y victorias,  
Poderoso volver al suelo patrio.

Avanza GUADALAJARA, rodeada de sus sufragáneas  
SINALOA, COLIMA, SONORA, DURANGO, ZACATECAS y  
LINARES, acompañadas de sus respectivos ángeles, y  
dice:

No me quiso inferior á la que brilla  
Tanto por Él, Iglesia Mejicana:  
A la que su hija fué, llama hoy hermana,  
Y á rango arzobispal alza mi silla.

La que mi frente ornó mitra sencilla,  
Con corona de perlas engalana;  
Y con mis sufragáneas vengo ufana  
A doblar á sus plantas la rodilla.

Sinaloa, Colima, la Sonora,  
Durango, Zacatecas y Linares,  
Mis hermanas ayer, mis hijas hora,  
Sus montes abandonan y sus mares,  
Y al buen Pastor á quien la Iglesia adora  
Vienen á acompañar á los altares.

Avanza YUCATÁN, teniendo á su lado á OAJACA y  
CHIAPAS con sus respectivos ángeles, y dice:

A sus hijas mirad. ¡Cuántos favores  
En torno de su mesa recibimos,  
Cual de la vid los pálidos racimos  
En las antiguas viñas de Dolores!

Hoy, sus caminos á sembrar de flores  
Desde el lejano litoral venimos,

Y á recoger ansiosas los opimos  
Frutos de sus espléndidas labores.

Avanza LEÓN rápidamente, rodeado de QUERÉTARO,  
VERACRUZ, TAMAULIPAS, TULANCINGO, CHILAPA, TA-  
BASCO y SAN LUIS POTOSÍ, y termina el soneto:

También sus hijas somos: la existencia  
Debemos al Pastor, que largos años  
Nos conservó la sabia Providencia.

Es nuestro su cayado, y no en extraños  
Apriscos, vienen hoy á su presencia  
La gramilla á pacer nuestros rebaños.

Se retiran, y baja el Ángel de la Arquidiócesi de Mé-  
jico del lugar donde ha estado, al lado del de la Nación.  
Para mejor recitar podrá clavar su estandarte en el suelo,  
ó dejarlo del todo, una vez que el público haya visto el  
nombre de la iglesia que guarda.

### EL ÁNGEL DE MÉJICO.

¿Quién, más que yo, del Arzobispo insigne  
Contar podrá las prendas y el acierto?  
Mi rota nave va llevando al puerto  
En medio del indómito Aquilón.

Y aunque el casco las olas agujeran,  
Ni el rumbo tuerce, ni la marcha pára;  
Las averías pródigo repara  
Sin soltar impertérrito el timón.

Los que admiráis la dulce mansedumbre  
Con que el crimen soporta y la injusticia,

Su valor no olvidéis, ni su pericia:  
Él supo, cuando quiso, batallar.

Él esgrimió su báculo, guerrero,  
Sin humillar ante el poder la frente:  
La Santa Iglesia defendió valiente,  
Y cayó, la rodilla sin doblar.

El rayo espiritual luego soltando,  
Sobre el enfermo plácido se inclina,  
Y cura con celeste medicina  
La misma llaga que su fuego abrió.

Contra su seno al pecador estrecha,  
Y de Jesús siguiendo el dulce ejemplo,  
Con fuerza irresistible atrae al templo  
Aun al que su dintel jamás cruzó.

En llanuras, en montes, en ciudades,  
Ved cómo los santuarios multiplica,  
Y soberbia basílica edifica  
A nuestro protomártir japonés.

Para el trono sin par que en Guadalupe  
Su mano eleva á la gentil María,  
Ya sus estatuas el romano envía,  
Sus ricos artefactos el francés.

¡Con qué cuidado en el naciente clero  
Con el ingenio la virtud cultival  
¡Con cuánto celo la piedad aviva  
Del anciano Ministro del Señor!

¿Quién solicita su favor en vano?  
¿Quién no recibe si la mano tiende?  
Sobre el amigo y enemigo extiende,  
Sin distinción, su manto protector.

Mirad en torno la falange bella  
Que se presenta á su pastor delante,  
Ufano tremolando la triunfante  
Enseña del Sagrado Corazón.

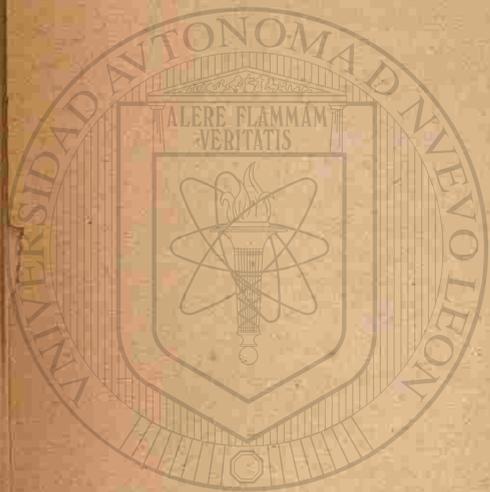
Humilde y diminuta se movía (1)  
Cuando llegó á la playa mejicana.  
Merced á su favor, hora lozana  
Se ostenta al mundo, y nómbrese *legión*.

Acepta, oh Padre, de tus fieles hijas  
Los que te ofrecen, cariñosos dones:  
Acepta sus amantes corazones,  
Que tan bien has sabido conquistar.

Los años de tu largo sacerdocio  
Su inextinguible gratitud no cuenta;  
Quieren acompañarte otros cincuenta  
En derredor del encendido altar.

(1) Si se quiere, y lo permite el local, podrían aparecer en lontananza, llegando á Veracruz en un bote, las tres primeras religiosas del Sagrado Corazón que llegaron al país.





AL MISMO SEÑOR ARZOBISPO  
REGALÁNDOLE UN ANILLO EL DÍA DE SU JULILEO.

---

Desterrado, en el suelo britano,  
Oh Pastor, te acogí tierno niño;  
A la Eterna Ciudad mi cariño  
Me llevó de tus huellas en pos;  
Y en el día que el pueblo cristiano  
Fiel consagra á Lorenzo el levita,  
Me impusiste la mano bendita  
Que me hiciera ministro de Dios.

Ofrecí mi primer sacrificio  
Sobre el cuerpo de Ignacio glorioso:  
Allí estabas, Pastor bondadoso,  
De rodillas al pie del altar.

Con el óleo (sin par beneficio)  
Mi cabeza bañó Pío Nono;  
Allí estabas, enfrente del trono  
En que quiso á su siervo sentar.

A tu lado pisé muchas veces  
De las cortes las ricas alfombras;

Muchas veces del bosque en las sombras  
Cariñoso tu llanto enjugué.

Hoy, que anciano la víctima ofreces,  
Tantos años tu amparo y tu guía,  
A la tuya uniré la voz mía,  
Y contigo al altar subiré.

A aceptar tu bondad no se niegue  
Una prenda de dulce esperanza,  
Y á la par de antiquísima alianza  
Y acendrado cariño filial.

Trasladar á tu dedo te plegue  
El que adorna mi dedo, sencillo,  
De oro puro finísimo anillo,  
De fe sello y de amor pastoral.

De diamantes fulgente corona,  
En él cerca la imagen sagrada  
De la Virgen que, nunca manchada,  
La serpiente infernal humilló:

De la Virgen, tu excelsa Patrona,  
Que hoy aún ampararte se digna,  
Y hace ya medio siglo, benigna,  
Tu feliz sacerdocio inició.



## PLEGARIA

CON MOTIVO DEL MISMO JUBILEO.

«Exaudi Christe, Pelagio vita.»  
SAN AGUSTÍN, Ep. 213.

¡Oh Señor! No permitas que el Piloto  
Que prudente gobierna nuestra nave,  
Antes que cese de soplar el Noto  
Su carrera mortal rendido acabe.  
Del errante bajel el casco roto  
Él solo encaminar al puerto sabe,  
Aunque todas sus velas á jirones  
Redujeron los recios Aquilones.

Ten piedad ¡oh Señor! de la que fuera  
Reina una vez, Iglesia Mejicana,  
Y ahora gime esclava y prisionera  
Como en cerrado harén infiel sultana.  
Sus grillos dora la impiedad artera;  
Con falsos oropeles la engalana;  
Hasta su justo llanto le da enojos,  
Y seca con el látigo sus ojos.

En tamaña aficción, sólo á una mano  
Es dado sostener su mustia frente;

Sólo á un privilegiado Cirujano  
Que sus heridas lave se consiente;  
Sólo á una voz, de encanto sobrehumano,  
A la infernal hipócrita serpiente  
Es dado fascinar con dulce acento  
Y repeler su emponzoñado aliento.  
¡Ay si esa mano á retirarse llega!  
¡Ay de nosotros si esa voz se apaga!  
¡Ay si la muerte al Cirujano siega  
Ó al experto Piloto el ponto traga!.....  
Tu pueblo fiel rendido te lo ruega  
En medio del placer que hora lo embriaga:  
Libértanos ¡oh Cristo! del naufragio  
La vida conservando al gran Pelagio.



## LIBRO SEGUNDO.

ELEGÍAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sólo á un privilegiado Cirujano  
Que sus heridas lave se consiente;  
Sólo á una voz, de encanto sobrehumano,  
A la infernal hipócrita serpiente  
Es dado fascinar con dulce acento  
Y repeler su emponzoñado aliento.  
¡Ay si esa mano á retirarse llega!  
¡Ay de nosotros si esa voz se apaga!  
¡Ay si la muerte al Cirujano siega  
Ó al experto Piloto el ponto traga!.....  
Tu pueblo fiel rendido te lo ruega  
En medio del placer que hora lo embriaga:  
Libértanos ¡oh Cristo! del naufragio  
La vida conservando al gran Pelagio.

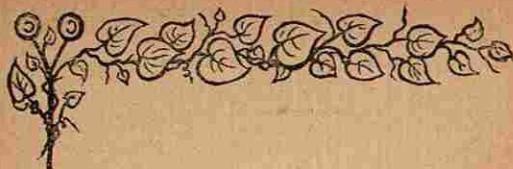
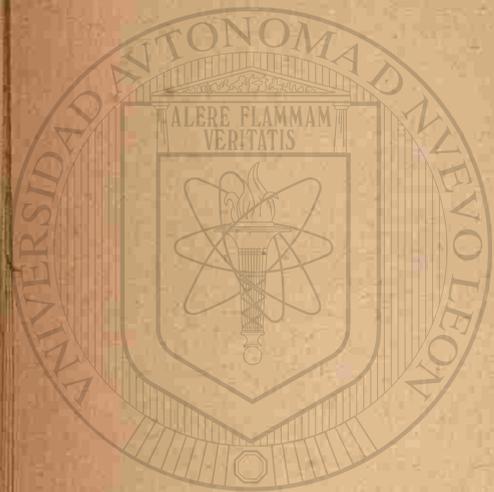


## LIBRO SEGUNDO.

ELEGÍAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

EL PAPAGAYO DE CORINA.

TRADUCCIÓN DE OVIDIO.

(*Amorum*, lib. III, elegía IV.)

El loro que á las Indias orientales  
Debió Corina, ha muerto. ¡Aves dolientes,  
Venid á celebrar sus funerales!

Las plumas arracad de vuestras frentes,  
De cabellos en vez; y las mejillas  
Desgarren vuestras uñas inclementes.

Con las alas, piadosas avecillas,  
El pecho herid: la fúnebre trompeta  
Suplid con vuestras cántigas sencillas.

Del Imario tirano, ¿qué te inquieta,  
Oh Filomena, el crimen? De tu llanto  
Há tiempo la medida está repleta.

Á pájaro sin par el triste canto  
Hoy consagra no más. De Itis la suerte  
Motivo es ya muy viejo á tu quebranto.

Los que el aire pobláis llorad su muerte,  
Y más que todos, por tu dulce amigo,  
Triste palomo, tú, lágrimas vierte.

En concordia feliz vivió contigo,  
Y, fieles hasta el fin, por años largos  
Os dió la misma jaula grato abrigo.

Lo que Pilades fuera al joven de Argos,  
Fué para ti el palomo, amable loro,  
Constante aun en los trances más amargos.

Mas, ¿qué tanta amistad? ¿qué tu decoro  
Y variado color? ¿qué tu ingeniosa  
Lengua gentil y paladar sonoro?

¿Qué te valió de mi Corina hermosa  
El favorito ser, desque en sus faldas  
Te colocó mi mano dadivosa?

Moriste, sí. Las verdes esmeraldas  
Tu plumaje ofuscaba: rojo vivo  
Ostentaban tu pico y tus espaldas.

¡Con qué donaire y ademán festivo  
Remedabas al hombre! Ningún ave  
Te igualaba en talento imitativo.

La envidia te mató, ¡dulce y sūave  
Amante de la paz! Nadie deslices  
Que te deshonren, ó pendencias, sabe.

¡Y viven las guerreras codornices,  
A pesar de su genio turbulento,  
Hasta avanzada edad, siempre felices!

Saciábate poquísimo alimento,  
Y en tu afán por hablar, mil y mil veces  
Para comer faltábate el aliento.

Semillas de amapola y duras nueces  
Formaban tu festín, y tu bebida  
Era el líquido humor criador de peces.

Al cuervo, que la lluvia apetecida  
Con su graznido anuncia, el Hado deja,  
Y al buitire y al halcón la inútil vida;

Y vive largos años la corneja  
Aunque la odia Minerva, y hasta nueve  
Centurias cumple sin llegar á vieja.

¡Mientras, las aguas de Aqueronte bebe  
El Indio papagayo, del humano  
Acento imitador, tras vida brevel

Siega la muerte con avara mano  
Lo elevado y lo hermoso: los embites  
Del Hado, vence lo rastrero y llano.

Del gran Protesilao vió Tersites  
El triste fin. Cenizas Héctor era;  
Sus hermanos gozábanse en convites.

¿Los ruegos narraré con que pidiera  
Corina tu salud? ¡Súplica vana  
Que al mar arrebató brisa ligera!

Al sexto día, día sin mañana,  
De tu dolencia, ya su rueca inclina  
Sin estambre vital Cloto inhumana.

Mas en el corvo pico repentina  
No se apaga tu voz, y al morir clama  
Tu no cansada lengua: *Adiós, Corina.*

En los Campos Eliseos, según fama,  
Al pie del monte un encinar florece  
Y un prado ameno, con perenne grama.

Aquél, si lo dudoso fe merece,  
Es el lugar que de las aves buenas  
Eterno premio á la virtud ofrece.

Los cisnes sin mancilla horas serenas  
Pasan; y el Fénix, que aunque muere es uno  
Y el mismo, entona allí sus cantilenas;

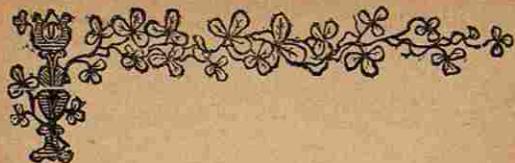
Su cola ostenta el pájaro de Juno;  
Se besan las palomas amorosas:  
Pájaro infame allí no entra ninguno.

De aquella selva habita en las umbrosas  
Ramas el loro, y con humano acento  
Entretiene á las aves virtuosas.

Su cuerpecillo, exiguo monumento  
Encierra aquí, y en lápida pequeña  
Breve inscripción revela mi lamento:

ESTE SEPULCRO, PASAJERO, ENSEÑA  
QUE FUÍ DELICIAS DE GENTIL SEÑORA:  
ERA CORINA MI MAESTRA Y DUEÑA;  
DE HOMBRE, NO DE AVE, FUÉ MI VOZ CANORA.

1880.



## II.

EN LA TEMPRANA MUERTE  
DEL ILMO. Y RVMO. SR. D. FRAY VITAL GONÇALVES  
DE OLIVEIRA,  
DEL ORDEN DE LOS MENORES CAPUCHINOS, OBISPO DE OLINDA.

A la remota tumba de un hermano  
Dejad que vuelva los llorosos ojos,  
Que en medio á vuestro gozo enjugo en vano;  
Y ya que no me es dado á sus despojos  
Agua lustral, ni bendecido incienso,  
Ni frescas flores ofrecer de hinojos,

Al menos pueda mi dolor inmenso  
Desfogar con el que hora me circunda,  
De culta sociedad cortejo denso.

En mi ánimo quizás valor infunda  
Vuestra fiel compasión, ya que partida  
Mitígasé la pena más profunda;

Y ya que á aligerar hoy me convida  
Vuestra piedad el peso que me oprime,  
Dejad que con vosotros lo divida.

¡Ah! con razón desconsolada gime  
La Iglesia del Brasil: sin vida yace  
Su campeón más fuerte y más sublime.

La que fuera su grey, huérfana pace;  
Y al verla sin pastor, del lobo impío  
Crece la saña y el furor renace.

Llora, Olinda, á tu Padre; y tú, gran río  
Que á París bañas, y morir lo viste,  
Llora á tu huésped y al amigo mío.

¡Sagrado Tiber, ya enlutado! hoy viste  
Sobre tus negras ropas nuevo luto:  
Dique robusto en mi *Vital* perdiste.

Ríndele, oh patria, fúnebre tributo  
De justa admiración. Alma de acero  
Tiene quien hoy conserve el rostro enjuto.

¡Defensor de la fe! ¿Por qué primero  
Que tu inútil hermano, así abandonas  
El rojo campo del combate fiero?

En la margen del férvido Amazonas  
Mil luchas te aguardaban todavía,  
Oh joven adalid, y mil coronas.

Tras largo combatir, te sonreía  
La victoria, por fin, cuando la muerte  
Segó tu cuello con guadaña impía;

Y tú, más mozo que el que lloro vierte,  
Fiel amigo, por ti, partes al cielo;  
¡El débil sobrevive, muere el fuerte!

Al que esgrimía con invicto celo  
De la palabra la fulmínea espada,  
Aguda enfermedad convierte en hielo;

¡Y al imbele pastor, á quien agrada  
*Apacentar cantando su rebaño*,  
Nada atormenta ni doblega nada!

Al brasileño Imperio ¡cuánto daño  
Causará la satánica Serpiente  
Mirando de *Vital* viudo el escaño!

Ya se regocijaba omnipotente,  
Doquier llevando su letal veneno,  
Doquier hincando su temido diente;

Ciego al peligro, á la malicia ajeno,  
El incauto cristiano la abrigaba  
Con necio amor, en su indefenso seno;

Y sin cadenas, ni temor, ni traba,  
A reinar empezaba cual señora,  
Quien debiera yacer muerta ó esclava.

En el palacio do el Monarca mora,  
Ella, no Pedro, el cetro sostenía,  
Y empuñaba la espada vengadora;

Castigos y favores repartía,  
Y ella, en vez de su siervo el Parlamento,  
Leyes dictaba en su caverna umbría:

Y ni así satisfecha tuvo aliento  
De subir al altar con arrogancia,  
Y en el templo fijar su negro asiento.

Allí la halló *Vital* cuando á la instancia  
Tornó del brasilero soberano  
Al patrio hogar desde su amada Francia.

Seis lustros no contaba y quiso, en vano,  
De su labio apartar la amarga copa,  
Y retirar del báculo la mano.

Con asombro de América y Europa,  
En tan temprana edad, le obliga Pfo  
A vestir de pontífice la ropa.

El hijo de Francisco, su albedrío  
Humilde sometiendo al gran Jerarca,  
La mitra episcopal ciñe con brío;  
Y atravesando el mar en ruda barca,

Gozoso vuela á los amantes brazos  
Del que tanto lo amó sabio Monarca.

Al ver sujetos con vedados lazos  
Sus nuevos hijos, y á Satán vendidos,  
Su tierno corazón se hace pedazos;  
Y con súplicas, ruegos y gemidos  
Quiere apartarlos de la errada senda  
Que al abismo los lleva empedernidos.

Mas ¡ay! todo fué vano. Antes, la rienda  
Con más furor soltando á sus pasiones,  
Entraron en sacrílega contienda;  
Y del Prelado ahogar las oraciones,  
En el recinto mismo de su templo,  
Quisieron de Satán los campeones.

¡Ah! ¡Cuál entonces á *Vital* contemplo  
Esgrimir la severa disciplina,  
Siguiendo de Jesús el santo ejemplo!

¡Bien haces, buen Pastor! Hiere, fulmina  
Los rayos de que armó tu sacra diestra  
De Jehová la potestad divina.

Con rigor saludable, al mundo muestra  
Que no sólo atraer debe el cayado,  
Sino servir de lanza en la palestra.

El noble Emperador que te ha forzado  
A abandonar tu celda y tu convento,  
No dudes, no, combatirá á tu lado.

Bien sabe el grande Pedro que tu intento  
Es defender con el altar el trono,  
Y eco serán sus leyes de tu acento.

Amigo tuyo, ¿qué no hará en tu abono?  
De la Iglesia romana hijo obediente,  
De tus contrarios domará el encono....

Pero ¿qué miro, oh cielos! ¿Qué torrente  
De hombres armados, el bendito muro  
Que guarece á *Vital* rompe insolente?

¿Dó van? ¿Dó lo conducen? ¿Quién perjuro  
Lo arrastra con sacrílegos cordeles  
Y lo sumerge en calabozo obscuro?....

¡Arranca de tu frente los laureles  
Débil Emperador! Tales hazañas,  
Proezas son de idólatras ó infieles.

¿Contra inerme Pastor así te ensañas?  
¿Y cristiano monarca osas llamarte?

Ni á Dios ni al mundo ¡desdichado! engañas.

De Cristo y de Belial el estandarte  
Ni unir podrás, ni derribar sañudo  
De Pernambuco al nuevo baluarte.

¿No ves cómo resiste al golpe rudo  
Que le asesta feroz quien fué su amigo  
Y debiera ser hoy su firme escudo?

De inicuas leyes al infando abrigo,  
Condena al inocente secta impía,  
Por largos años, á cruel castigo;

Y el que de rey cristiano se gloria  
 La sentencia infernal frágil sanciona:  
 ¡Ay del Prelado que en monarcas fía!  
 ¡Angeles del Señor! áurea corona  
 Al mártir preparad, que entre cadenas  
 La fe de Cristo sin temor pregona.  
 ¡Fieles! ornad de lauros las almenas  
 Que de *San Juan* circundan el castillo,  
 Y sus torres regad con azucenas.  
 ¡Prisionero Pastor! Jamás el brillo  
 Envidié de tu alcázar: ni trocara  
 Por tu opulencia mi vivir sencillo;  
 Ni de tu Pernambuco la algazara  
 Eché de menos donde aislado moro,  
 Ni su esplendor, ni su belleza rara.  
 Mas tus grillos al ver, copioso lloro  
 Vertí de envidia; y por ornar con ellos  
 Mis pies, te diera otros iguales de oro.  
 De tu prisión me parecieron bellos  
 Los negros muros; y su opaca lumbre  
 Superior de mi sol á los destellos;  
 Y de la dicha y del honor la cumbre  
 Juzgado hubiera este ministro indigno  
 Vivir bajo su fétida techumbre.  
 Mas ¡ay! el cielo, para ti benigno,  
 De padecer tormentos ni prisiones  
 No me juzgó, por mis pecados, digno:  
 Y siempre libre, pude á las regiones  
 Europeas volar cuando me plugo,  
 De Pfo á recibir las bendiciones.

Allí, oh *Vital*, te hallé. Por fin el yugo  
 Que tu cerviz indómita oprimía  
 Rompió vencido tu imperial verdugo.  
 Mas encubiertas flechas todavía  
 Te asestaba hasta el pie del Vaticano:  
 ¡Ay del Prelado que en monarcas fía!  
 ¡Con qué transportes estreché la mano,  
 Y me arrojé en los brazos cariñoso  
 Del fuerté mártir y adorado hermano!  
 En la flor de la edad, su rostro hermoso  
 De la dura prisión ligeras huellas  
 Apenas conservaba vigoroso.  
 Modesto su mirar; pero centellas  
 Arrojabán sus ojos, si un instante  
 Siquiera alzaba las pupilas bellas.  
 Sobre el pecho ondeaba la flotante  
 Y larguísima barba capuchina  
 Negra adornando el varonil semblante.  
 Aun me parece verlo en la colina  
 De Lourdes, majestoso descollando  
 Entre la inmensa turba peregrina.  
 Aun me parece oír su acento, cuando  
 De María entonaba los loores  
 Al pie del simulacro venerando.  
 ¡Oh día inolvidable! Los Pastores  
 Más célebres de Francia van devotos,  
 Seguidos de su grey por los mejores;  
 Ni falta de países muy remotos  
 Quien acuda á la Virgen sin mancilla,  
 Llevando ofrendas y cumpliendo votos.

Corona sin igual fulgente brilla  
En manos del Legado, que hasta el Gave  
Manda del Tíber la sagrada orilla.

En la inmensa basilica no cabe  
La muchedumbre de piadosa gente  
Que invade el atrio y espaciosa nave;  
Y en procesión desfila reverente  
Al que en medio del valle alto se eleva  
Altar dorado, de la gruta enfrente.

Entre la turba al avanzar, se lleva  
*Vital* en pos de sí todos los ojos,  
Y admiración excita siempre nueva.  
— *Bendícenos, Pastor*, gritan de hinojos  
Mil voces por doquier.— *Ved*, otro clama,  
*Al que arrostró del César los enojos.*

— *Él es, él es; el que la inicua trama  
De la impiedad deshizo.*— *Honor se rinda  
Al que la Iglesia su columna llama.*  
— *¡Confesor de la Fe! Francia te brinda  
Con el amor que tu Brasil te niega:  
¡No nos dejes, por Dios, mártir de Olinda!*

Bendiciéndolo así, con flores riega  
La multitud el plácido camino  
De *Vital*, que confuso al ara llega;  
Do con acento grato y argentino  
El Pictaviense Obispo, nuevo Hilario,  
Las glorias canta del poder divino.

Y el ínclito Legado del Vicario  
De Cristo, á la gran Reina orna la frente  
Que se nos dió por Madre en el Calvario.

Allí estabas, *Vital*: mi pecho ardiente  
Junto al tuyo latía; y con tu diestra  
Mi diestra bendecía juntamente.

Unida, al cielo la plegaria nuestra  
Voló, cuando en la gruta milagrosa  
Tu indigno hermano oraba á tu siniestra.

Mi mente recordar apenas osa  
Esa noche, que en medio á los encinos  
Subíamos con marcha presurosa.

Al frente de incontables peregrinos  
Ibamos, oh *Vital*, cuatro Pastores  
Por las rocas trepando y los espinos.

De veinte mil antorchas los fulgores  
El bosque enrojecían; reflejaba  
El río de cristal sus resplandores;

Y cual serpiente de encendida lava  
Iba la procesión por los collados,  
Y al Etna la montaña semejava.

¡Ay! sólo vivo yo de esos Prelados:  
Mis tres hermanos, de la Iglesia gloria,  
Fueron por el sepulcro devorados.

¡Con qué dolor reclamo á la memoria  
La tarde en que partió, contento y lleno  
De esperanzas de próxima victoria!

Al llevarlo á la nave, ¡cuán sereno  
El buen Pastor sonriendo me decía:  
*Tras el triunfo aguardame el veneno!*

¡Ah! La ponzoña no: la felonía  
Temprana tumba abrióle en suelo extraño.  
¡Ay del Prelado que en monarcas fia!

Alejado murió de su rebaño,  
 Víctima de satánicas traiciones  
 Y agobiado por tanto desengaño.

¡Oh Reyes, aprended! ¡Claros varones  
 Que gobernáis la tierra! en su funesta  
 Muerte, aprended terríficas lecciones.

La mano oculta que su dardo asesta  
 Al sacerdote inerme y al cristiano,  
 Para vosotros el puñal apresta.

Valientes sacudid el yugo insano  
 Del infernal Dragón, que audaz pretende  
 Ser en el mundo solo soberano.

¡Católica ciudad! firme defiende  
 Tus muros contra el pérfido enemigo  
 Que red sutil, como la araña, tiende.  
 ¡Pueblo cortés que hospitalario abrigo  
 Al errante Pastor das placentero!  
 En prenda de mi amor, ¿qué haré contigo?

Llamástemme á gozar, y lisonjero  
 Cortesanas palabras me dijiste:  
 Si tu gozo turbé, perdón espero.

Mal se puede alegrar quien luto viste;  
 Y quien se rinde á funeral quebranto  
 Fuerza es también que á los demás contriste.

Tus dulces voces y armonioso canto,  
 Y tu decir galano y exquisito,  
 Importuno quizás ahogó mi llanto;

Mas desfogar mi duelo necesito,  
 Y á mezclar vuestro fúnebre lamento  
 Con mis lágrimas tiernas os invito.

¡Ministros que ofrecéis el Incruento  
 Sacrificio! ¡Católicos seglares!

¡Damas ilustres, de piedad portento!  
 Sin consuelo llorad; llorad á mares.

El valiente cayó: la tumba encierra  
 Al robusto sostén de los altares.

¡VITAL invicto, rayo de la guerra,  
 De cuyo brazo juvenil pendía  
 La salvación de tu nativa tierra!

¿Cómo caíste en infausto día?  
 ¿Cómo caíste *tú*, cual nadie fuerte?  
 Al consagrarte flébil elegía,  
 Lloro y envidio tu gloriosa muerte.

1878.



III.

EN LA MUERTE

DEL

EXCMO. SR. D. JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA,  
DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEJICANA.

No me alejéis de la bendita losa  
Con que la tumba del querido hermano  
Cerró nuestra Academia lacrimosa.  
Aunque no puede ya mi débil mano  
Grabar el epitafio de adamante  
Que merece el insigne ciudadano,  
Ni mi cansada voz deja que cante  
Al que en la humana ciencia fué portento  
Y en la divina caridad gigante,  
Para abrazar aún me sobra aliento  
La angusta cruz, que nuestra fe revela  
Y corona el mármóreo monumento;  
Y las noches pasando en dulce vela,  
Hacerme guardador de su memoria  
Y de su honor perpetuo centinela;

Y á quien pretenda mancillar su gloria  
Ahuyentaré del caro mausoleo,  
Armado con la Biblia y con la Historia.—

Aun me parece que al patricio veo  
En la tierra cumpliendo los mandatos  
Que en el Volumen Inspirado leo,  
Y lejos de la turba de insensatos  
Sus pasos ordenar eternamente,  
Útiles al mortal, al cielo gratos.

«El rico poseedor y el indigente  
Se han menester (nos dice la Escritura),  
Y se hallarán el uno al otro enfrente.

»Entrambos son del Creador hechura;  
¡Ay del que al pobre su jornal retenga,  
Ó le atormente con vedada usura!

»Tamaño crimen justiciero venga  
El brazo del Señor. Para el mendigo,  
Feliz quien su morada abierta tenga.»

¡Oh de los pobres cariñoso amigo!  
De que tan bellas máximas seguiste  
Catorce lustros, ¿quién no fué testigo?

¿Quién no te vió las lágrimas del triste  
Secar, con la bondad fascinadora  
Á que el pecho más duro no resiste?

Del enfermo endulzó la postrer hora  
Mil veces tu piedad, ó de la muerte  
Detuvo la guadaña destructora.

Amargo lloro en tus haciendas vierte  
De siervos la incontable muchedumbre  
Que en hijos de adopción tu amor convierte.

Te lloran mil hogares, cuya lumbre  
Encendiste, trocando en alegría  
Del huérfano infeliz la pesadumbre.

Gime la aristocracia, y tu hidalguía  
Proclamando á la faz del Nuevo Mundo,  
Encomia tu gentil sabiduría.

Que del vicio al embate furibundo  
Supiste resistir, y á la opulencia  
Unir, cual Salomón, saber profundo;  
Y la docta Madrid premió tu ciencia,  
Y á París asombró tu alta doctrina,  
Y á Londres de tu ingenio la potencia.

La patria ante tu féretro se inclina;  
Y si vivo te honró, muerto te adora  
Y tu noble misión llama divina.

Divina, sí; tu voz, atronadora  
Como la de Ezequiel, de abandonadas  
Tumbas, cuyo lugar el vulgo ignora,  
Llamó las osamentas descarnadas  
De apóstoles sin par, que á ignotas gentes  
Cultura y fe trajeron adunadas.

Juntáronse los huesos obedientes,  
De carne revistiéronse y tendones,  
Y espíritu vital bañó sus frentes.

Merced á ti, la nuestra y las naciones  
Extrañas, admirar pueden hoy día  
Á aquellos evangélicos varones.

Y reviven el gran Motolinía,  
Los dos Martines, el sagaz Mendieta,  
Gante, Sahagún, Guadalcanal, García.—

Á contarlos renuncio. Tanto atleta  
Sólo él pudo evocar. ¡Almas augustas!  
Al túmulo llegad de Icazbalceta.

En las solemnes literarias justas  
Que hacemos en su honor, á nuestro coro  
Las voces vuestras únanse robustas.

Con su péñola os dió lustre y decoro,  
Y del profundo seno del olvido  
Sacó de vuestros libros el tesoro.

De gratitud un cántico os convido  
Á mezclar á las notas funerales  
Que entona nuestro labio agradecido.

¡Venid, venid, figuras colosales!  
No temáis que á la espléndida asamblea  
Espanten vuestros rústicos sayales.

¡Mil veces salve, sombra gigantea  
Del primer Arzobispo mejicano!  
Tu grave rostro déjame que vea.

Permíteme besar tu digna mano;  
Deja que escuche el varonil acento  
Que domó al español, ganó al indiano.

¡Miradlo! Ya se acerca al monumento,  
Y apoyado en el báculo argentino,  
Prorrumpo en este fúnebre lamento:

«Reposa en paz, ingenio peregrino,  
Vástago y prez del ínclito linaje  
Que á la India Occidental conmigo vino.

»Cultor feliz del español lenguaje,  
Continuador de mi obra en este suelo  
Á que la luz del Evangelio traje,

»Y el arte de la estampa, don del cielo  
Que las tinieblas del error ahuyenta  
Y del alma inmortal dirige el vuelo.

»Tres centurias después, no tuvo á afrenta  
El trabajar tu mano delicada  
En la que yo introduje, útil imprenta.

»Del cieno en que yaciera degradada  
Tú la sacaste, y pregonar le hiciste  
Esa verdad que al mundo desagrada:

»Alma verdad, á que el furor resiste  
De la calumnia vil y la mentira  
Que al más santo varón aleve embiste.

»Yo su víctima fuí; ni aun en la pira  
Disfrutar me dejaron el reposo  
A que el Pastor desengañado aspira;

»Y me pintaron torpe y rencoroso,  
Esclavizado á fanatismo ciego,  
Y crédulo á la par que sedicioso.

»Mi campeón te declaraste luego,  
Mostrando que ni histórica pintura,  
Ni estatua, ni papel arrojé al fuego.

»Que por mí floreció la arquitectura  
Y enseñé al mejicano artes y oficios,  
Y le di ciencia, letras y cultura.

»Que á mi pueblo colmé de beneficios,  
Y la santa seráfica pobreza  
Único premio fué de mis servicios.

»Lo proclamaste tú, con fortaleza  
Digna del prócer y del sabio digna,  
Y el rayo hirió tu impávida cabeza.

»La ingratitud te persiguió maligna;  
Y la envidia cruel, que todo empece,  
Lugar de oprobio junto á mí te asigna.

»Mas el divino Juez, justo te ofrece  
La corona debida al que constante  
Por la verdad, persecución padece.

»Al cielo suba tu ánima triunfante,  
Mientras el cuerpo aguarda adormecido  
De la resurrección el dulce instante.»—

¡Gracias sin fin, Zumárraga querido!  
¿Cómo pagarte las dichosas nuevas  
Que tu labio inmortal nos ha traído?—

Feliz quien de su amor osó dar pruebas  
A aquellos religiosos zapadores  
Que rompieron de Méjico las glebas,

Y, sordo á vituperios y á loores,  
Supo guardar incólume la fama  
Del primero y mayor de sus Pastores.

Yo la de él guardaré, mientras la llama  
Vital me anime, y le daré mi llanto;  
Y si algún necio su sepulcro infama,  
Lo cubrirá mi prelaticio manto.

1895.

## LIBRO TERCERO.

FIESCO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



»La ingratitud te persiguió maligna;  
Y la envidia cruel, que todo empece,  
Lugar de oprobio junto á mí te asigna.

»Mas el divino Juez, justo te ofrece  
La corona debida al que constante  
Por la verdad, persecución padece.

»Al cielo suba tu ánima triunfante,  
Mientras el cuerpo aguarda adormecido  
De la resurrección el dulce instante.»—

¡Gracias sin fin, Zumárraga querido!  
¿Cómo pagarte las dichosas nuevas  
Que tu labio inmortal nos ha traído?—

Feliz quien de su amor osó dar pruebas  
A aquellos religiosos zapadores  
Que rompieron de Méjico las glebas,

Y, sordo á vituperios y á loores,  
Supo guardar incólume la fama  
Del primero y mayor de sus Pastores.

Yo la de él guardaré, mientras la llama  
Vital me anime, y le daré mi llanto;  
Y si algún necio su sepulcro infama,  
Lo cubrirá mi prelaticio manto.

1895.

## LIBRO TERCERO.

FIESCO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

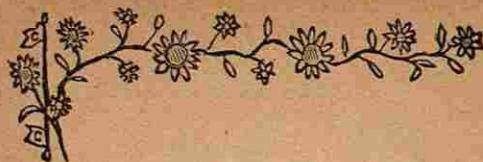
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## FIESCO.

POEMA HEROICO.

(Año de 1547.)

I.

Cubren el sereno cielo  
De Génova la soberbia  
Nubarrones que, ocultando  
Las relucientes estrellas,  
Envuelven sus altos muros  
En pavorosas tinieblas.  
Sus alcázares de mármol  
Trazarse pueden apenas  
Por los fatigados ojos  
En la obscuridad que reina:  
Los dorados campanarios,  
Que el aire elevados pueblan,  
Se pierden de la honda noche  
Entre las sombras espesas.  
Tras los cerrados cristales  
Ninguna dama se muestra,

Ni se perciben abajo  
 De amante joven las huellas.  
 El trovador embozado  
 Á su morada regresa  
 Sin que su mano entumida  
 Pulsar la cítara pueda.  
 Algún relámpago acaso  
 Descubre los centinelas,  
 Que, apoyados en su pica  
 Y calada la visera,  
 La hora del feliz relevo  
 Llenos de ansiedad esperan;  
 Mientras en torno á la llama  
 Los soldados se calientan,  
 Y, del deber olvidados,  
 A blando sueño se entregan.  
 De los cansados marinos  
 El ronco gritar ya cesa,  
 Y sin sentir el esclavo  
 El peso de sus cadenas,  
 Duerme también recostado  
 Sobre la anclada galera.  
 Tan sólo rompe el silencio  
 Algún apagado *alería*  
 Que en el palacio de Doria  
 De vez en cuando resuena:  
 Tan sólo en aquella nave  
 Que en sus mástiles despliega  
 De los condes de Lavaña  
 Las poderosas enseñas,

Quizás algún movimiento  
 De gente armada se observa.  
 Y con razón: presurosa  
 Se hará mañana á la vela  
 Fuego asolador llevando  
 A la flota sarracena.  
 ¡Oh, feliz el soberano  
 Que sobre súbditos reina  
 Que siempre tan generosos  
 Y tan patriotas se muestran!  
 ¡Feliz de Lavaña el Conde,  
 Que mientras hace la guerra  
 Armando mil galeones  
 Y naves, á sus expensas,  
 En máscaras y festines  
 Pasa las noches enteras,  
 Y los cuidados y afanes  
 De su morada destierra!  
 Sí: mirad iluminadas  
 De su alcázar las vidrieras:  
 Ved cuán á menudo gira  
 Sobre sus goznes la puerta,  
 El paso libre dejando  
 A mil caballeros, que entran  
 Ricamente ataviados  
 Para la suntosa fiesta  
 Que esta noche les prepara  
 Con insólita grandeza.  
 Es regia de sus banquetes  
 La pompa y magnificencia;

A manos llenas prodiga  
 Su inagotable riqueza;  
 Es valiente y poderoso,  
 Y entre sus abuelos cuenta  
 Mil afamados guerreros  
 Y mil príncipes y reinas.  
 Idolatrado del pueblo,  
 Querido de la nobleza,  
 Con una alma generosa  
 De raras virtudes llena,  
 Digno es Ludovico Fiesco  
 De ceñir ducal diadema,  
 Y de sentarse en el trono  
 De la poderosa Génova.  
 Mas su corazón festivo  
 Tamaña suerte desdeña,  
 Y mil dichosos amigos  
 Mirar prefiere á su mesa,  
 Copas sin fin apurando  
 De dulces licores llenas,  
 Que contemplar en su torno  
 Mil guardias y centinelas  
 Y aduladores sin cuento  
 Con descubierta cabeza,  
 Y que estrechar amistoso  
 De Carlos Quinto la diestra.  
 Con ser de Doria el amigo  
 Su corazón se contenta,  
 Y ni en coronas ni cetros  
 Ni tronos ducales piensa.

Sí, duerme tranquilo, Doria;  
 De Ludovico no temas.  
 Duerme; y tu poder presente  
 Y glorias pasadas sueña:  
 Vuelve á desafiar osado  
 Del Gran Capitán la fuerza;  
 Arma tus bravos marinos,  
 Iza tus rápidas velas,  
 Y al musulmán acomete  
 Con tus invictas galeras:  
 Una vez y otra repasa  
 Tus inauditas proezas;  
 Vuelva á colocar potente  
 Tu nunca vencida diestra  
 Las águilas victoriosas  
 Sobre los muros de Génova,  
 Y tu majestosa planta  
 Al trono ducal ascienda,  
 Mientras tu mano se apoya  
 Sobre la rubia cabeza  
 De ese joven que, animoso,  
 Presto seguirá tus huellas,  
 La corona asegurando  
 A tu ilustre descendencia.  
 Después de sueño tan grato,  
 Con faz risueña despierta  
 Y de tus vasallos fieles  
 El hondo silencio observa:  
 En tu gobierno fiados,  
 Al sueño todos se entregan,

Y ni un malhechor se mira  
 Dentro tu ciudad siquiera.  
 ¡Oh! Duerme otra vez tranquilo,  
 Y que ninguna sospecha,  
 Ningún afán ni cuidado  
 A turbar tu sueño venga.

## II.

Del alcázar de Fiesco los salones  
 Antorchas á millares iluminan,  
 Que con su luz espléndida remedan  
 La ardiente claridad del mediodía.

Poco á poco los nobles convidados  
 Van entrando á la fiesta prometida:  
 De seda y de brocado son sus trajes,  
 Y en su rostro se pinta la alegría.

El joven caballero que en el campo  
 Ha blandido mil veces la cuchilla,  
 Y ha ganado mil palmas y laureles,  
 Que á las plantas llevó de su querida,

Viene á mostrar que en la festiva danza  
 El primero será cual en la liza,  
 Y que si diestro en su corcel batalla,  
 Diestro también por los salones gira.

Artificiosos brindis preparados  
 Trae para vencer su dama esquivada  
 El gallardo poeta, cuyo fuego  
 Noble se explaya en amorosa rima.

El magnate que cruces y blasones  
 Ostenta en derredor con mano altiva,  
 Viene á lucir sus numerosas joyas,  
 Su toisón y magníficas sortijas.

Tal vez el padre que en los puros goces  
 De su prole feliz su dicha cifra,  
 Extraña que el galante Ludovico  
 Haya olvidado á sus hermosas hijas.

El nuevo esposo del altar llegado  
 Entra tal vez, y á descifrar no atina  
 Por qué el amigo de sus tiernos años  
 Á su gallarda esposa no convida.

Mas al mirar sin damas los salones  
 Queda resuelto el enredado enigma,  
 Y que tendrán desordenada cena,  
 Y no sarao espléndido, adivinan.

En animados grupos se divide  
 Aquí y allí la alegre compañía;  
 Y quién á Doria de improperios llena,  
 Quién sus acciones sin piedad critica.

Del Caballero-Rey encomia alguno  
 El sin igual denuedo y bizarría;  
 Otro declara que veloz la estrella  
 De Carlos á su ocaso se aproxima:

Quién la inacción del genovés cobarde  
 Con mil colores ardoroso pinta;  
 Quién en voz baja á su inmediato amigo  
 De Doria el yugo á sacudir excita.

Pasan las horas, y la noche avanza;  
 Y atónita la alegre comitiva,

Observa que ni danza se prepara,  
 Ni que haya aprestos de banquete mira,  
 Y que en lugar de numerosos pajes  
 Que dulces vinos y manjares sirvan,  
 Se oye el crujir de pavoroso acero,  
 Y armada gente en el palacio gira.  
 Ya la puerta no se abre del alcázar,  
 Ni el silencio de Génova adormida  
 Interrumpe tardío convidado  
 Que la calle atraviase á toda prisa:  
 La media noche rápida se acerca,  
 Y todos más y más se maravillan  
 Al esperar en vano al de Lavaña,  
 Cuya ausencia sus dudas eterniza.  
 Los unos á los otros se interrogan;  
 Unos á otros atónitos se miran;  
 Y temen, y vacilan, y ninguno  
 La causa del fenómeno se explica.  
 Súbitas se abren las cerradas puertas  
 Que á las alcobas del palacio guían,  
 Y se presenta Ludovico armado,  
 Radiante con insólita alegría.  
 Fúlgido almete de variadas plumas  
 En su cabeza majestosa brilla;  
 Limpia coraza de bruñido acero  
 Sobre su pecho espléndida se mira.  
 Tajante espada, que fraguó Toledo,  
 Vistosa cuelga de dorada cinta,  
 Y sobre el puño apóyase la mano  
 De guantelete rico guarnecida.

Grave su andar, esbelto su talante:  
 Todos su talla gigantesca admiran,  
 Su noble frente, su poblada barba,  
 Sus negros ojos y mirada altiva.  
 Viene á su diestra su valiente hermano;  
 Á su siniestra trae al fiel Verrina;  
 Detiéndose al entrar en los umbrales,  
 Y exclama así con plácida sonrisa:  
 «¿Qué significa, amigos, la extrañeza  
 Que en vuestros rostros vívida se pinta?  
 Ese vano temor, esas sospechas,  
 Mis amigos, decid, ¿qué significan?  
 »¿Pasar la noche en voluptosas danzas  
 Y entre festines báquicos creáis,  
 Mientras oprime á nuestra patria hermosa  
 El yugo de insufrible tiranía?  
 »¡Os gloriáis, valientes genoveses,  
 De nuestro nombre y fama primitiva,  
 Y tal yugo sufrís! ¡Dobláis sumisos  
 Á un decrepito anciano la rodilla!  
 »¿No detestáis su orgullo y su arrogancia,  
 Su sin igual doblez y su falsía,  
 Y bajo su fingido patriotismo  
 No veis ocultas alevosas miras?  
 »Notad cuál cada día desaparecen  
 Los privilegios nuestros y franquicias:  
 Marcad las proscripciones numerosas;  
 De nobles ved las cárceles henchidas.  
 »Leyes son los caprichos del anciano  
 Á quien escucha Génova sumisa;

Y si la voz alzamos suplicantes,  
Es nuestra voz humilde escarnecida.

»Una esperanza de remedio pronto  
Su senectud en vano nos inspira;  
Que del sobrino pérfido, á su muerte  
Nos regirá la diestra aborrecida.

»En vano Doria tremoló arrogante  
De Libertad la enseña purpurina:  
Presto trocó las águilas hermosas  
Del verdugo feroz por la cuchilla.

»Extrañas armas deseables fueran  
Más que sus hachas y tiranas picas;  
Mejor sufrir la esclavitud del turco  
Que el yugo atroz del Austria vengativa.

»Pero vosotros ¡oh! que á mil tiranos  
Habéis vencido ya en sangrienta liza  
(Lo digo con rubor), sufrís ahora  
Tamaño deshonor con faz tranquila.

»En la ciudad un viejo delirante  
Y un imberbe garzón nos tiranizan:  
Sin siquiera saberlo, desde lejos  
El ambicioso César nos domina.

»Pronto también en Génova la bella,  
De Carlos al imperio sometida,  
Infames españoles y tudescos  
Nos burlarán con orgullosa risa.

»¿Y sufriréis, oh amigos, impasibles  
Tamaño deshonor, tanta mancilla?  
¡Imposible! ¡Jamás! ¡Sobre el malvado  
De Dios la mano ya su rayo vibra!

»Esta noche, de eterna remembranza,  
Ese Dios que los crímenes castiga  
Hórrida muerte le dará al tirano,  
Y á nosotros poder y nombradía.

»Hoy con riquezas y durable fama  
La suerte á todos obsequiosa brinda:  
Quien no desprecie tan soberbios dones,  
Ármese bravo y mis pendones siga.

»El palacio ducal está cercado;  
Guardadas están ya las avenidas;  
Mis marinos armados en el puerto,  
Por la ciudad mi gente repartida.

»Mis numerosos guardias y vasallos  
Unidos marcharán á la voz mía,  
Y bien presto veréis inanimada  
De entrambos Dorias la cabeza altiva.

»Mas no creáis que un éxito tan bello  
Fruto será de horrible alevosía,  
¡Lejos de mí! Tan atrevidos planes  
Estratagema son de Fiesco digna.

»Cuando despierte la azorada guardia  
Que hora sin recelar duerme tranquila,  
Mis valientes soldados á millares  
Ya de ella fuertes estarán encima.

»Y sorprendido mirará el tirano  
Enrojecerse su infeliz guarida,  
Y, cual del seno de la obscura tierra,  
Brotar en derredor la gente mía.

»Del opresor la aborrecida sangre  
Ofreceréis grata en copa rica;

Con ella más contentos libaremos  
Que con licor de España ó de Sicilia.

»Mañana, amigos, la ciudad soberbia  
Nos doblará obediente la rodilla:

Riquezas y honra alcanzaréis entonces  
Que de esta noche premien la fatiga.

»Tal es la fiesta y el banquete regio  
A que mi labio férvido os invita:

El que poder y glorias ambicione  
Armese bravo y mis pendones siga.»

Calla; y el auditorio conmovido,  
Sin replicar, con estupor lo mira:

Él, entretanto, los callados rostros  
Recorre majestoso con la vista.

Y cual hoy día en la opulenta Londres,  
Con arte al hombre aun desconocida,

Raro varón á quien Europa toda  
Sin comprender estupefacta admira;

Cuando corcel salvaje se presenta  
Que nunca freno soportó ni silla,

Y burló de los fuertes domadores  
La sin igual destreza no vencida;

Él, sin usar del mejicano lazo  
Ni montar de los árabes á guisa,

Mientras el bruto por el ancho circo  
Corre feroz é indómito relincha,

En medio de la arena se detiene,  
Torva en la bestia su mirada fija,

Y con el brillo de sus claros ojos  
Fascinador al animal domina:

Así á los vacilantes de Fiesco  
Vence también la fúlgida pupila,  
Y de valor sus pechos rebosando,  
Suena por fin estrepitoso *viva*.

Del rico ferreruelo se despojan,  
Y el dorado espadín á toda prisa  
Cambian ansiosos por tajantes sables,  
Y por adargas, yelmos y lorigas.

Al puesto se encaminan ardorosos  
Que la mano de Fiesco les asigna;  
Y todos sin escándalo ni ruido  
Por la callada Génova desfilan.

## III.

¡Corazón, corazón! ¿por qué del hombre  
En el camino infausto te atraviesas,  
Y le haces olvidar de sus deberes  
La que pisara gloriosa senda?

De la adusta razón á los dictados  
¿Por qué tan ardoroso te rebelas,  
Y el amor ó la cólera encendiendo,  
En amargura los placeres truecas?

Al joven lidiador la desolada  
Imagen de su dama le presentas,  
Y con tus amorosas pulsaciones  
Del rojo campo del honor lo alejas.

Horribles celos fermentado excitas  
 En el amante que al altar se acerca,  
 Y haces que, innoble, vengativa daga  
 Clave en el pecho de su esposa tierna.

Hora á la estancia de su fiel consorte  
 Inoportuno á Ludovico llevas,  
 Sin que vencer tus férvidos impulsos  
 Pueda de su alma la inaudita fuerza.

Corre la joven con abiertos brazos  
 No bien rechina la cerrada puerta,  
 Y al estrecharse entrambos cariñosos,  
 Sólo se escucha «¡Ludovico!» «¡Clelia!»

Quisiera hablar la dolorida esposa;  
 Mas á las fauces pégase su lengua,  
 Y sólo con sus lágrimas empañá  
 Del acerado peto la limpieza.

«Esposo, Ludovico, al fin exclama  
 De majestad y de nobleza llena,  
 ¿Qué significan, dime, esa armadura  
 Y esos aprestos de cercana guerra?

»¡Ay! En vano me ocultas, desdichado,  
 La que innoble meditas trama negra:  
 Tu demudado rostro me descubre  
 Tu alevosía, oh conde, y tu bajeza.

»Yo te he visto mil veces denodado  
 Verter tu sangre en hórrida pelea,  
 Y ni ligera sombra de congoja  
 Mi valerosa faz cubrió siquiera.

»Mil y mil veces con pupila enjuta  
 Entre mis brazos te estreché contenta,

Cuando marchabas de entusiasmo lleno  
 A perecer quizás en cruda guerra.

»Mas hora que alevoso te preparas  
 A acometer aborrecida empresa,  
 Yo no sé, Conde, lo que en mi alma pasa;  
 No sé por qué la sangre se me hiela.

»Siento que á aborrecer al asesino  
 Me impele sin cesar secreta fuerza;  
 Y no puedo, mi amor, no puedo odiarte;  
 La fe jurada, el corazón lo vedan.

»¿Pero es verdad, oh Fiesco, que olvidado  
 De tus virtudes y tu estirpe regia,  
 Vas á teñir tu immaculado acero  
 En la sangre mejor de la alma Génova?

»Respóndeme que no: dime que marchas  
 A domeñar las huestes agarenas:  
 Dime que vas á perecer con gloria,  
 Que por tu patria á pelear te aprestas.

»Entonces ¡oh! con palpitante pecho  
 Mi último abrazo te daré contenta;  
 Y adornaré tu gloriosa tumba  
 Con deshojadas flores, la primera.

»Pero si armado de alevosa daga,  
 De un puñado de gente á la cabeza,  
 Oculto entre las sombras de la noche  
 Vas á cebarte en inocente presa;

»Antes que Doria inanimado caiga,  
 Conmigo aquí tus crímenes empieza;  
 Y antes que ver tu infamia y tu deshonra,  
 Muerta á tus plantas tu puñal me tienda.

»¡Oh, por piedad, no partas! prosternada  
 Tu dolorida esposa te lo ruega:  
 Que vas á hallar, mi corazón me dice,  
 No gloria, sino muerte en las tinieblas.

»Ya me parece verte mutilado,  
 Con secos labios y la faz sangrienta,  
 Hecho en la playa de voraces perros  
 Y de buitres carnívoros la presa.

»Ya me parece que entre fieras burlas  
 Por la ciudad atado te pasean:  
 Tu cabeza del tronco separada  
 En palo infamador se me presenta.

»Olvida, olvida tan atroces planes;  
 Vuelve á pisar de la virtud la senda;  
 Que de tu vida, de tu honor al precio  
 Yo no ambiciono cetros ni diademas.

»¡No me dejes, por Dios! ¿De nuestras bodas  
 El venturoso día no recuerdas,  
 Cuando, extasiado en amorosos raptos,  
 Mil promesas me hicistes halagüeñas?

»¿Cuando dijiste: El universo entero  
 No trocara por tí, mi dulce prenda;  
 Por vivir, Clelia, á tu envidable lado  
 Una cabaña á un trono preferiera?

»¡Ay, cuánto amor entonces! Mas ahora  
 De mi dicha pasó la feliz época,  
 Y más que duro mármol, insensible  
 Te muestras á mi llanto y mi ternera.

»Sí, vete, deja á tu infeliz esposa;  
 Corre á la lid, á la matanza vuela:

Olvida al hijo que en mi seno abrigo;  
 Troncha de un golpe la esperanza nuestra.

»Vé, hiere, mata, sin temor destroza;  
 Tus blasones empaña y tu nobleza;  
 Mas recuerda que amar á un asesino  
 Nunca podrá de Cibo la Condesa.»

Calla por fin; y en doble sentimiento  
 De ira y amor sus ojos centellean,  
 Y lágrimas arranca afectuosas  
 Del que jamás el llanto conociera.

El Conde de Lavaña conmovido  
 Va ya á ceder incauto á su belleza,  
 Cuando la voz funesta de Verrina  
 Por el palacio atronadora suena.

Despierta su ambición al escucharla,  
 De su imprudente lloro se avergüenza,  
 Y enjugando sus lágrimas ansioso,  
 Exclama así con su habitual firmeza:

«Condesa de Lavaña, noble esposa,  
 Cese, por Dios, tu férvida querella;  
 Nunca temas que manche mis blasones  
 Acción indigna de mi estirpe regia.

»Tu amor, el de mi patria esclavizada  
 Hoy vehementes á lidiar me llevan:  
 El oprimido pueblo clama á gritos  
 Del tirano pidiendo la cabeza.

»¡Adiós! Ó nunca de tu amante esposo  
 Podrás ya contemplar la faz risueña,  
 Ó pronto, sí, mañana, á nuestras plantas  
 Verás postrada la Ciudad Soberbia.»

Dice; y se aleja con violento paso,  
Tras sí cerrando la pesada puerta,  
Y despiadado, á su infeliz esposa  
Sobre la tierra desmayada deja.

## IV.

¡Noche, lóbraga noche que testigo  
Fuiste de tanto horror y escena tanta!  
¿Quién describir pudiera tus terrores,  
Los crímenes que viste y la matanza?  
¿Quién el pavor de la asombrada gente  
Con sus colores tétricos pintara,  
Cuando del lecho en que dormía muelle  
Con estrépito horrible fué llamada?  
¿Quién la fatal sorpresa del marino  
Y el estupor de la dormida guardia,  
Cuando sin armas vióse de improviso  
Y de ejército intrépido cercada?

Que era llegada á su mitad la noche  
Anunciaba la lúgubre campana,  
Cuando cundió por la Ciudad Soberbia  
En un momento inesperada alarma.

La galera que armara contra el turco  
El generoso Conde de Lavaña,  
A un caballero que veloz se acerca  
Deja caer sin dilación la escala.

Empuña el remo el vigoroso esclavo;  
Fuerte levanta el marinero el ancla,

Y entre las negras sombras avanzando  
Bloquean de la Dársena la entrada.

De Doria los bajeles numerosos,  
Que allí encerrados sin temor descansan,  
Por doquiera asaltados de improviso  
Todos se ven de innumerables lanchas.

En vano los forzados se despiertan  
Y los marinos bravos se levantan:  
Prisioneros se encuentran y vencidos  
Antes que puedan empuñar las armas.

Si algún valiente en resistir se obstina,  
Lo pasa el filo de enemiga espada;  
Y si escaparse algún bajel pretende,  
La galera sobre él su fuego lanza.

Vano es luchar: en vano por auxilio  
El compañero al compañero clama;  
El acero fatal del asaltante  
Su dolorosa voz crüel apaga.

Noble descuella en la invasora hueste  
Forma sublime de elevada talla,  
De largo sable, de brillante peto,  
Ancho el broquel y la cimera blanca.

El peso sin sentir de la armadura  
Cual pajarillo por las aguas salta;  
Y con ligero pie corre veloce  
De bajel á bajel, de barca á barca.

No es el estrago del funesto rayo  
Terrible más que el de su diestra infanda:  
Rastros sangrientos por doquiera deja.....  
Él es, él es: el Conde de Lavaña.

Dice; y se aleja con violento paso,  
 Tras sí cerrando la pesada puerta,  
 Y despiadado, á su infeliz esposa  
 Sobre la tierra desmayada deja.

## IV.

¡Noche, lóbraga noche que testigo  
 Fuiste de tanto horror y escena tanta!  
 ¿Quién describir pudiera tus terrores,  
 Los crímenes que viste y la matanza?  
 ¿Quién el pavor de la asombrada gente  
 Con sus colores tétricos pintara,  
 Cuando del lecho en que dormía muelle  
 Con estrépito horrible fué llamada?  
 ¿Quién la fatal sorpresa del marino  
 Y el estupor de la dormida guardia,  
 Cuando sin armas vióse de improviso  
 Y de ejército intrépido cercada?

Que era llegada á su mitad la noche  
 Anunciaba la lúgubre campana,  
 Cuando cundió por la Ciudad Soberbia  
 En un momento inesperada alarma.

La galera que armara contra el turco  
 El generoso Conde de Lavaña,  
 A un caballero que veloz se acerca  
 Deja caer sin dilación la escala.

Empuña el remo el vigoroso esclavo;  
 Fuerte levanta el marinero el ancla,

Y entre las negras sombras avanzando  
 Bloquean de la Dársena la entrada.

De Doria los bajeles numerosos,  
 Que allí encerrados sin temor descansan,  
 Por doquiera asaltados de improviso  
 Todos se ven de innumerables lanchas.

En vano los forzados se despiertan  
 Y los marinos bravos se levantan:  
 Prisioneros se encuentran y vencidos  
 Antes que puedan empuñar las armas.

Si algún valiente en resistir se obstina,  
 Lo pasa el filo de enemiga espada;  
 Y si escaparse algún bajel pretende,  
 La galera sobre él su fuego lanza.

Vano es luchar: en vano por auxilio  
 El compañero al compañero clama;  
 El acero fatal del asaltante  
 Su dolorosa voz crúel apaga.

Noble descuella en la invasora hueste  
 Forma sublime de elevada talla,  
 De largo sable, de brillante peto,  
 Ancho el broquel y la cimera blanca.

El peso sin sentir de la armadura  
 Cual pajarillo por las aguas salta;  
 Y con ligero pie corre veloce  
 De bajel á bajel, de barca á barca.

No es el estrago del funesto rayo  
 Terrible más que el de su diestra infanda:  
 Rastros sangrientos por doquiera deja.....  
 Él es, él es: el Conde de Lavaña.

Todo se humilla ó se aniquila todo  
Allí do posa la insegura planta:  
Blande el acero, y á su vista sólo  
Los enemigos con terror se apartan.

Prestó dejando á su poder sujeta  
Del Almirante la infeliz escuadra,  
Al frente marcha de sus bravas tropas  
Las naves á atacar republicanas.

Armados ya los marineros todos,  
Sobre los puentes sin temor lo aguardan,  
Y apenas miran que se acerca intrépido,  
Lluvia de fuego asolador descargan.

Corre á torrentes la fraterna sangre,  
Se cubren de cadáveres las aguas,  
Y mil y mil inanimadas formas  
En el mar pavorosas sobrenadan.

La muerte despreciando, que horrorosa  
Lleva doquier terrífica metralla,  
Avanza Fiesco con desnudo sable,  
Y á las naos impávidos se lanza.

Todas se ven en el instante mismo  
Por muchedumbre intrépida abordadas,  
Que por las cuerdas valerosa sube  
Cual por escala de dorado alcázar.

Los golpes á porfía se redoblan;  
Acrecen más y más las estocadas;  
Retruenan sin cesar los arcabuces,  
Y rotos caen yelmos y corazas.

¡Ay! ¡Más de un joven que laureles y oro  
Se prometiera, y sempiterna fama,

Del insondable mar en lo profundo  
Sepultadas dejó sus esperanzas!

¡Más de un valiente que en su puesto firme  
Esgrimió la cuchilla no manchada,  
Bravo hasta el fin, del indomable Fiesco  
Cayó bajo la diestra sanguinaria!

¡Cuánto mancebo á quien la sed de gloria  
Del seno de su madre arrebatara,  
En la lucha fatal cayó sin vida,  
Cuando ella ¡oh cielos! sin temor soñaba!

Cansado el labio enumerar no puede  
La multitud de infortunadas almas  
Que á las regiones del eterno olvido  
Bajaron ¡ay! en esa noche aciaga.

Adamantina voz fuera impotente,  
Cien ardorosas lenguas no bastaran,  
Para cantar, oh Fiesco, tus proezas;  
A referir, oh Conde, tus hazañas.

Tú enarbolaste tu pendón altivo  
En la vencida nave capitana,  
Y tu sonoro grito de victoria  
Hizo cesar la lucha encarnizada.

¡Ved! Al oírlo el enemigo tiembla:  
Todos deponen con terror las armas,  
Y en un instante quedan sometidas  
A la rebelde gente las escuadras.

Apenas cesa en el calmado puerto  
El confuso rumor de la batalla,  
Cuando lejano llega á los oídos  
El eco de terrífica algazara.

El pecho rebotando de alegría,  
Hacen volver á la ciudad las lanchas,  
Y más distinto el plácido rüido  
Anuncia la victoria deseada.

El pueblo todo de la ardiente Génova  
Cubre las calles y espaciosas plazas;  
Y *Fiesco*, *Fiesco*, por el aire suena,  
Y *Libertad* estrepitosos claman.

El valiente Verrina, descendido  
Del leño que la Dársena bloqueara,  
Rodeado de gente sobre el muelle  
A su caudillo vencedor aguarda.

Apenas mira que á la tierra llega,  
Cuando radiante de alborozo exclama:  
«La fortuna doquier nos favorece;  
Vencen doquier nuestras potentes armas.

»Nuestras son ya de la ciudad las puertas:  
Están las fortalezas ya tomadas;  
Los enemigos, muertos ó vencidos;  
Grande, muy grande ha sido la matanza.

»En este instante tu valiente hermano  
De entrambos Dorias el palacio asalta;  
Nuevos laureles á ganar marchemos;  
Funesta puede sernos la tardanza.»

Tiéndele Fiesco la amigable diestra;  
Detiene el paso, la visera se alza,  
Y á la gente que ansiosa le circunda,  
Arenga así con rápidas palabras:

«Mis amigos: el cielo nos protege;  
Presto hollará vuestra soberbia planta

El exánime cuerpo de ese monstruo  
Que nos oprime vil y nos ultraja.

»No desmayéis, mis bravos genoveses:  
De libertad la sacrosanta causa  
La ayuda vuestra rigurosa exige,  
Y nuestra sangre y vida nos demanda.

»Marchemos á beber la del tirano:  
Ataquemos intrépidos su alcázar:  
Pobres y ricos, nobles y pecheros,  
Renombre y oro poseeréis mañana.

»¡Ea, marchemos! De mis bravas tropas  
Al frente me tendréis en la batalla:  
¡Perezcan, sí, perezcan los tiranos!  
¡Á libertar, á libertar la patria!»

Sigue de aprobación ronco murmullo,  
Y todos le abren respetosa valla;  
Él por en medio pasa presuroso,  
Y tras él todos al ataque avanzan.

Ya no muy lejos del ducal palacio,  
Cuando á asaltarlo unidos se preparan,  
Entre la espesa obscuridad perciben  
Que hacia ellos viene sombra encapotada.

Que es mensajero de fatales nuevas  
El corazón fatídico presagia:  
Acaso de Jerónimo de Fiesco  
Viene á anunciar la muerte ó rota aciaga.

Sí: no se escuchan gritos de victoria,  
Ni rumor se percibe de batalla:  
«Es tiempo aun: volemos á su auxilio;  
El paso acelerad,» Verrina clama.

Al mirarlos correr, el embozado  
 Desenvaina terrífico la espada:  
 En medio de la calle se detiene,  
 Y arroja al suelo la pesada capa.  
 Y en lugar de funesto mensajero,  
 Á la luz de las teas ya cercanas,  
 Del joven Doria el rostro se descubre,  
 Que hace brillar amenazantes dagas.  
 Mas Fiesco las aparta con su brazo;  
 Grande trecho hacia Doria se adelanta;  
 Y arrojando el almete: «¿Me conoces,  
 Le dice, vil tirano de mi patria?  
 »¿Sabes que ya llegó el feliz momento  
 En que mi noble mano ensangrentada  
 Haga bajar hasta el profundo abismo  
 De los infiernos tu ánima execranda?  
 »Recuerda, Juan, si enumerarlos puedes,  
 Tus crímenes sin cuento y tus infamias,  
 Y pide á Dios perdón de tus maldades  
 Antes que tu cabeza al suelo caiga.  
 »Prepárate á morir: ó si pudieres  
 A tu enemigo combatiendo mata:  
 Miralo, su cabeza está desnuda;  
 Yace en el suelo mi robusta adarga.»  
 A lo cual Doria: «Bien te reconozco,  
 Con voz de trueno dice, alma villana,  
 Traidor ingrato, fementido amigo,  
 Adulador infame de mi casa.  
 »Bien tal pago merecen los incautos  
 Que en su regazo, oh sierpe, te abrigaran,

En vez de hundirte en fétida mazmorra,  
 Que tu traición horrible demandaba.  
 »Me avergüenzo; por Dios que me aver-  
 Con tal villano de medir mis armas; [güenzo  
 Mas no importa: á los buitres tu cabeza  
 Muy presto arrojaré en la árida playa.»  
 Y Fiesco le responde: «No sé cómo  
 Puedo sufrir, mancebo, tu arrogancia;  
 Mas te juro que en breve tu cabeza  
 En alto palo se verá plantada.  
 »Te juro que tu cuerpo lacerado  
 Arrastrará entre mofas la canalla,  
 Y que del tío vil que te protege,  
 El pecho romperá tu propia daga.»  
 Dice; y comienza la terrible lucha,  
 Que todos miran con asombro y ansia:  
 Mortales golpes ambos se dirigen;  
 Los golpes ambos con destreza paran.  
 Sin peso de armadura, el joven Doria  
 Con movimientos rápidos escapa;  
 La robustez del acerado peto  
 La vida alarga al Conde de Lavaña.  
 Ora la punta del agudo sable  
 El limpio acero con fragor rechaza:  
 Ora veloz el cuerpo se retira,  
 Y el viento hiere cuchillada vana.  
 Doria, por fin, del éxito impaciente,  
 Asesta á su rival fiera estocada,  
 Que va derecha al corazón del Conde,  
 Mas en el peto fúlgido resbala.

Pérfida entonces la desviada punta  
 Bajo el siniestro brazo honda se clava;  
 Mas nuevas fuerzas y vigor inmenso  
 A Fiesco da la sangre derramada.  
 No con tal furia Aquiles de Larissa  
 Bajo los muros de Ilión sagrada,  
 Hirviendo en ciega cólera, el postrero  
 Golpe mortal sobre Héctor descargará;  
 Cual Fiesco ahora, con robusto brazo  
 Su fuerte acero asolador levanta,  
 Y lo deja caer, y un golpe solo  
 La alta cabeza del rival separa.  
 Roncos aplausos á su muerte siguen;  
 Y la cabeza aun, ya destroncada,  
 Vuelve al oírlos sus marchitos ojos  
 Y una mirada aterradora lanza.  
 ¡Desdichado mancebo! La fortuna  
 Placentera á reinar lo destinaba;  
 Mas en hora fatal trocó los hados  
 La voluntad del cielo soberana:  
 Y en lugar de presentes y diademas  
 Recibe, muerto ya, mil puñaladas,  
 Y la plebe en odiosa muchedumbre  
 Sobre su cuerpo inanimado pasa.  
 Mientras, los senadores presurosos  
 Del Senado se juntan en la sala,  
 Y uno tras otro rápidos penetran  
 Con débil paso y faz desencajada.  
 Espínola el postrero se presenta  
 Cubierto de sudor, pero con calma,

Y á los ansiosos próceres reunidos  
 Dirige así veloce la palabra:  
 «Senadores, ya todo se ha perdido;  
 El tiempo no es de discusiones largas;  
 Cautela, actividad, premura exige  
 El estado fatal de nuestra causa.  
 »En este instante los rebeldes entran  
 Victoriosos al ducal alcázar;  
 Del joven Doria cubren el cadáver  
 Heridas ciento de alevosas dagas.  
 »Vanos han sido mis esfuerzos todos  
 Para alentar los derrotados guardias:  
 Las sorprendidas tropas han huído,  
 Y las galeras quedan apresadas.  
 »A mil peligros el anciano Doria  
 En su caballo de escapar acaba:  
 Desorden y anarquía por doquiera  
 Destrozan rudos la infelice patria.  
 »Fin imponed á inútiles arengas,  
 Y al viento tremolando enseña blanca,  
 Venid conmigo humildes á postraros  
 Del fiero vencedor ante las plantas.  
 »Intrépido luché con mis soldados;  
 En medio me arrojé de la metralla;  
 Cubierto vengo de sudor honroso;  
 Mirad en sangre tinta mi coraza.  
 »Mas todo en vano: á mi cruento lado  
 Ni sombra me quedó de amiga espada:  
 Más tiempo combatir fuera locura.  
 Sustituya la súplica á las armas.

»Si no queréis que Génova perezca,  
¡Oh! seguid mi consejo sin tardanza;  
No hay otro medio: Espínola lo dice;  
De Espínola fiad en la palabra.

»Si á tanta humillación hoy me sujeto,  
Si ahora se abate tanto mi pujanza,  
Es tan sólo, creedme, Senadores,  
Para salvar mi patria infortunada.

»¿De qué sirve verter inútil sangre,  
Sin gloria, sin honor, si hazaña tanta  
Sólo ha de remachar esas cadenas  
Que fementida tiéndenos la Francia?

»Tiempo es aún de remediar los males  
Que acrecentar podría nuestra audacia.  
¡Resolución! Al vencedor unidos,  
Salvemos ¡oh! salvemos nuestra patria.

»Si no, lo que motín hora parece  
Presto será dominación extraña;  
Y ya sabéis, señores, cuán terrible  
Es de Francisco la feroz venganza.»

Apenas cesa, el joven Bocanegra  
Con ímpetu fogoso se levanta,  
Y, «¿Quién creyera, dice, Senadores,  
Que tal mengua pacientes escucharais?

»¿Qué es de la sangre que arde en vuestras  
¿Qué se hizo nuestra fama decantada? [venas?  
¡Oh Espínola! ¿Qué es ya de la bravura  
Que á tu familia ilustre señalara?

»Por Dios que ya tu miedo inexplicable  
Sólo presenta á tu ánimo fantasmas,

Y ese motín de marineros ebrios  
En invasión convierte de la Francia.

»¿Qué importa que los guardias sorprendidos  
Hayan huído ante esa turba insana?  
Yo solo, yo, con mi tajante sable  
Á los rebeldes todos derrotara.

»Combatamos sin tregua, Senadores,  
Hasta vencer en desigual batalla:  
Combatir hasta el fin.....» É interrumpiéndole  
El anciano Grimaldi, grave exclama:

«Ten, oh mancebo, tu insultante lengua;  
Refrena un poco, oh joven, tu arrogancia;  
Y mis consejos dócil escuchando,  
A la experiencia cede de estas canas.

»Con hombres más audaces he vivido:  
Otras he visto poderosas razas,  
Cual hoy el mundo producir no puede,  
Que mis mandatos sabios acataban.

»Vieron también mis ojos á esos héroes  
Con quien diez de vosotros no lucharais,  
Humillarse á los débiles á veces  
Por la salud de su adorada patria.

»Así, no es mengua que marchemos todos  
Ramos llevando de la oliva sacra,  
Y el trono á Fiesco humildes ofrezcamos  
Para salvarnos y templar su saña.

»Marchemos, pues, ilustres Senadores;  
Marchemos, pues, con suplicantes palmas:  
El orgullo funesto depongamos,  
Y la prudencia guíe nuestras plantas.

»Modera tus discursos, Bocanegra,  
Aunque rival no tenga tu pujanza:  
Y tú, Espínola, olvida generoso  
Las palabras que incauto él pronunciara.

»Alcémonos, colegás, presurosos,  
Que ya las horas rápidas avanzan:  
Hechos, en vez de fútiles arengas,  
La fortuna de Génova demanda.»  
Nadie osa replicar á su discurso,  
Que cual rocío cae sobre sus almas,  
Y en procesión pacífica desfilan  
Los Senadores al ducal alcázar.  
¡Ay! ¡Cuán poco esta humilde comitiva  
A aquella comitiva asemejaba  
Que al comenzar de la tremenda noche  
Leyes á toda Génova dictara!  
Heraldos mil de estrepitosas lenguas  
Ya no pregonan su feliz llegada,  
Y al pronunciar de Fiesco el débil nombre,  
La voz les tiembla sin saber la causa.  
Mas en lugar del conocido labio,  
Eco altanero inesperado clama:  
«Fiesco no existe: á mí, y á mí tan sólo  
Pida, y será la súplica escuchada.»  
No con tal gozo en la llanura inmensa  
Del infernal desierto de Sahara,  
Cuando del sol los infecundos rayos  
Abrasan la sedienta caravana,  
El árabe cansado de improviso  
Ve la fértil oasis desèada,

Que claras fuentes pródiga le ofrece  
Y grata sombra de arrogantes palmas;  
Como el Senado escucha tal noticia,  
Que valor les infunde y arrogancia:  
Maravilloso es ver con qué presteza  
Todos su tono y expresiones cambian.  
¡Vanidoso Jerónimo! ¿Qué has hecho  
De tu hermano contando la desgracia?  
Tu necio orgullo todo lo ha perdido,  
Cuando todo tenías á tus plantas.

Ludovico maldice tu locura  
Desde el profundo seno de las aguas,  
Donde en momento de fatal memoria  
¡Ay! le arrojó también locura insana.  
¡Infeliz Ludovico! Ya á sus huestes  
Rendida toda Génova miraba;  
Venían ya hacia él los Senadores  
La corona á ofrecerle que anhelara;  
Ya su inmensa ambición insaciable  
Al blanco más excelso era llegada,  
Cuando en mala hora se oye en las galeras  
Aterrador tumulto y algazara.

Por el confuso estrépito angustiado  
A las galeras presuroso marcha:  
Alas le da el furor; con pie ligero  
Cruza las aguas por estrecha tabla.  
Mas ¡ay incauto! resistir no puede  
El frágil leño pesadumbre tanta;  
Cruje, se rompe, y desaparece Fiesco  
Como suele en las sombras la fantasma.

Así traidora la falaz fortuna  
 Hasta los cielos al mortal ensalza,  
 Y con mano feroz lo precipita  
 Del hondo averno hasta la sima infanda.  
 En las pobladas márgenes del Sena  
 Excelso así se encumbra el aeronauta,  
 Y de las nubes al profundo río  
 Víctima cae de su fatal confianza.

## V.

¿Visteis el cielo que risueño alegre  
 El insondable golfo mejicano  
 De espesas nubes súbito cubrirse,  
 Luego tronar y retronar airado?  
 ¿El silbo oísteis del furioso Bóreas,  
 Y el bramido feroz del mar insano,  
 Y el frecuente crujir del frágil leño  
 A merced de las olas agitado?  
 ¿Visteis la rapidez con que instantáneas  
 Señales tan terríficas cesaron,  
 Y á fresca tarde bellos sucedieron  
 De la alba luna los serenos rayos?  
 ¿Visteis trocarse la plegaria humilde  
 Del arpa dulce en los acentos gratos,  
 Y de la nave en el tranquilo puente  
 Improvisarse plácido sarao?  
 No de otra suerte en Génova la hermosa  
 De la pasada noche el fiero estrago

De repente cesó, dejando apenas  
 De su ciego furor ligeros rastros.  
 Del rojo sol el encendido globo  
 Pronto á llegar á su temido ocaso,  
 Los dorados balcones ilumina  
 De colgaduras ricas adornados.  
 Ostentan orgullosas las doncellas  
 Soberbias vestes de oro y de brocado,  
 Y á los gallardos jóvenes se mira  
 Las anchas calles recorrer ufanos.  
 Presto se escucha el relinchar fogoso  
 De ciento y ciento rápidos caballos,  
 Que en procesión espléndida conducen  
 Noble jinetes al ducal palacio.  
 Presidiendo la ilustre comitiva,  
 De vistoso cortejo acompañado,  
 Fiero aparece el soberano Doria  
 Sentado altivo en triunfante carro.  
 Vivas sin cuento escúchanse doquiera;  
 El gozoso cañón retruena en tanto,  
 Y música marcial puebla los vientos,  
 Con aromas sin fin embalsamados.  
 ¿Qué es ya de los valientes Genoveses?  
 ¿Dó están ahora los rebeldes bravos  
 Que al oprimido pueblo prometieran  
 Del yugo de los Dorias libertarlo?  
 Vedlos ahí con faz aduladora  
 Al mismo Doria alegres vitoreando,  
 Cuya cabeza horrisonos pedían,  
 Vil opresor llamándole y tirano.

Otros siguen el mísero camino  
 Del que buscaron ¡ay! destierro amargo;  
 De otros, en fin, los lacerados cuerpos  
 Á los peces del mar sirven de pasto.

Así del vil gusano la soberbia  
 De Dios abate la potente mano,  
 Cuando á la cumbre de elevado monte  
 Subir pretende con tardío paso.

¿Qué se hicieron el oro y las riquezas?  
 ¿Adónde fueron los soberbios lauros  
 Que los rebeldes fieros prometíanse  
 Al blandir sus puñales inhumanos?

¡Ay! al tocar las elevadas nubes  
 Sólo se hundieron en horrible fango;  
 Y al respirar de Libertad la brisa  
 ¡Infelices! sus grillos remacharon.

Sus crímenes en página enlutada  
 Conservarán de Génova los fastos,  
 Y al leer sus maldades inauditas  
 Nadie dirá siquiera: «triunfaron.»

¡Fiasco! tu rebelión inolvidable  
 ¡Qué huellas tan funestas ha dejado!  
 Sangre, matanza, huérfanos, viudas,  
 Y un renombre inmortal, pero execrando.

1859.



## LIBRO CUARTO.

SÁTIRAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otros siguen el mísero camino  
 Del que buscaron ¡ay! destierro amargo;  
 De otros, en fin, los lacerados cuerpos  
 Á los peces del mar sirven de pasto.

Así del vil gusano la soberbia  
 De Dios abate la potente mano,  
 Cuando á la cumbre de elevado monte  
 Subir pretende con tardío paso.

¿Qué se hicieron el oro y las riquezas?  
 ¿Adónde fueron los soberbios lauros  
 Que los rebeldes fieros prometíanse  
 Al blandir sus puñales inhumanos?

¡Ay! al tocar las elevadas nubes  
 Sólo se hundieron en horrible fango;  
 Y al respirar de Libertad la brisa  
 ¡Infelices! sus grillos remacharon.

Sus crímenes en página enlutada  
 Conservarán de Génova los fastos,  
 Y al leer sus maldades inauditas  
 Nadie dirá siquiera: «triunfaron.»

¡Fiasco! tu rebelión inolvidable  
 ¡Qué huellas tan funestas ha dejado!  
 Sangre, matanza, huérfanos, viudas,  
 Y un renombre inmortal, pero execrando.

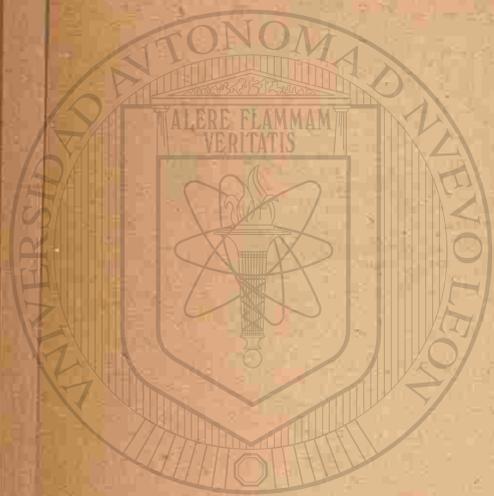
1859.



## LIBRO CUARTO.

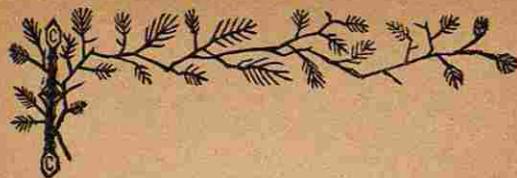
SÁTIRAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



I.

LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

Y LOS ALUMNOS ZAMORANOS DEL

COLEGIO PÍO-LATINO-AMERICANO DE ROMA,

Ó EDUCACIÓN Á LA EUROPEA.

¿De qué sirve cruzar los anchos mares,  
Y trocar de una madre las caricias  
Por el tibio calor de ajenos lares?

¿Hay en el Viejo Mundo más delicias  
Que en el suelo natal? ¿Ó esas regiones  
Al estudio y saber son más propicias?

Padre infeliz, que lleno de ilusiones  
Envías á extranjeros ateneos  
A tu progenie, mira á qué te expones.

Del hijo de Marcial los devaneos  
Observa, y estrambóticos modales.  
Pues ¡calla! que es modelo de *Europeos*.

Con tres de nuestros mozos principales  
Abandonó la patria hace seis meses,  
Y de vuelta están ya los colegiales.

Aquél bebió el aliento á los Ingleses,  
Y en el afán de remedar sus modos,  
Descuida los paternos intereses.

Sus compañeros son los más beodos  
De la que el Norte manda, vil canalla,  
Y en el vicio se sume hasta los codos.  
Es en su hogar perpetua la batalla,  
Y contra amigos, padres y parientes  
A cada instante su furor estalla.

Bárbaros todos son é impertinentes  
Si á la inglesa no visten, ó hablan claro  
En español, sin apretar los dientes.

¡Qué collarín de *gentleman*! ¡Qué raro  
El calzado con clavos, y el sombrero,  
Y aquel angosto pantalón de avaro!  
Y viene proclamándose ingeniero  
Civil y militar, perito en minas,  
Mecánico, arquitecto y marinero.

Nos habla de invenciones peregrinas  
Para allanar peñascos y montañas,  
Y en la arena del mar plantar encinas.

Pero la prueba pídele: patrañas  
Se vuelven sus cien mil descubrimientos,  
Y en humo se disipan sus hazañas.

Dale los más comunes instrumentos:  
Por barómetro toma el teodolito,  
Y confunde en la brújula los vientos.

De la cuenta más breve el finiquito  
No te puede formar; y de una carta,  
Mucho será si entiende el sobrescrito.

Con sus cuentos de Londres ya nos harta,  
Y si cuestiones religiosas toca;  
Mil disparates sin pudor ensarta.—

¿Y qué decir de Pepe Durarroca,  
El que á Alemanía fué, y en un semestre  
Dos borlas en las sienes se coloca,  
Y en el pecho una cruz de orden equestre,  
Por haber operado al rey Guillermo,  
Y al Conde de Alencastre..... ó de Leicestre?

En Méjico te juro que el enfermo  
Más pobre no se fiara de sus manos  
Aunque se viera solo y en el yermo.

Atrasado aprendiz de un matasanos  
Fué en su pueblo; ¡y Doctor en Medicina  
En un día lo nombran los Germanos!

En otro día á laurearse atina  
En ciencias naturales; y por poco  
A la misma Berlín pone en berlina.

¡Y el que sabio era allá, no es más que un loco  
Charlatán, con orejas de jumento,  
De vanidad y de ignorancia foco!—

No me obligues á hablar de aquel portento  
De la *docta Paris*, Carlos Heredia:  
¡Malhaya el que lo trajo, adverso viento!

Fernando Calderón en su comedia  
Nos pinta á *Don Carlitos*: pues ninguna  
Diferencia entre aquél y el nuestro media.

Con su locuacidad nos importuna,  
Y, cual todo Francés, de tigre y mono  
Los contrarios instintos en sí aduna.

Blastemar contra Dios juzga *buen tono*;  
 Y, con graznidos de impudente ganso,  
 Desfoga contra Méjico su encono.—  
 Con mis duras verdades ya te canso;  
 Pero el asunto es serio é importante.  
 ¡Paciencia! y hasta el fin óyeme manso.  
 Sólo nos falta hablar del estudiante  
 Que hasta Italia marchó, de Buonarote  
 Para volver rival en un instante.  
 De las artes ridículo Quijote,  
 Cree que hasta á Rafael ventaja lleva,  
 Y á la inmortalidad asciende al trote.  
 Pero de su valer aun no da prueba  
 El *Romano pintor*..... que de la augusta  
 Ciudad trajo también una hija de Eva.  
 Regia ascendencia á su consorte ajusta,  
 Y al Príncipe asistente al Sacro Solio  
 Su *caro suegro* pregonar le gusta.  
 Ella es en realidad vetusto espolio  
 De ignorado taller, para *modelo*  
 Contratada á los pies del Capitolio.—  
 ¿Y con tal experiencia ¡santo cielo!  
 Mandar de Roma á un seminario quieres  
 Á tus hijos y deudos, sin recelo?.....  
 ¿Por qué lo conocido no prefieres?  
 ¡Ayl ordenados no; vendrán de Europa  
 Con unas italianas por mujeres.  
 En vez del cáliz, del placer la copa  
 Diestros apurarán; ni el incensario  
 Les gustará, ni del hogar la sopa.

Y si, por accidente extraordinario,  
 Alguien los sacros órdenes recibe,  
 ¡Verás qué sacerdote estrafalario!  
 No esperes, no, que á Santander y Uribe,  
 Ó al Padre Parra, al predicar se ajuste.  
*Conferencias* dará..... de Eugenio Scribe.  
 No le hables de trabajos, ni de *fuste*,  
 Ni menos de pedir alguna novia,  
 Ó harás que el ministerio le disguste.  
 Si va á un entierro, le dará hidrofobia;  
 Y si se alarga el rezo de maitines,  
 Dirá que tanto padecer lo agobia.  
 Pero en cambio ¡verás qué colorines,  
 Qué títulos, qué borlas y qué trajes,  
 Qué anillos y morados calcetines!  
*Monseñor* y *Excelencia*, sin ambages,  
 Hará que lo apelliden, y de hinojos  
 Le saluden los altos personajes.  
 De ser Vicario General antojos  
 Muy pronto le vendrán....., si es que más alto  
 No miran ya sus juveniles ojos.  
 Te contará del Cardenal Montalto  
 La supuesta ambición....., cual si quisiera  
 De Sixto Quinto al trono dar un salto;  
 Pero piedad y ciencia verdadera,  
 Y espíritu eclesiástico y virtudes,  
 A un *Romano* pedir, fuera quimera.  
 A nuestro clero á pervertir no ayudes;  
 Sabe más un vicario de poblacho  
 Que un doctor de *Sapiencia*, no lo dudes.—

Con tales argumentos, sin empacho  
Llenaba un día pluma ultrapatriótica,  
Eco de otras cien mil, un mamarracho;  
Sin mirar que su lógica estrambótica,  
Sobre premisas de verdad henchidas,  
Edificaba conclusión exótica.

Enviad á un muchachón perdonavidas,  
No digo á un ateneo, á la *Gran Trapa*,  
¿Cambiará sus costumbres corrompidas?

Sacudirá la silla y la gualdrapa  
Aun de la disciplina más ligera,  
Y veréis cómo al año al freno escapa.

Contará que hizo espléndida carrera,  
Y es gran Doctor. Pedidle su diploma....  
Medio no habrá de que enseñarlo quiera.

¿Juzgáis acaso que en la docta Roma,  
Ó en Londres, ó en Berlín, hay quien presume  
Coronar á jumentos?.... Ni de broma.

Por muchos años estudiar la *Summa*,  
Ó en largos comentarios á Graciano  
Y al Digesto, gastar más de una pluma,  
Conviene al extranjero ó ciudadano  
Que en la Divina Ciencia, ó *in utroque*  
*Jure*, pretende el lauro soberano.

Lauro que para frentes de alcornoque  
No se hizo á la verdad, ni para diestras  
Ya acostumbradas á blandir estoque.

Mas tales son, en general, las muestras  
Que ven de nuestra raza mejicana  
De Europa las científicas palestras.

Va un joven, en edad ya no temprana,  
Y que hace más madura la malicia,  
De aprender y estudiar con poca gana;  
De un rico mercader, mas sin pericia  
En la instrucción, se entrega á la tutela,  
Para su educación nada propicia.

Éste lo manda á la primera escuela  
(Mahometana ó católica, no importa)  
Que algún público aviso le revela.

Los recursos al mozo no recorta,  
Y no vuelve á inquirir si es malo ó bueno,  
Si estudia ó no, si bien ó mal se porta.

Llegan las vacaciones: en el seno  
De su honrada familia no lo admite,  
Y en el mundo sumérgelo de lleno.

En vicio y lujo el colegial compite  
Con los hijos de príncipes y *lores*,  
Sin que al banquero se le dé un ardite;

Y disipa en un mes sumas mayores  
Que las rentas del padre en todo un año,  
Graduándose, no en letras, en amores.

Con tan errada dirección, ¿extraño  
Será, decid, que un viaje ultramarino  
Cause á la juventud tan grave daño? —

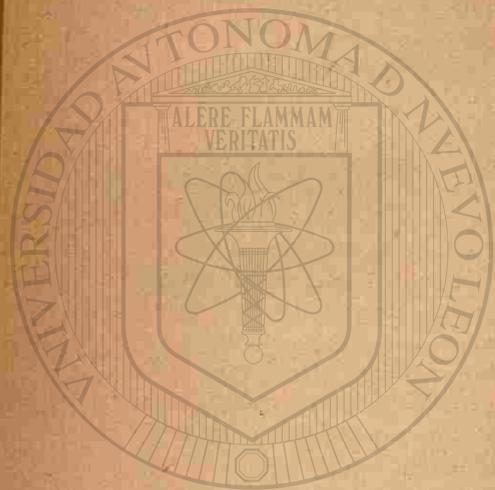
No ha sido tal vuestro feliz destino,  
Afortunados hijos de Zamora,  
Que crecisteis al pie del Esquilino.

De la Esperanza la gentil Señora  
Os guió benigna á la Ciudad Eterna,  
De vuestra vida apenas en la aurora.

Blanda como la cera el alma tierna,  
 El sello de piedad recibir pudo  
 Que vuestros pasos hoy norma y gobierna.  
 De la ciencia Teológica el escudo  
 Os enseñó á embrazar atleta fuerte,  
 Y os avezó al sudor del circo rudo.  
 Obedientes á ser *cual cuerpo inerte*,  
 Y por la salvación de una sola alma  
 A despreciar y aun á buscar la muerte,  
 Se os enseñó también. La que en la calma  
 Del retiro ganasteis, hoy al mundo  
 Ostentad, de saber dorada palma.  
 Mostrad cuán diferente es el profundo  
 Aprendizaje de escolar constante,  
 Que evita de la tierra el cieno inmundo;  
 Que aunque años y años pasen, adelante  
 Camina de las letras por la larga  
 Senda, sin vacilar un solo instante,  
 Y el del afeminado, á quien amarga  
 Parece la más suave disciplina,  
 Y el más ligero obstáculo aletarga.  
 Pero no bastan, no, ciencia y doctrina.  
 Mostrad al mundo con preclaros hechos  
 Que de Dios el amor sólo os domina.  
 Ofreced al peligro vuestros pechos,  
 Y adonde quier que la obediencia os mande,  
 Marchad sin replicar siempre derechos.  
 Al desierto, á la costa, allá del Ande  
 Id á la cumbre, casa y parentela  
 Dejando sin pesar, con alma grande.

Si de Israel lo quiere el Centinela,  
 Pasad en infestado lazareto  
 Días y noches, en piadosa vela.  
 Si á uno tocó permanecer sujeto  
 A superior sin letras, no replique,  
 Ni rehuse enseñar el alfabeto.  
 Con igual gusto el Evangelio explique  
 A la nobleza de vistosa corte,  
 Y al *topil* degradado y al cacique.  
 Con paciencia á los émulos soporte,  
 Y escúdelo de lenguas viperinas  
 Su severa virtud y austero porte.  
 Sírvanle de escarmiento las rüinas  
 Do la virtud se hundió de más de un santo  
 Y crezca *sicut lilium inter spinas*.  
 Cuando las penas cérquenlo, su llanto  
 De la Madre feliz de la Esperanza  
 Venga á enjugar bajo el celeste manto,  
 Y en invierno ó verano, ya en bonanza,  
 Ya en la tormenta, sírvale de guía  
 De Roma la purísima enseñanza.  
 Si tales os mostráis, llegará el día  
 En que no copie, quien medite en viajes,  
 Los tipos que la audaz sátira mía  
 Os presentó, de necios personajes.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS



## II.

### MIS VIAJES.

No, no quiero escribir; en vano piensas  
Que de mis viajes la variada historia  
Hará sudar las españolas prensas.

Aunque desprecio la mundana gloria,  
No puedo permitir que una mentira  
Empañe, vivo ó muerto, mi memoria;  
Y á decir la verdad, en balde aspira  
Quien describir emprende ajena tierra,  
Ya en prosa, ya á los ecos de la lira.

Cuál escritor por ignorancia yerra  
De usos que no comprende, ó del idioma;  
Cuál, á sabiendas, al error se aferra.

Miente el ético Inglés que invernara en Roma;  
Miente el Embajador que habla de España,  
Y el mercadante que en París se asoma.

Miente el enfermo que en Vichy se baña,  
Y aun el tahir que en Baden-Baden juega,  
Á sus lectores, cuando escribe, engaña.

Ni al Canadés que vuelve de Noruega  
Debes crédito dar, ni al peregrino  
Que de Jerusalén devoto llega.

No sé qué tiene el polvo del camino,  
Que embriaga y emponzoña; pero mueve  
A ocultar la verdad, no como el vino.

Y entre la tempestad que espesa llueve  
De fantásticos libros de aventuras,  
¿Quién la verdad á pregonar se atreve?

Si copiar en el tuyo no procuras  
De Verne y Gulliver las maravillas,  
Al darlo á luz te quedarás á obscuras.

Aunque se anuncie en diarios—y en cajillas  
De cigarros—el mundo, como á reo  
De excomunión, te lo pondrá *en tablillas*.

*Es caro*, dirá el ruin.—*Novelas leo*,  
*Sandeces no*, la niña; y el amigo  
Á quien lo ofrezcas, te enviará á paseo.

¡Por Méjico viajar, sin ser testigo  
De diez revoluciones! ¡Ir á Odesa  
Sin que el Czar te declare su enemigo!

En Nápoles estás ¿y no hay princesa  
Que de tí se enamore, ni en sus redes  
Te llega á detener ninfa traviesa?

¿Tres meses en España cómo puedes  
Vivir, sin que recibas á montones  
Mercedes de *Cristina*—ó de *Mercedes*?

Regresas de Estambul ¿y relumbrones  
No te ha dado el Sultán? ¿Y no nos dices  
Que ganaste en Spa sendos millones?

¿En tu invencible pecho cicatrices  
No ostentas de africanas asegayas,  
Ni del bubón de Alepo en tus narices?

¿No hay en tu brazo las variadas rayas  
Que suele inocularse el presidario,  
Ó el que sube á las cumbres Himalayas?

Pues aunque nos afirmes que al Calvario  
Lograstes ascender, y al Esquilino,  
Diciendo la verdad serás falsario.

¿Quieres la docta pluma con tal tino  
Cortar, que estupefactos tierra y cielo  
Se admiren de tu altísimo destino?

Pues voy á proponerte áureo modelo  
De viajero escritor altisonante,  
Cuyo volumen me ha dejado lelo.

Érase un general—no; un almirante  
De Chile, ó del Perú (no estoy seguro)—  
De magro cuerpo y montaraz semblante.

Su origen es, cual su color, obscuro:  
En la escuela primaria siempre *cero*,  
Fué en el colegio de cerebro duro.

Púsolo la viruela como harnero,  
Y la *lepra vulgaris*, su conspicua  
Huella imprimiendo, lo dejó más fiero.

Como oro no le da la suerte inicua,  
A guerrillero y salteador se mete,  
Y encuentra esta carrera más proficua.

Y si es verdad que siempre que arremete  
Al frente de sus bélicos lanceros  
Vuelve grupas el mísero jinete,

También es cierto que hace prisioneros  
En batalla campal (sal de la tumba,  
Glorioso Don Quijote) cien carneros.

De tan heroica hazaña el ruido zumba  
Atronador; y en la feliz comarca  
El odiado Gobierno se derrumba.

Aunque el mar nunca vió, sobre una barca  
Denodado saltando el mequetrefe,  
Del Pacífico aclámase monarca.

¡Ay del marino que al novicio befe!  
Pasto lo manda á ser de tiburones  
De la atónita escuadra el nuevo jefe.

Que ha ganado *per saltum* sus galones  
Afirma un Senador; y una estocada  
Atraviesa al incauto los pulmones.—

Pero no basta al héroe ni la armada,  
Ni el oro ni el poder que la fortuna  
Le colocó debajo la almohada.

La gloria de escritor quiere, ó ninguna;  
Sin ella le parece despreciable  
Hasta un trono en los cuernos de la luna.

¿Pero cómo escribir? Muy mal el sable,  
Peor la pluma el mandarín maneja,  
Ni puede distinguir remo de cable.

Contar no sabe ni pueril conseja,  
No conoce la *o* por lo redondo,  
Duro es su corazón, dura su oreja.

¿Mas quién le ha de pedir obras de fondo?  
De sandeces le basta á un personaje  
Un tomo dar á luz, mondo y lirondo.

Alderredor del mundo emprenda un viaje,  
Llevando un saco de oro bien provisto  
Y diez plumas de ganso en su equipaje.

Narre lo que haya visto ó no haya visto,  
Y las propias ó ajenas impresiones  
Ponga en papel un secretario listo.

Imprimalas con cien *ilustraciones*  
En Barcelona ó en París, y fama  
Adquirirá el *autor* y patacones.

Tal es el plan que á mi almirante trama  
Astuto el Ministerio de Marina,  
A quien tal hombre entre su gente infama.

Hacia París el Capitán camina,  
Cual fardo, que no sabe dónde empieza  
Su ciega expedición, ni dó termina.

Sólo ha oído que en Londres hay cerveza;  
En Viena y en París mil cortesanas;  
En Roma y en Madrid gente que reza.

De aventuras galantes tiene ganas;  
Pero su rostro amoratado y feo  
Hace salir sus esperanzas vanas.

Vaya á los *Bulevares*, ó al Museo  
Del *Louvre*, ó cruce la *Avenida Hoche*,  
Ó deténgase frente al *Eliséo*;

En templos, en hoteles, á pie, en coche,  
No hay dama que no clave en él los ojos,  
Desde la Reina, á *la hija de la noche*.

Su rostro de leproso, asco y enojos  
Causa á cuantas le ven: ¡y él se imagina  
Que de correrle en pos tienen antojos!

Y escribe á su editor: «Mi faz divina  
A las beldades, como imán, atrae.  
Me enamoró en Madrid Doña Cristina;

»Doña Isabel *aquí* en mis redes cae;  
 Y á veinte cantatrices en Italia  
 La barquilla de amor á mis pies trae.  
 »Dos *jamonas* me buscan en Westfalia;  
 Y, antes de separarse de Milano,  
 Me solicita la gentil Natalia.  
 »Una sultana codició mi mano  
 Allá en Constantinopla, y en Calcuta  
 La esposa de un *Marajah* soberano.  
 »De Montecristo en la encantada gruta  
 Trató de conquistarme nueva Haidea,  
 Y en la isla de Ceylán, indiana astuta.....»  
 Mas cansándote voy. ¿Habrà quien crea  
 Que en cada hembra que topa el majadero  
 Mira una enamorada Dulcinea?  
 Abre, si te sospechas que exagero,  
 El bien impreso libro; y sus sandeces  
 Lee, si tienes valor, de cuero á cuero.  
 De indignación te llenarás á veces;  
 Mas con los despropósitos que escribe  
 Verás cómo de risa te estremeces.  
 Escucha, por piedad, cómo describe  
 Su visita (*no audiencia*) á Pío Nono:  
 «Como á monarca el Papa me recibe:  
 »Al mirarme llegar, baja del trono,  
 Abrazarme pretende, y en su silla  
 Invítame á sentar con dulce tono.  
 »Doblar ante él rehusó la rodilla;  
 Mi limpia mano de la suya aparto,  
 Y de su labio alejo mi mejilla.

»Erguido en medio del dorado cuarto  
 Los ojos clavo en el soberbio Preste,  
 Ya de su lujo y sus maldades harto;  
 »Y lava (exclamo) tu manchada veste,  
 ¡Oh del Progreso pérfido enemigo,  
 De la moderna edad desdoro y peste!  
 »¡Antecristo feroz!.....» Ya no prosigo.  
 Decirte quiero cómo el Vaticano  
 Pudo prestar á tal hereje abrigo.  
 Fingiéndose católico cristiano,  
 Se agregó á una francesa romería  
 Con doscientos rosarios en la mano.  
 (Rosarios que yo mismo el otro día  
 Pude ver:—uno de ellos en el dedo  
 De cierta dama, que él amar solía.)  
 Perdido ante el Pontífice el denuedo,  
 De rodillas cayó sobre la alfombra,  
 Y *benedicidme*, dijo quedo, quedo.  
 ¡Y ahora con relatos nos asombra  
 De mil hazañas sin verdad ni gracia,  
 Y de aventuras que el pudor no nombral  
 Vieras como narrándonos se espacia  
 Las que al Virrey de Egipto osado diera,  
 Lecciones de Peruana democracia.  
 Su conferencia en describir se esmera  
 Con Barrabás-Bajá, quien desterrado  
 En Chipre, á audaz libertador espera;  
 Y al saber que á esas playas ha llegado  
 De América remota un almirante,  
 Lo hace venir atónito á su lado;

Y tú eres (dice) el caballero andante  
Que movido á piedad manda el Destino  
Las manchas á lavar de mi turbante.

Tus proezas, intrépido marino,  
Han volado de un polo al otro polo,  
Y desde Albión hasta el Imperio Chino.

Habla: espero tus órdenes tan sólo,  
Para volar, cual Ícaro: á Neptuno  
Domaste, domarás también á Eolo.

El plumaje del pájaro de Juno  
Ajústame ingenioso á las espaldas,  
Y el vuelo elevaremos de consuno.

Al país de las verdes esmeraldas  
Iremos á fundar reino felice,  
Coronadas las sienas de guirnaldas.—

Esto narra el autor. El Bajá dice  
Que al saber que llevaba un marinero  
Un magnífico mono de Belice,

Lo quiso ver. ¡Qué cuco, qué parlero!  
No era, en verdad, humano su lenguaje.  
¡Qué manchas tornasol las de su cuero!

¡Cuál resaltaba de almirante el traje  
Bajo el pintado rostro!—Cree á tu antojo  
Al Turco, ó al Peruano personaje.

Yo por modelo á mi marino escojo,  
Ya en la veracidad, ya en quijotismo.  
Ea, voy á empezar: la pluma mojo.

Viajes..... (No, que es vulgar) EL CRISTIA-  
ENFRENTE Á LOS SATÁNICOS ALTARES [NISMO  
QUE LEVANTARA EL CIEGO GENTILISMO.

(¡Qué título tan propio!) ¡Vastos mares!  
Propicios acoged en vuestro seno  
Al nuevo Ulises de mis patrios lares.

Desde el mar de Cortés, hasta el Tirreno,  
A recorrer me apresto vuestra anchura,  
Y á desafiar vuestro furor sereno.....

.....  
Ya de París he visto la hermosura;  
¿Creéis acaso que ventaja lleva  
A mi pueblo natal en galanura?

Su cúpula San Pedro (ved la prueba)  
Menor que su dorado campanario  
La Catedral de Puebla al aire eleva.

En la nariz sentéme solitario  
De la estatua que á Carlos Borromeo  
Se erigió colosal en el Calvario.

Mármol y pobres azulejos veo  
Que en Méjico se ponen en cocinas,  
Y aquí se juzgan dignos de un museo.

¡Oh de las siete indómitas colinas  
Gentil Señora! Quién tu faz entera  
Cambiará hace veinte años no adivinas.

¿Juzgas que tu Concilio desfniera  
La infalibilidad? No: un estudiante  
Que ya era de la Iglesia alta lumbrera.

Fui yo; con un discurso rimbombante  
(Que el profesor dictara). Yo el Imperio  
Aconsejé á Bismarck, aun no triunfante.

Por mí á penosa fuga, el cautiverio  
Prefirió Pto Nono.... Ya no rías:

Antes de terminar, hablaré en serio.

Estas y otras cien mil majaderías

He oído proferir literalmente

A viajeros de varias jerarquías.

Temo dejar llevarme del torrente,

Y hoy que mis viajes escribir medito,

Desfallecer el corazón se siente.

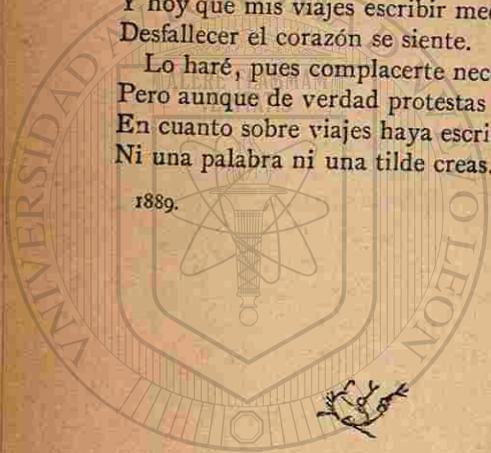
Lo haré, pues complacerte necesito;

Pero aunque de verdad protestas leas,

En cuanto sobre viajes haya escrito

Ni una palabra ni una tilde creas.

1889.



LIBRO QUINTO.

EPÍSTOLA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antes de terminar, hablaré en serio.

Estas y otras cien mil majaderías

He oído proferir literalmente

A viajeros de varias jerarquías.

Temo dejar llevarme del torrente,

Y hoy que mis viajes escribir medito,

Desfallecer el corazón se siente.

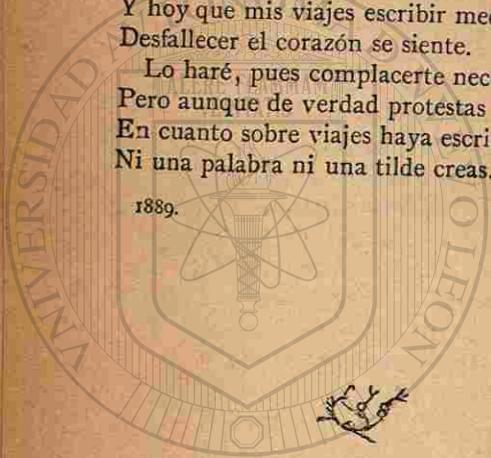
Lo haré, pues complacerte necesito;

Pero aunque de verdad protestas leas,

En cuanto sobre viajes haya escrito

Ni una palabra ni una tilde creas.

1889.

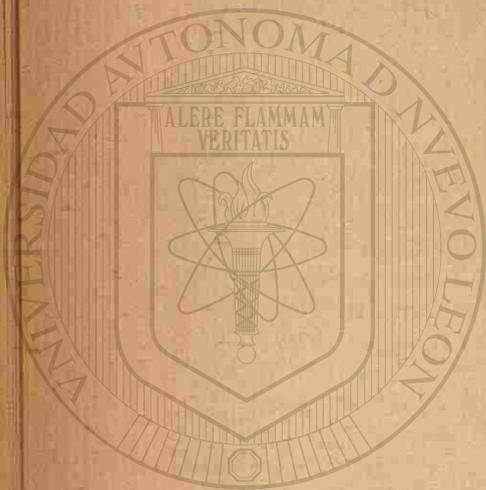


LIBRO QUINTO.

EPÍSTOLA.

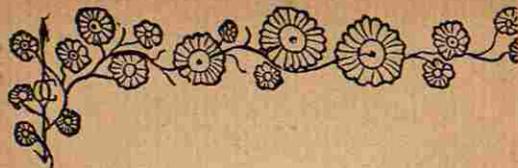
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## EPÍSTOLA MORAL.

---

¿Por qué tanto callar? ¿Por qué no mojas  
La pluma ya, ni tiñes, cual solías,  
De albo papel las perfumadas hojas?

Una tras otra van las cartas mías  
Hasta tu hogar en vano. Ni un saludo  
Al fiel amigo por respuesta envías.

¿Involuntaria ofensa acaso pudo  
Tu amistad entibiar? ¿Ó te condena  
A silencio sin fin dolor agudo?.....

¡Ah! Comprenderlo juzgo. La honda pena  
Con que, en su nuevo giro, la mudable  
Rueda de la Fortuna tu alma llena,

Cubriéndote de luto, inconsolable  
Hace que al mundo niegues tus favores  
Por más que el mundo cariñoso te hable.

Pero aunque apruebo que tu suerte llores,  
Es menester que la amistad profunda  
En lo que es justo estimes y avalores.

Es fuerza que tu mente no confunda  
A la falaz caterva de galanes  
Que salones y alcázares inunda;

Que los gestos elogia y ademanos  
 Del magnate y la dama venturosa,  
 Y en agradarles cifra sus afanes,  
 Tan sólo cuando hay mesa suntuosa,  
 Tan sólo mientras ábrense las salas  
 Para el placer y danza voluptosa,  
 Con quien no estima engañadoras galas,  
 Y sin mirar á dijés ni oropeles,  
 A la santa amistad suelta las alas.  
 Pocos en la desgracia son los fieles;  
 Pero los hay, señora, y yo soy uno:  
 De mi sinceridad ¡oh! no receles.  
 Feliz me juzgaré si alivio alguno  
 Llevan á tu penar estos renglones  
 En que consejo y reflexión aduno:  
 Feliz si á tu dolor te sobrepones;  
 Feliz si aprovechar logras prudente  
 Las de la adversidad duras lecciones.  
 ¿Qué has perdido en verdad? ¿Cubre tu frente  
 Ese rubor que pérfido pregona  
 De la virtud la pérdida reciente?  
 ¡Ah, no! Jamás la virginal corona  
 Sobre tus sienes ostentó más pura  
 Que en este día tu gentil persona.  
 Jamás lució de tu alma la blancura  
 Cual hoy, que te une al cándido Cordero  
 Con más intimidad la desventura.  
 Y si inocente y limpia eras primero,  
 Purificada tu virtud resalta  
 En el crisol del infortunio fiero.

¿Estimación, honor quizá te falta?  
 ¡No! Del mundo á la vista hoy aparecé  
 Tu gallarda figura aún más alta:  
 Quien sufre adversidad que no merece,  
 Hasta la Envidia acalla; y á los ojos  
 Del bueno y del amigo en honra crece.  
 ¿Qué te ocasiona, pues, tantos sonrojos,  
 Que solitaria en el hogar gimiendo  
 Tu rostro nos ocultas con enojos?  
 ¡Valor, señora mía! No es tremendo  
 El porvenir, cual juzgas congojada,  
 Ni que así llores el pasado entiendo.  
 Si lanzas hacia atrás una mirada,  
 Verás que es hoy cuando en verdad te espera  
 La paz, antes en vano deseada.  
 Dime: ¿Encontraste dicha verdadera  
 Cuando con oro y goces la Fortuna  
 Te circundaba, siempre placentera?  
 Con flores te brindó desde la cuna;  
 Y sin aroma ni beldad las flores  
 Cayeron deshojadas una á una.  
 Temprano revolaron los Amores  
 Sobre tu tierna virginal cabeza;  
 Mas ¡ay! te dieron sólo sinsabores.  
 Nada valió tu ingenio y tu belleza;  
 Nada tu ciencia, y gracia, y gallardía:  
 Nada de tus afectos la pureza.  
 Rompieron todo el dolo y la falsía,  
 Y á acibararte vino el desengaño  
 ¡Ay! de tu juventud el primer día.

¿Y qué medicamento á mal tamaño  
Te dieron las riquezas? ¿Pudo el oro  
Conjurar de tu pecho tanto daño?

¿Secó la sociedad tu amargo lloro  
Cuando buscando en el rumor consuelo  
Por agradar gastabas un tesoro?

¡Ingrata sociedad! Ni el denso velo  
De santa devoción con que cubriste  
Tu lágrima primera y primer duelo

Le plugo respetar. Alegre ó triste  
A la doncella pura, hermosa, rica,  
La negra Envidia con furor embiste.

En el hogar tenaz la mortifica;  
En la plaza, en las calles, en el templo,  
La zahiere feroz y la crítica.

En vano fiel dechado te contemplo  
De virtudes domésticas; en vano  
De modestia y candor eres ejemplo.

Todo te lo censura el mundo insano;  
Y cuanto más á desarmarlo aspiras,  
Más y más sobre ti carga la mano.

*Romántica* te llama si suspiras;

*Fingimiento procaz* grita si lloras;  
Si prefieres reir, teme sus iras.

¡Ay de tí si al paseo algunas horas  
Dedicas y al solaz! ¡Más infelice  
Si asidua ante el altar de hinojos oras!

Si le abres tus salones, te maldice  
Aunque te dé las gracias con la boca:  
Si los cierras quizá, rüin te dice.

¿Recoge humilde red ó grave toca  
Tu luenga trenza? Ríe. ¿La sujeta  
Alto peinado? Te proclama loca.

¿Ajustado jubón tu talle aprieta?  
*Mártir serás de vanidad.* ¿Flotante  
Cauda arrastra tu falda? *Eres coqueta.*

Y si desprecias abanico y guante  
Y portas vestidura holgada y ancha,  
Pondrás al mundo de peor talante.  
Verás cómo sus límites ensancha  
La sátira mordaz, y en tu sublime  
Virtud y en tu pureza encuentra mancha.

A nadie, á nadie la calumnia exime:  
A todos hiere su puñal infame,  
Y aun al varón santísimo deprime.

A tu recuerdo déjame que llame  
Del insigne Jerónimo la historia;  
Quizá en tu seno bálsamo derrame.

Despreciando el renombre y la alta gloria  
Con que le brinda Roma; y los placeres  
Y el oro reputando vil escoria,

Distribuye á los pobres sus haberes,  
Y se apresta á emigrar á Palestina  
Con dos insignes, púdicas mujeres.

Mujeres santas, de virtud divina,  
Ante cuyas efigies veneradas  
La Iglesia universal aun hoy se inclina.

De riquísimos padres engendradas,  
Van á fundar espléndido convento,  
A Dios con voto eterno consagradas.

¿Qué no merece tal desprendimiento?  
 ¿Tamaño abnegación, di, no era digna  
 De perenne mármoleo monumento?  
 Pues de verlas partir Roma se indigna  
 Y contra las matronas se desata  
 Sin compasión la sociedad maligna;  
 Y con agudo arpón hiriendo ingrata  
 Al que antes aclamó Doctor y Guía,  
 Su honor en un momento le arrebató.  
 En espera de viento se mecía  
 La nave con los tristes penitentes,  
 Y á Asela así Jerónimo escribía:  
 «Me desgarran con lenguas de serpientes;  
 Acércanse con boca almibarada  
 A besarme la mano reverentes;  
 »Mas por detrás, con la traidora espada  
 Me hieren de la sátira terrible,  
 Y todo, todo en mí les desagrada.  
 »Quién critica mi andar; quién reprehensible  
 Encuentra mi habitual dulce sonrisa  
 Y este mirar suave y apacible.  
 »A quién mi penitencia mueve á risa;  
 Quién en mi trato tan sencillo y franco,  
 Dobleza oculta y liviandad divisa.  
 »Y cuando al brillo y al placer me arranco  
 Para seguir del Salvador las huellas,  
 De la maledicencia soy el blanco.  
 »¡Que digan las innúmeras doncellas  
 Que interpretar me oyeron la Escritura,  
 Si descubrí siquier que fuesen bellas!

»Con ojo codicioso, ¿la hermosura  
 De quién miré? ¿De quién, grande ó pequeño,  
 Regalo admití yo con mano impura?  
 »Pero no bien, cediendo á casto empeño,  
 Dejé que una matrona me alojara,  
 Y mi virtud se dispó cual sueño.  
 »Digno meregonaban de la tiara;  
 Y ya que crimen á mi faz no asoma,  
 Hoy mi sexo, y no más, se me echa en cara.  
 »A Paula y á Melania muerde Roma  
 Porque una y otra el místico estandarte  
 Que enarboló Jesús sin miedo toma.  
 »Porque una y otra á Palestina parte,  
 Eligiendo las dos, como María,  
 La que no han de arrancarles, mejor parte.  
 »A entrambas hasta el cielo ensalzaría,  
 Si al teatro acudieran y á los baños,  
 Y vistieran con lujo y fantasía.....  
 »¡Y si al menos de idólatras ó extraños  
 Viniera la calumnia! ¡Algún consuelo  
 Nos mitigara tantos desengaños!.....  
 »Pero ¡oh dolor! el farisaico celo,  
 La ruin murmuración y la mentira  
 Que nos han sumergido en hondo duelo,  
 »De gente vienen que al renombre aspira  
 De cristiana y de fiel.... ¡Adiós! ¡Del mundo  
 Jerónimo por siempre se retira.»  
 Al leer estos versos me confundo.  
 ¿También, Melania, á ti, y á ti, oh matrona  
 Sin par, y á ti, oh Doctor sabio y profundo,

La calumnia ciñó con su corona  
De punzantes espinas? ¿Quién inmune  
Ser tras tales ejemplos ambiciona?

Estos los frutos son que nos reúne  
La ingrata sociedad, cuando con ella  
Brillante posición tenaz nos une.

Bendice, pues, á tu propicia estrella,  
Que de fatal vorágine te libra,  
Y no haga en tu alma el infortunio mella.

La paciente virtud todo equilibra,  
Y para la mujer fuerte y constante  
Su rayo en vano la desgracia vibra.

No irá tras ti la Envidia en adelante,  
Cuando modesta á respirar la brisa  
Salgas al lado de tu madre amante.

Ya no tendrás, de centinela á guisa,  
Turba cruel que descortés observe  
Tus miradas en Vísperas ó en Misa.

Riesgo no habrá que tu vigor enerve  
Danza continua ó larga desvelada;  
Pero al varón en cuyo pecho hierve

El almo fuego de amistad sagrada,  
No ahuyentará (como antes tu opulencia)  
La que órnate hoy, mediocridad dorada.

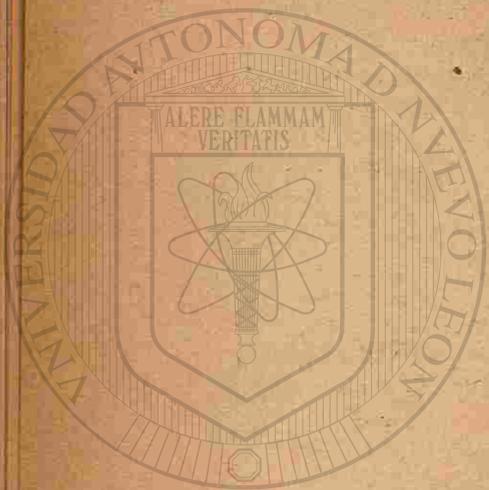
Verás cómo tendrán mayor influencia  
Tus bellos ojos y gallardo rostro,  
De fútiles adornos con la ausencia.

Mejor el lino vestirás que el ostro,  
Y el que te encuentre exclamará al mirarte:

«Es un arcángel: á sus pies me postro.»

¡Ah! Deja, deja la tristeza aparte,  
Y torne á ver tu letra tan querida  
Quien hoy consuelo á tu dolor imparte;  
Quien, aunque lejos, tu natal no olvida,  
Y el dulce nombre con que al orbe encantas  
A festejar alegre te convida.

¡Adiós! Hoy que á la flor de Hispanas santas  
Con culto insigne Méjico venera,  
Tu humilde servidor besa tus plantas  
Al empezar la alegre primavera.



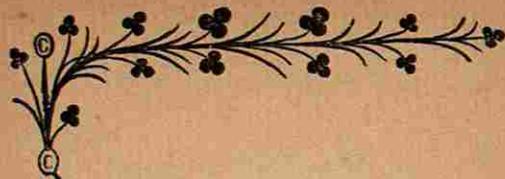
LIBRO SEXTO.

SONETOS

SAGRADOS, HISTÓRICOS Y MITOLÓGICOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EN EL LAGO DE TIBERIADES.

---

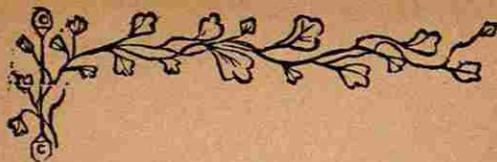
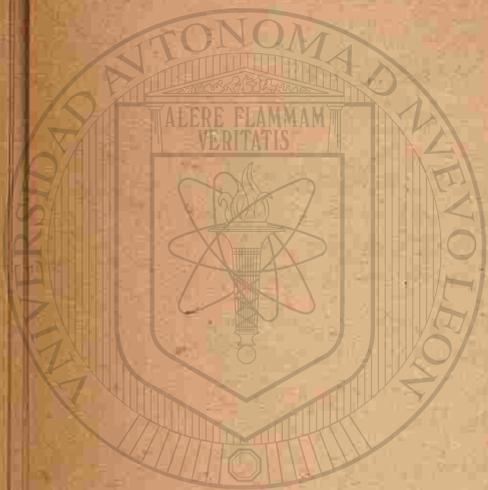
Este es Genesareth; esa comarca  
Que enfrente miro, de las *Diez-Ciudades*  
Fué la región: Betsaida, Tiberiades,  
Mágdalo, Cafarnáum, mi ojo abarca.

Brisa apacible nuestra vela enarca.....  
¡Oh Dios! En tu furor no me anonades  
Si te pido que recias tempestades  
Desencadenes hoy contra mi barca.

Aquí del buen Jesús olas y viento  
Agitaron la frágil navecilla,  
Y Él las calmó con celestial acento.

¿Y se resignará, de orilla á orilla,  
Un pecador, á navegar contento  
Sin que ruja la mar bajo su quilla?





### JESUS RESUCITADO.

---

Detente, por piedad, buen hortelano;  
Muévate á compasión mi tierno lloro.  
Dime: ¿dónde has llevado mi tesoro?  
¿Dó pusiste mi Amor, que busco en vano?

Di: ¿lo robó tu codiciosa mano?  
Habla; montones de diamantes y oro  
Puedo pagarte por el bien que adoro.  
¡Devuélvelo, devuélvelo, inhumano!

En el exceso de su amarga pena,  
Rebosando de amor, así decía  
Al Dios resucitado Magdalena;

Y el que hortelano en su dolor creía,  
Con voz celeste, de dulzura llena,  
Le respondió mirándola: ¡MARÍA!





AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

---

I.

Corazón de Jesús glorificado,  
Que por el hombre sin cesar palpitas  
En el celeste alcázar donde habitas  
Del sempiterno Padre al diestro lado;

Corazón que doquier, sacramentado,  
En la tierra amoroso nos invitás  
A trocar por tus gracias infinitas  
El que en nosotros late aprisionado;

Divino Corazón, yo te bendigo,  
Y, en penitentes lágrimas deshecho,  
Al trueque desigual audaz me obligo:

Ven, dulce Corazón, ven á mi pecho;  
Y el que en mi seno pecador abrigo  
A tu santa mansión vaya derecho.

II.

Hallé, por fin, de mi eternal reposo  
El lugar suspirado: de mi Hermano,

De mi Padre, mi Rey, mi Soberano,  
El corazón hallé, fiel y amoroso.

Separarme de ti ni quiero ni oso;  
Quien se acoge á tu seno, busca en vano  
Otro refugio igual en pecho humano,  
¡Oh de las almas celestial Esposo!

Desfallezco de amor. Con el perfume  
Sostenedme, por Dios, de suaves flores:  
Llama voraz mi corazón consume.

Cercadme de vivíficos olores  
De manzanas de Siria; no me abruma  
El dulcísimo Amor de los amores.



### JUDAS.

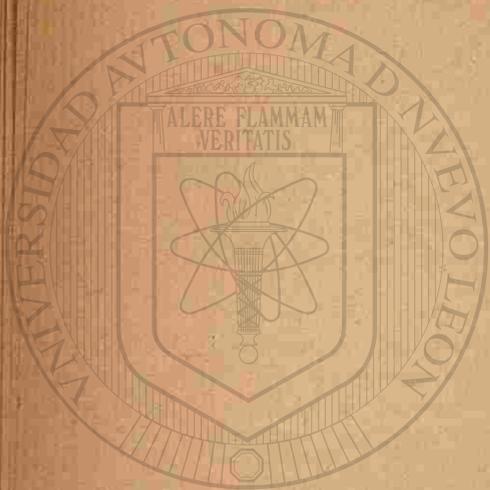
De su delito Judas se arrepiente  
El fin mirando de su atroz pecado;  
Y á los ancianos va desesperado,  
Al ver á Cristo de la cruz pendiente.

«Mancha, les dice, mi traidora frente  
La sangre justa que me habéis comprado:  
Ella en licor se torne envenenado,  
Que sobre vos recaiga juntamente.»

Calla; y creciendo su feroz congoja,  
Ruge y se tuerce cual airada fiera,  
Y loco arranca su áspero cabello.

La moneda fatal al suelo arroja;  
Al campo corre do Satán le espera,  
Y entrega al lazo su maldito cuello.





SANTA INÉS, VIRGEN Y MÁRTIR.

---

I.

INÉS Á SU AMANTE.

¡Apártate veloz de mi camino,  
Manjar de muerte! que amador más bello  
Con margaritas circundó mi cuello,  
Y há tiempo en mis afectos te previno.

Con diadema de piedras y oro fino  
Grato ciñó mi virginal cabello:  
Marcó mi frente con eterno sello,  
A su amor enlazando mi destino.

Puso en mi dedo anillo relumbrante,  
Que fiel ostento, y túnica preciosa  
De plata me donó, pura y brillante.

De amor por Él mi corazón rebosa:  
¡Lejos de mí! De tan glorioso amante  
La prometida soy y casta esposa.

## II.

## INÉS AL PREFECTO.

Buscas en balde en la romana corte  
Al rico Esposo cuyo amor me llaga;  
Que ni fasto imperial mi pecho halaga,  
Ni me deslumbra terrenal consorte.

En vano, oh juez, tu arrebatado porte  
Con degradarme ante mi Bien me amaga;  
Porque doquiera su dulzor me embriaga,  
Y es mi dueño doquier, mi escudo y norte.

Admiran Sol y Luna la hermosa  
Del augusto Señor en quien coloco  
Mi esperanza, mi gloria, mi ventura.

A Cristo reverencio, á Cristo invoco;  
Yo lo amo, y al amarlo soy más pura:  
Me abraza, y limpia soy cuando lo toco.

## III.

## INÉS EN EL LUPANAR.

Arrastran á la tórtola inocente  
Al torpe lupanar; y entre la ruda  
Romana soldadesca, va desnuda  
Con ojos bajos y tranquila frente.

Mas nadie puede su mirada ardiente  
En la virgen cebar, porque la escuda  
Del Angel tutelar la espada aguda,  
Y á su esposa el Señor viste clemente.

Y desde el hombro hasta la breve planta  
Baja veloz la densa cabellera,  
Y cubre la beldad que á Roma encanta.

Y en vez de los deleites de Citera,  
Halla el procaz que osado se adelanta  
Sempiterno baldón y muerte fiera.

## IV.

## INÉS EN LA HOGUERA.

¡Omnipotente Padre á quien adoro!  
Mi amor recibe y gratitud profunda:  
Limpia salí de la mansión inmunda,  
Cual sale del crisol más fino el oro.

Yo te bendigo, ¡oh Cristo! Mi decoro  
Salvaste de la turba furibunda;  
Y en la llama voraz que me circunda,  
Merced á tu poder, ilesa moro.

De mi veste nupcial bajo los pliegues  
Late mi pecho; y, encendido el cirio,  
Aguardo ansiosa que á mi puerta llegues.

De virgen me donaste el almo lirio,  
¡Esposo celestial! ¡Oh! No me niegues  
La suspirada palma del martirio.

## V.

## INÉS EN EL FÉRETRO.

La que el fuego respeta, dulce vida,  
De inhumano lictor troncha el acero,  
Y en medio al populacho vocinglero  
La castísima Inés yace tendida.

Desgarra el tierno cuello roja herida;  
No late el corazón, de amor venero;  
Parece, al ver su rostro placentero,  
Que en brazos de Jesús cayó dormida.

Con júbilo á la vez y pesadumbre,  
En larga procesión, patricia gente  
Llega, de cien antorchas á la lumbré.

Con sus alas, en tanto, reverente  
Un Angel, que no ve la muchedumbre,  
Acaricia de Inés la yerta frente.

## VI.

## INÉS EN LA GLORIA.

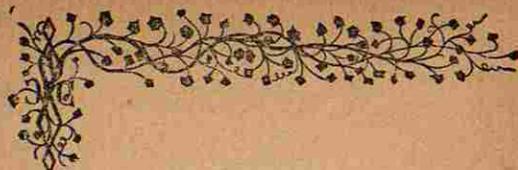
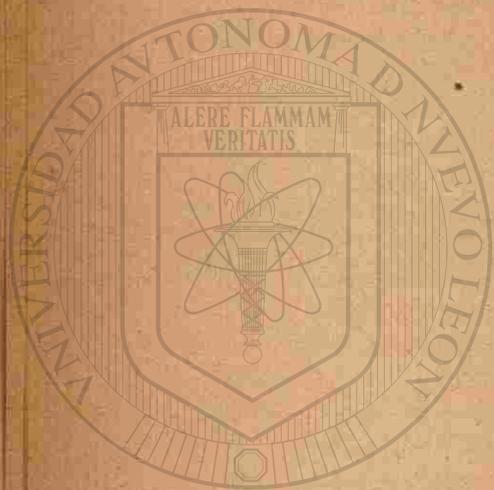
En la huérfana Quinta Nomentana,  
Al reciente sepulcro, en santa vela  
Las noches á pasar, la parentela  
De la Mártir acude una semana;

Y en alba nube apareciendo ufana  
Al fúnebre convoy, que honrarla anhela,  
Con celeste visión Inés consuela  
Mostrándoles su gloria soberana.

Un Cordero más blanco que la nieve  
Trae á sus pies, mientras virgineo coro  
En torno suyo plácido se mueve;

*Y cese, dice, el funerario lloro:  
Himnos de gracias vuestro labio debe  
Cantar, que en trono resfulgente moro.*





SAN LORENZO, MÁRTIR.

---

I.

EL DIÁCONO Y EL PONTÍFICE.

¡Oh santo Sacerdote! ¿A dó caminas  
Sin tu Diácono fiel? El sacrificio  
No sueles ofrecer sin mi servicio;  
¿Por qué al morir, oh Padre, me abominas?

¿Hijo tuyo no soy? ¿De las divinas  
Aras me aleja indignidad ó vicio?  
A tu ministro prueba en el suplicio;  
De Cristo ve si olvido las doctrinas.

—¡Hijo! No te abandono. A ti mayores  
Combates guarda el cielo soberano;  
A tu viejo Pastor menos dolores.

Tú seguirás, triunfante del tirano,  
De la tercer mañana á los albores,  
Joven Levita, al Sacerdote anciano.

## II.

## EL MÁRTIR Y EL TIRANO.

De oro vestido y purpurina estofa,  
Mientras arde Lorenzo en la parrilla,  
El tirano feroz desde alta silla  
Canta á Vulcano sanguinaria estrofa.

De su verdugo el Diácono se mofa;  
Y aunque bajo su pecho el fuego brilla,  
La frente del Levita no se humilla,  
Y al vil perseguidor así apostrofa:

«Ponme en el plato ya, que bien asado  
Está mi cuerpo: de tu trono baja  
Y cébate en manjar tan delicado.

»No espere tu codicia otra ventaja:  
De la Iglesia el tesoro han colocado  
Mendigos mil en la celeste Caja.»



## SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR.

## I.

## LA HECHICERA AL AMANTE.

Conquistar á la virgen es delirio  
Que para esposa tu poder reserva;  
Ni griego filtro, ni trinacria hierba  
Domarla pueden, ni veneno asirio.

No sé qué talismán ú oculto lirio  
(Así lo llama) con afán conserva,  
Que mis virtudes mágicas enerva;  
No sé qué palma busca de *martirio*.

Fué vano de mis hijas el ejemplo;  
Fué vana la mansión de largos meses  
De la diva Citeres en el templo.

Si no quieres sufrir nuevos reveses,  
Mejor es que la asustes (yo contemplo)  
Del verdugo y lictor con los arneses.

## II.

## EL MÁRTIR Y EL TIRANO.

De oro vestido y purpurina estofa,  
Mientras arde Lorenzo en la parrilla,  
El tirano feroz desde alta silla  
Canta á Vulcano sanguinaria estrofa.

De su verdugo el Diácono se mofa;  
Y aunque bajo su pecho el fuego brilla,  
La frente del Levita no se humilla,  
Y al vil perseguidor así apostrofa:

«Ponme en el plato ya, que bien asado  
Está mi cuerpo: de tu trono baja  
Y cébate en manjar tan delicado.

»No espere tu codicia otra ventaja:  
De la Iglesia el tesoro han colocado  
Mendigos mil en la celeste Caja.»



## SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR.

## I.

## LA HECHICERA AL AMANTE.

Conquistar á la virgen es delirio  
Que para esposa tu poder reserva;  
Ni griego filtro, ni trinacria hierba  
Domarla pueden, ni veneno asirio.

No sé qué talismán ú oculto lirio  
(Así lo llama) con afán conserva,  
Que mis virtudes mágicas enerva;  
No sé qué palma busca de *martirio*.

Fué vano de mis hijas el ejemplo;  
Fué vana la mansión de largos meses  
De la diva Citeres en el templo.

Si no quieres sufrir nuevos reveses,  
Mejor es que la asustes (yo contemplo)  
Del verdugo y lictor con los arneses.

## II.

## LA VIRGEN AL PRETOR.

Vanos serán tus filtros y pociones  
 Para la que ama á Dios, tierna doncella:  
 Contra una virgen tu poder se estrella;  
 No temo tus tormentos ni prisiones.

Si me arrojas á tigres y leones,  
 Mansas las fieras seguirán mi huella:  
 No harán las llamas en su cuerpo mella  
 Si en hoguera voraz á Agueda pones.

Amante soy del cándido Cordero,  
 Que entre azucenas de sin par blancura  
 Pacea tan sólo en el celeste otero.

Tu Ceres odio y tu Ciprina impura,  
 Ni de tu Vesta mancillarme quiero,  
 ¡Quinciano! con la mística impostura.

## III.

## LA MÁRTIR Y EL APÓSTOL.

¿Quién eres tú, que el lacerado seno,  
 Que verdugo feroz, dando al olvido  
 El materno alimento, me ha partido,  
 Vinistes á curar, de encantos lleno?

A carnal medicina siempre ajeno  
 Fué mi cándido cuerpo, y sólo cuido  
 De no manchar mi virginal vestido  
 Del mundo vil con el impuro cieno.

—No temas. Soy el Príncipe, hija mía,  
 Del glorioso apostólico Senado;  
 Tus llagas á sanar Cristo me envía.

¡Bendice á tu Señor! Bien has luchado.  
 La verde palma te dará otro día  
 Que, atleta varonil, has conquistado.

## IV.

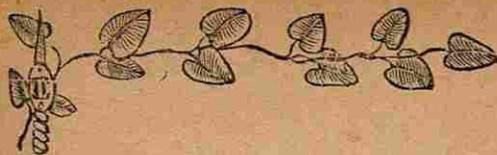
## ERUPCIÓN DEL ETNA.

La hora sonó. Del irritado cielo  
 La burlada clemencia al fin acaba:  
 Voraz torrente de encendida lava  
 Sobre Catania vierte el Mongibelo.

La misera ciudad en hondo duelo  
 A Dios invoca, á su patrona alaba,  
 Y, á guisa de pendón, piadosa clava  
 En el alto volcán de Agueda el velo.

A su contacto el Etna se estremece;  
 En lánguido suspiro el trueno muda,  
 Y su candente falda reverdece.

¡Oh siciliana virgen! A ti acuda  
El cuitado mortal. Seguro ofrece  
Remedio al pecador tu santa ayuda.



### SAN SEBASTIÁN.

---

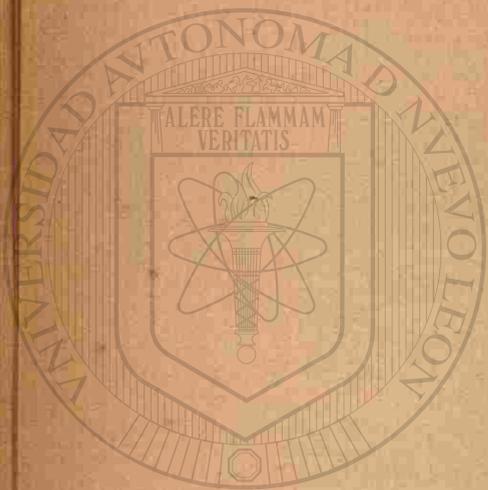
Joven esbelto, con atadas manos,  
De augusta faz y angélica hermosura,  
Desnudo ved entre la turba impura  
Yacer de los salvajes pretorianos.

Atraviésanle dardos africanos;  
Sangre tiñe su pálida blancura;  
Roja aureola en derredor fulgura,  
Que deslumbra á los bárbaros paganos:

Con débil pie se acerca vacilante,  
Y de oro henchida, á los soldados tiende  
Oculta mano, trémula matrona.

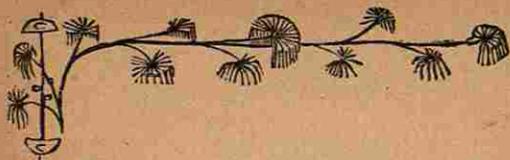
Del joven toca el seno palpitante,  
Y al serafín que rápido desciende  
Arrebata la mística corona.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### JUDIT Y HOLOFERNES.

---

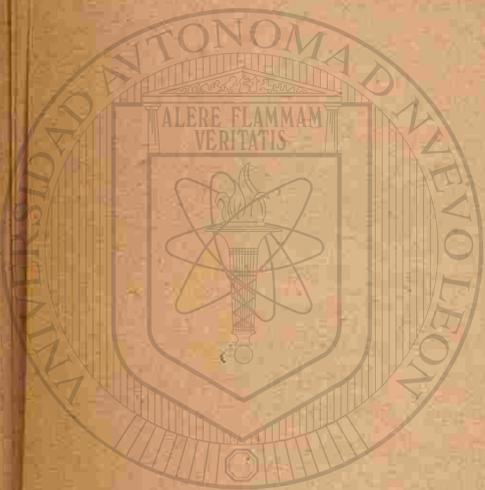
¡Silencio, maliciosos! La divina  
Gracia á Judit omnipotente escuda,  
Aunque al asirio cubren y á la viuda  
Un mismo pabellón y una cortina.

En la mesa del jefe se reclina  
La hermosa hebrea, y brinda, y lo saluda,  
Y seductora en aceptar no duda  
La copa que Holofernes le propina.

Con miradas de amor dulce lo halaga,  
Y con los suaves trinos de su boca  
Más que con vino al sitiador embriaga;

Mas sin manchar de su viudez la toca,  
Sólo con sangre del infiel apaga  
El fuego necio y la arrogancia loca.





## JUDIT VENCEDORA.

---

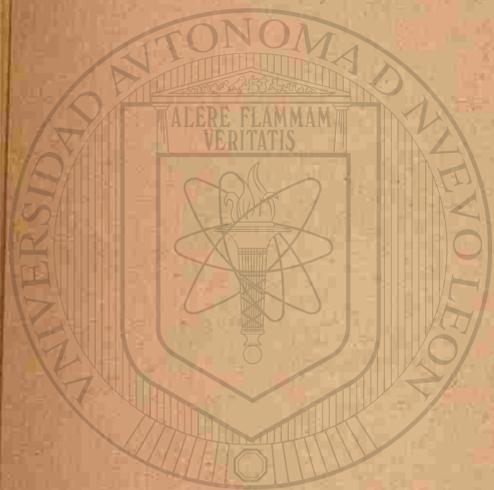
¡Llor al cielo, que al infiel humilla!  
Dentro su propia tienda de campaña  
Al jefe inicuo de la gente extraña  
La cabeza corté con su cuchilla.

Dobla, Israel, conmigo la rodilla:  
Si negra sangre mis vestidos baña,  
De mi viudez la castidad no empaña,  
A Dios lo juro, la menor mancilla.

Cuando en busca del Príncipe enemigo  
Atravesé el asirio campamento,  
El ángel del Señor iba conmigo.

Él me guardó en el crítico momento;  
De sus alas torné bajo el abrigo:  
¡Gloria al Señor, que me prestó su aliento!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### EL SUMO SACERDOTE Á JUDIT.

---

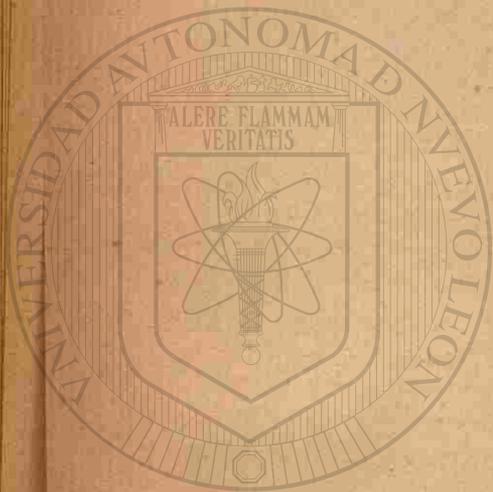
Deja que bese tus divinas plantas,  
Luz de Betulia, de Israel señora:  
Bendita tú, que, fuerte y vencedora,  
De los asirios el poder quebrantas.

Bendita tú, que el ánimo levantas  
De un pueblo á quien el pánico devora:  
Agradecido Joacim te adora  
Y te proclama santa entre las santas.

Cual luce entre las pálidas estrellas  
De luna llena el disco refulgente,  
Entre las hijas de Sión descuellas.

¡Oh madre, oh reina, oh de consuelos fuente!  
En el sagrado polvo que tú huellas  
Déjame al menos estampar mi frente.





### EL CORSARIO DRAGUT.

---

Mustia la faz y roja la cabeza,  
El labio seco, el párpado caído,  
Yace Dragut, á su pendón asido,  
Delante la cristiana fortaleza.

El musulmán á flaquear empieza  
Viendo á su noble general tendido;  
Y el moribundo jefe da un gemido  
Mirando de su gente la flaqueza.

Súbita suena aclamación festiva,  
Y allá en San Telmo vese de repente  
La media luna desplegarse altiva.

Vuelve su rostro el capitán doliente,  
Débil exhala un apagado *viva*,  
Y hunde en el polvo su marchita frente.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ULISES.

---

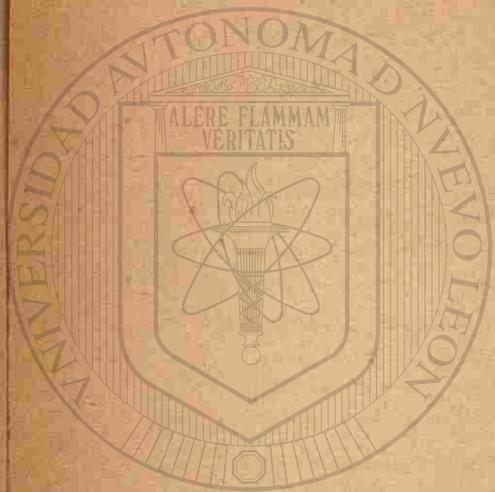
¡Sirena deleitosa de los mares!  
Bella es tu voz, fascinador tu acento.  
Frágil mortal, desfallecer me siento  
El eco al escuchar de tus cantares.

¡Apártate! Mis dioses, mis altares  
Olvidaré si mírote un momento;  
Si á hablarte llego, faltaráme aliento  
Para correr en pos de mis hogares.

¡Compañeros, huid! Cerrad los ojos;  
Los oídos llenad de blanda cera  
Si no queréis de Venus ser despojos.

Luchar con las Sirenas es quimera;  
Quien combatir intenta, halla sonrojos;  
Huya veloz quien la victoria quiera.





AYAX.

---

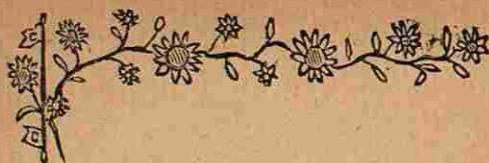
Recibe ufano el elocuente Griego  
La fuerte lanza y el divino escudo  
Del lidiador á quien domar no pudo  
Ni brazo de héroe ni fémíneo ruego.

Ayax, en tanto, ya de rabia ciego,  
Ruge feroz ante el concurso mudo,  
Ya al triunfante rival mira sañudo,  
De las pupilas arrojando fuego.

Desnuda, en fin, con furibunda mano  
La espada que trocar en balde quiere,  
Y se traspasa el corazón insano.

Sus ojos, al caer, el brillo hiere  
De la armadura que fraguó Vulcano,  
Y al sabio Ulises maldiciendo, muere.





## NÍOBE.

---

De tanta prole Níobe orgullosa  
A la augusta Latona desafia;  
Rayos el cielo vengador envía  
A castigar á la Tebana hermosa.

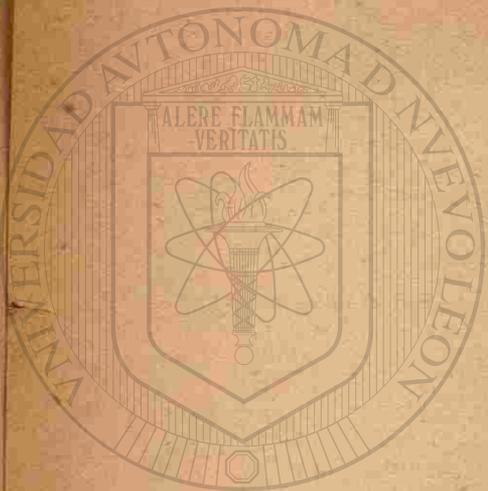
Sin abatir la frente ante la diosa,  
Contempla de sus hijos la agonía;  
Presencia inmóvil, con mirada fría,  
De sus hijas la muerte congojosa.

Pero la última cae; y su alma fuerte,  
Doblegándose al fin á peso tanto,  
Amargo lloro la cuitada vierte.

Miran los dioses su mortal quebranto,  
Y en duro mármol Jove la convierte,  
De donde mana inagotable llanto.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





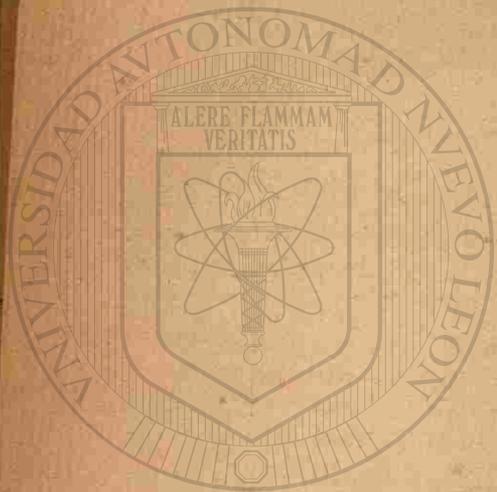
TRADUCCIONES  
DE ANACREONTE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ODA II.

LAS MUJERES.

Duro casco al caballo dió Natura,  
Y con astas, del toro armó la frente;  
Al león regaló filoso diente,  
Pies á la liebre, de sin par soltura.

Nadan los peces en la linfa pura;  
Vuelan las aves por el claro ambiente;  
Sagaz, profunda, valerosa mente  
Es del varón la espléndida armadura.

¿Y qué? ¿No resta ya á Naturaleza  
Qué dar á la mujer? ¡Ah! Le destina  
El arma más terrible: la belleza.

Todo poder á la beldad se inclina:  
Lanza, escudo, acerada fortaleza,  
Aun el fuego voraz ella domina.

## ODA III.

## EL AMOR MOJADO.

## I.

Era una noche tempestuosa y fría.  
Allá en el Septentrión, con pie ligero  
La *Osa Mayor*, del celestial *Bojero*  
Hacia la izquierda mano se movía.

Tras sus fatigas, el mortal dormía  
Acá en la tierra, cuando Amor artero,  
En medio de terrífico aguacero,  
Vino á llamar á la morada mía.

—¿Quién á turbar mi plácido reposo,  
A tan extrañas horas se presenta?  
Exclamé entre mohino y receloso.

—Abre, me respondió, ¿qué te amedrenta?  
Un niño soy que, errante y temeroso,  
Se quiere guarecer de la tormenta.

## II.

A compasión me mueve su quejido,  
Salto del lecho, enciendo mi linterna,  
Y, sin pensar, de la mansión paterna  
Abro las puertas al rapaz de Gnido.

Junto al hogar de calentarlo cuido;  
Lo siento con amor sobre mi pierna,  
Mientras secando va mi mano tierna  
El sedoso cabello humedecido;

Sus manecitas pongo en mi regazo,  
Y al enjugar la espalda, con asombro  
Miro dos alas de gentil plumaje.

Un arco le descubro bajo el brazo,  
Y una aljaba, que cuélgale del hombro,  
Y forma sola su sencillo traje.

## III.

Enjuto y reanimado por el fuego  
 Que en mi flamante hogar chisporrotea,  
 De mi seno se aparta, y juguetea  
 El niño alado que llamamos ciego.

Su aljaba y arco sin temor le entrego,  
 Y —*Deja, exclama, déjame que vea*  
*Si servirán aún en la pelea,*  
*Ó inútiles están con tanto riego.*

Mírame: con certera puntería  
 Una saeta al pecho me dispara,  
 Y añade con sarcástica alegría:

—*¡Oh huésped! ¿No me das los parabienes?*  
*Es bueno mi arco, vuela bien mi vara;*  
*Pero tú el corazón herido tienes.*

## ODA IV.

—  
 A SÍ MISMO.

Entre los mirtos recostarme quiero  
 Y el floreciente loto; desceñido  
 El manto y el carcaj, venga Cupido  
 A servirme entretanto de copero.

Cual rueda de cuadriga, huye ligero  
 El tiempo; y en ceniza convertido,  
 Bajo la tierra quedará escondido  
 El cuerpo de este vate vocinglero.

¿De qué me servirá bálsamo y flores  
 Derramar en el suelo, ó en la piedra  
 De mi tumba grabar mis alabanzas?

Aquí mi frente ungid: dadme licores,  
 Coronadme de pámpanos y hiedra  
 Antes de ver las infernales danzas.

## ODA V.

## LA ROSA.

La rosa de los cándidos amores  
 Mezclémos con el néctar de Lieo.  
 Será la dulce rosa nuestro arreo  
 Al libar sus espléndidos licores.

¡Oh rosa, la más bella de las flores!  
 ¡Oh de la primavera alto trofeo!  
 Aun del Olimpo deleitar te veo,  
 ¡Oh rosa! á los celestes moradores.

Cuando danzar el hijo de Citeres  
 Se digna de las Gracias con el coro,  
 Adorno ¡oh rosa! de sus rizos eres.

Dadme cien rosas y mi lira de oro,  
 Y venid á bailar, lindas mujeres,  
 Ante el altar de Baco, á quien adoro.

## ODA VII.

## LA CARRERA.

Esgrime el niño Amor vara ligera  
 De jacinto; mi espalda azota blando,  
 Y con voz infantil, pero de mando,  
 Me ordena que lo siga en su carrera.

Volamos á través de la pradera,  
 Y mil torrentes rápidos cruzando  
 Y abismos, en el bosque venerando  
 Entramos de la plácida Citera.

Me baña el trasudor; caigo rendido  
 Sobre la hierba, y que se escapa siento  
 El alma de mi labio adormecido.

En desamparo tal, dándome viento  
 Con sus alas, me dice el buen Cupido:  
 — ¡Qué! ¿Ya ni para amar tienes aliento?

## ODA IX.

## LA PALOMA.

I.

—¿De dónde vienes, cándida paloma?  
¿Qué numen ha vertido ese que exhalas  
De tu albo pecho y matizadas alas  
Grato perfume de celeste aroma?

¿Quién eres? ¿A dó vas? ¿Qué rumbo toma  
Tu vuelo? ¿Quién te manda, Jove ó Palas?  
¿A qué cabañas ó doradas salas  
Llevas la carta que en tu pico asoma?

—Es de amores no más la misión mía:  
Hoy á la más gentil de las mujeres  
Anacreonte rápida me envía.

Y si mi historia y dueño saber quieres,  
En premio de una dulce poesía  
Al vate insigne me donó Citeres.

II.

Por servir á mi dueño me desvelo,  
Y suyo es el que ves, tierno billete;  
La libertad en breve me promete;  
Mas yo sin él la libertad no anheló.

¿Es posible que al monte tienda el vuelo  
Y á las silvestres frutas me sujete,  
Cuando de Anacreonte en el retrete  
Vivo dichosa, sin afán ni duelo?

Él con su mano el pan me despedaza,  
Y cuando apura el néctar delicioso,  
Hace que beba yo en su propia taza.

Con mis alas arrullo al cariñoso  
Vate, en redor volando; y si me caza  
El sueño, ahí en su lira me reposo.

## ODA X.

## EL CUPIDO DE CERA.

—¡Qué bello Amor de transparente cera!  
 ¿Cuánto quieres, rapaz, por tu Cupido?  
 —Tómalo desde luego: sólo pido,  
 Señor, lo que tu mano darme quiera.

Decirte debo la verdad entera:  
 Ni artista soy, ni su escultor he sido;  
 Mas mi revuelto hogar, del dios de Gnido  
 La ingrata sociedad ya no tolera.

—Ten esta dracma, y al gentil infante  
 Pon en mis manos. Aunque astuto y ciego,  
 Compañero lo haré fiel y constante.

Ven, ¡oh Cupido! abrázame en tu fuego,  
 Ó á las voraces llamas al instante  
 Tu débil forma á derretirse entrego.

## ODA XI.

## EL DESAFÍO.

Rendido estoy. A Amor desobediente,  
 Puse, insensato, á sus preceptos traba.  
 Él con el arco y la dorada aljaba  
 Me provocó á la lid armipotente.

Yo con el yelmo coroné mi frente,  
 Tomé el escudo y empuñé la clava.  
 Segundo Aquiles ser me figuraba  
 Con mi coraza de metal luciente.

Todos sus tiros evité gallardo;  
 Y al ver Cupido su carcaj vacío,  
 Se disparó á sí propio como un dardo.

Agudo penetró en el pecho mío,  
 Y desde entonces en sus llamas ardo  
 Maldiciendo combate y desafío.

## ODA XII.

—  
 A UNA GOLONDRINA.

¿Qué quieres, vocinglera golondrina,  
 Qué quieres que severo haga contigo?  
 Tú propia elige el ejemplar castigo  
 Que merece tu charla matutina.

¿Perder las raudas alas más te inclina,  
 Que del halcón te ponen al abrigo,  
 O cual Tereo, de tu pico amigo  
 La lengua arrancaré, que tanto trina?

Tranquilo reposaba hacia la aurora  
 Y á mi lado miraba en grato ensueño  
 Al hijo que perdido mi alma llora.

Llegaste á mi ventana; y con empeño  
 Empezando á trinar, tu voz canora  
 Me arrebató á la par Batilo y sueño.

## ODA XIV.

—  
 A SÍ MISMO.

Tu pie vacila; trémula tu mano  
 Se mueve, Anacreonte; eres ya viejo.  
 Mira, si no lo crees, en el espejo,  
 Tu frente calva y tu cabello cano.

De alegres mujercillas coro insano  
 Así me da sarcástico consejo,  
 Sin advertir que de pulsar no dejo  
 Con diestra firme el plectro soberano.

Si ya toda cayó mi cabellera  
 O alguna hebra quizá quedó adherida,  
 Ni me importa, ni sé, turba parlara.

Sí sé que de la tumba aborrecida  
 Cuanto más cerca me hallo, más debiera  
 Correr tras los placeres de la vida.

## ODA XVIII.

## LA COPA DE PLATA.

¡Eminente escultor, nuevo Vulcano!  
 Quiero que en esta lámina argentina  
 Ostenten á la par su arte divina  
 Tu buril y tu ingenio soberano.

No vayas á forjar yelmo troyano:  
 La destructora guerra no me inclina.  
 En vez de fuerte escudo ó cota fina,  
 Un cáliz bien profundo haga tu mano.

No me grabes en él constelaciones,  
 Ni Pléyades, ni Carro, ni Boyero.  
 ¿Qué me importan á mí los Septentriones?

Vides, racimos incrustados quiero,  
 Y un lagar do las uvas á montones  
 Huellen Baco y Amor su compañero.

## ODA XXXII.

## LOS AMORES DE ANACREONTE.

Las olas de la mar y las arenas  
 Cuenta, desde la playa al horizonte:  
 Cuenta las hojas del Idalio monte,  
 Y á mis amores llegarán apenas.

Veinte, y quince además, marca en Atenas.  
 ¿Te place que hasta Acaya me remonte?  
 De los triunfos del Teyo Anacreonte  
 Están las calles de Corinto llenas.

De Jonia á Lesbos y de Caria á Rodas  
 Rindiéronse á mi amor dos mil beldades.  
 —¡Cómo!—Guarda el papel, aun no están todas.

¿Las conquistas de Cánope no añades,  
 Y las que la dulzura de mis odas  
 Ganó en las Indias y el lejano Gades?

## ODA XXXV.

## EL NIDO DE AMORES.

Vienes cada año, amada golondrina,  
A hacer tu nido en el ardiente estío;  
Tornas al Nilo al empezar el frío,  
O á Menfis te diriges peregrina.

Forma, entretanto, el hijo de Ciprina  
Nido perenne dentro el pecho mío,  
Y de amorillos el enjambre impío  
Copioso en todas épocas germina.

Unos el cascarón rompen apenas,  
Otros ya se ejercitan en el vuelo,  
Otros ya tienen las aljabas llenas.

El grandecito educa al pequenuelo,  
Y éste al que ayer nació. ¿Pueden mis penas  
Entre parvada tal hallar consuelo?

## ODA LIII.

## LOS AMANTES.

Hierro candente, del corcel veloce  
El anca pingüe doloroso sella,  
Y lo distingue la indeleble huella,  
Aunque entre muchos el bridón retoce.

De nada sirve que la faz emboce  
El lidiador; por la tiara bella  
Que en su cabeza fúlgida descuella  
El guerrero de Partia se conoce.

Así, á primera vista, en el semblante  
Descubro yo á la niña enamorada  
Y el secreto adivino del amante.

La que en el corazón llevan grabada  
Marca sutil de llama fulgurante,  
Al encendido rostro se traslada.

## ODA LIV.

## LA VEJEZ.

Canas mis cejas; blanco mi cabello;  
 Mi barba se tornó color de nieve;  
 Mi dentadura lánguida se mueve  
 De la vejez mostrando el triste sello.

Pasó fugaz el tiempo dulce y bello  
 De la florida juventud; y en breve  
 La adusta Muerte sin remedio debe  
 Con pesada segur tronchar mi cuello.

Lloro al mirarme del sepulcro encima.  
 ¿Cómo queréis que viendo la apacible  
 Vida escaparse, de pavor no gima?

¡Hórrido abismo, Tártaro terrible!  
 ¡Cuán fácil es bajar hasta tu sima!  
 Pero el subir de nuevo es imposible.

## ODA LX.

## Á DIANA.

¡Diosa gentil, de ciervos cazadora,  
 Blonda prole de Jove, alma Diana,  
 De las fieras agrestes soberana,  
 Y de los bosques única señora!

Oye mi voz, que tu favor implora,  
 Y ven benigna á la región lejana  
 Do el Leteo veloz, con furia insana,  
 Hace girar su linfa bramadora.

A recibir el férvido homenaje  
 De esta ciudad, henchida de valientes,  
 Tu excelso numen del Olimpo baje.

Yo te ruego que aquí tu trono asientes:  
 No son un pueblo rudo ni salvaje  
 Los que hoy inclinan á tus pies sus frentes.

## ODA LXIII.

—  
 A UNA YEGUA.

¡Yegua de Tracia, honor de la pradera!  
 Si llevo á ti con palpitante seno,  
 ¿Por qué relinchas tú con voz de trueno  
 Y, mirándome torva, huyes ligera?

¿Te parezco poltrón? Sabe, altanera,  
 Que te pondrá mi mano rienda y freno,  
 Y sobre ti lanzándome sereno,  
 Te haré girar en rápida carrera.

Pace libre por hoy: alegre salta  
 Sobre la hierba, en tu feraz retrete,  
 Que con mil flores primavera esmalta.

No tardará en llegar hábil jinete  
 A domeñarte. Goza mientras falta  
 Quien á la silla y carro te sujete.

EPIGRAMAS GRIEGOS.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ODA LXIII.

—  
 A UNA YEGUA.

¡Yegua de Tracia, honor de la pradera!  
 Si llevo á ti con palpitante seno,  
 ¿Por qué relinchas tú con voz de trueno  
 Y, mirándome torva, huyes ligera?

¿Te parezco poltrón? Sabe, altanera,  
 Que te pondrá mi mano rienda y freno,  
 Y sobre ti lanzándome sereno,  
 Te haré girar en rápida carrera.

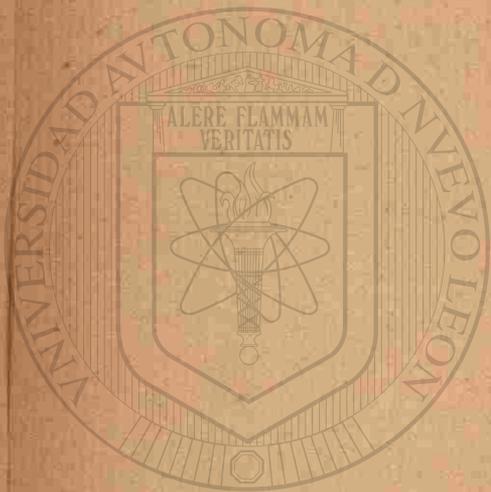
Pace libre por hoy: alegre salta  
 Sobre la hierba, en tu feraz retrete,  
 Que con mil flores primavera esmalta.

No tardará en llegar hábil jinete  
 A domeñarte. Goza mientras falta  
 Quien á la silla y carro te sujete.

EPIGRAMAS GRIEGOS.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### EL CUPIDO DE PLATA.

---

Cubres en vano tu virgíneo pecho  
De la virtud con el brillante escudo.  
Soy poderoso, y aunque ciego y mudo,  
Sigo tus pasos y sagaz te acecho.

De los dardos sin fin con que pertrecho  
Mi dorado carcaj, ¿quién huir pudo?  
¡Alerta, esquivá niña! Arpón agudo  
Ya te disparo, al corazón derecho.

¿Ves cuál te derribé? Mi alada caña  
Tu seno atravesó de parte á parte,  
Y sanguíneo raudal tu veste baña.

Ni á Esculapio llamar, ni al fiero Marte  
Pienses. Herida tal sólo restaña  
Diana gentil, ó de Minerva el arte.

---

## AMOR CORONADO.

DE MARIANO ESCOLÁSTICO.

—¿Dónde has dejado tu arco, buen Cupido?  
 ¿Dó tus alas están? ¿Dónde las flechas  
 Que al corazón del hombre van derechas,  
 Y la antorcha que á mil ha consumido?

¿Has olvidado tu carcaj en Gnido?  
 ¿Bajo nuevo disfraz por qué me acechas  
 Y tres coronas en la mano estrechas,  
 Mientras otra tu sien ha circüido?

—No soy hijo de Venus, ni me llamo  
 Cupido. Soy Amor que al cielo guía:  
 Las almas puras con mi fuego inflamo.

Cuatro virtudes á la frente mía  
 Tejen coronas. Hoy el áureo ramo  
 Ciño de la inmortal Sabiduría.

## Á AMOR DORMIDO.

DE ESTATILIO FLACO.

Duermes, ¡oh niño! que al mortal despierto  
 Penas y angustias inplacable inferes;  
 Duermes ¡funesta prole de Citeres!  
 Entre las flores del Idalio huerto.

Duermes, no hay duda: desarmado y yerto  
 Te miro y sin carcaj; pero Amor eres.  
 Con tu punzante dardo ya no hieres,  
 Y hasta la antorcha que te falta advierto.

¡Otros se engañen viéndote dormido!  
 Mi vigilancia tu sopor no quita,  
 Rapaz soberbio de la infausta Gnido.

Maléfica visión quizá te agita,  
 Y alguna trama, digna de Cupido,  
 Aun entre sueños tu ánimo medita.

## DE ANTIPATRO SIDONIO.

Plátano seco soy, oh caminante;  
Mira mi tronco deshojado y yerto  
Por el follaje y pámpanos cubierto  
Con que en redor me enlaza vid amante.

Mis propios ramos extendí arrogante;  
Asombro fui del monte y del desierto:  
Ni aunque prestada y nueva, es hoy por cierto  
Mi veste menos rica y abundante.

Sírvate de modelo mi ventura;  
Y al enlazarte con humana esposa,  
Busca virtud y amor, más que hermosura.

¡Feliz si tu consorte cariñosa  
Te abriga fiel en la vejez madura  
Y presta sombra á tu funérea losa!

## IMITACIÓN.

## DE ZONA SARDIANO.

Dejad, blondas abejas, la colmena;  
Libad el néctar de exquisito aroma  
Que entre las hojas del jazmín asoma,  
Y la uva negra y la violeta llena.

Bebed de la amapola y la azucena  
El dulce jugo, y la sabrosa goma  
Que en redor nutre la cidonia poma,  
Y el zumo que destila la verbena.

Tornad á vuestra plácida guarida  
Y la cera labrad, para el servicio  
Del santo Dios, que de vosotras cuida,

Arderá en su incruento sacrificio  
Vuestra labor; pero alimento y vida  
En recompensa os doblará propicio.

Á UNA ESTATUA DE DIDO.

---

La efigie ves de la infelice Dido,  
De majestad radiante y de hermosura:  
Bien representa el mármol mi figura;  
Muy mal la historia mi ánimo ha fingido.

Ni á Eneas vi jamás, ni el fementido  
Entró conmigo en la caverna oscura;  
Ni me arrojó de Troya la captura  
De Libia al litoral desconocido.

El himeneo y el odiado yugo  
De Yarbás por huir, vibré con saña  
La espada, y de mí propia fuí verdugo.

¡Oh Musas! ¿Contra mí de ira tamaña  
Por qué al casto Virgilio armar os plugo  
Que así mi nombre y mi pureza empaña?

LA NODRIZA.

---

DE FILIPO DE TESALÓNICA.

Tres bellos hijos regalé á Fileno,  
Amante madre y adorada esposa;  
Y en breve tiempo, ¡oh cielos! triple fosa  
Cavé á los frutos de mi casto seno.

Brindé mi pecho, aun turgente y lleno,  
De otras entrañas á la prole hermosa,  
Esperando que el hado más dichosa  
Ser me dejara con el niño ajeno.

¡Con cuánto afán lo alimenté! ¡Con cuánto  
Cariño lo velé! ¡Vana esperanza,  
Que acrece sólo mi fatal quebranto!

*Mto* lo llamo apenas, cuando lanza  
La Muerte el dardo fúnebre; y mi llanto  
A otra madre infeliz también alcanza.

## EPITAFIO DE UN PASTOR.

DE LEÓNIDAS DE TARENTO.

¡Pastores que pacéis en la colina  
Blanco ganado de vellón vestido!  
Un pequeño favor humilde os pido  
Por la Tierra y la casta Proserpina.

Resuene, do mi cuerpo se reclina,  
De los corderos vuestros el balido,  
Y al desnudo peñón, zagal garrido  
Venga á pulsar su fistula argentina.

Con las primeras flores mano hermosa  
Bella guirnalda para mí entreteja  
Y orne con ella mi funérea losa.

Regad con leche, al ordeñar la oveja,  
Mi tumba, en fin: sin recompensa honrosa  
Jamás un muerto los favores deja.

## EPITAFIO DE UN NAÚFRAGO.

DEL MISMO.

¡Ay! No te lances á la mar de Atlante,  
Fiado en tu barco sólido y velero:  
Destruye con un soplo el Noto fiero  
La nave más robusta en un instante.

El que aquí yace, osado navegante,  
Víctima fué del huracán de Enero,  
Quedando sumergido el marinero  
En las ondas del piélagos espumante.

Mas en el patrio suelo ya disfruta  
De alto sepulcro, y fúnebres honores  
La parentela triste le tributa.

Templó, por fin, la suerte sus rigores,  
Y su cadáver á la playa enjuta  
Arrojaron los vientos bramadores.

## EL PAPAGAYO.

## IMITACIÓN.

Las rejas de oro y la feliz clausura  
 Rompió á la par de jaula y de convento  
 Loro hablador de sin igual talento,  
 Delicia y propiedad de virgen pura.

Y del nativo bosque en la espesura,  
 Con fiel remedo del humano acento,  
 En derredor atrajo ciento y ciento  
 Papagayos de apuesta donosura.

En alto ramo de la selva umbría  
 Empezó á modular con aire grave  
 El saludo del Angel á María:

El verde coro repitió sùave  
 Del maestro las notas á porfia,  
 Y hoy todos cantan de Gabriel el AVE.



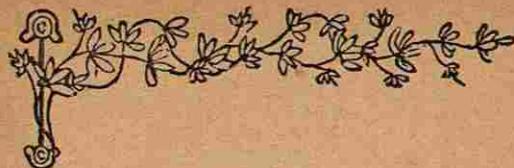
ENVIANDO MI RETRATO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

Á UN POETA.

Esa que ostento despejada frente,  
Esa sonrisa y juvenil mirada,  
Ocultan ¡ay! una alma acongojada  
Y un corazón que el exterior desmiente.

La que en mi pecho brilla refulgente  
Pequeña cruz, de piedras adornada,  
Atórméntame más y es más pesada  
Que la que lleva al hombro el delincuente.

¿El anillo lucir veis en mi dedo?  
Es manantial perenne de dolores  
Que á quien no los sintió, decir no puedo.

De vuestra alegre Musa entre las flores  
La triste efigie conservad, ALFREDO,  
Del último y menor de los Pastores.

## II.

## Á UN RELIGIOSO.

¡Dichoso tú, que en el claustral retiro  
Ignoras del malvado la perfidia,  
Y satisfecho gozas sin envidia  
De la paz monacal por que suspiro!

Tu amigo, en tanto, en incesante giro  
Contra el hereje y el salvaje lidia;  
Me cansa el mando, el brillo me fastidia,  
Y el báculo á entregar tan sólo aspiro.

Pues no permite Dios que frente á frente  
En sabroso coloquio, cual antaño,  
Mis cuitas y pesares hoy te cuente,

Mi triste imagen te dirá, MONTAÑO,  
Que la pena mayor que mi alma siente  
Es ver al lobo en mi infeliz rebaño.

## III.

Á UN SACERDOTE,  
EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE SU PRIMERA MISA.

Diez años hace que por vez primera  
Te condujo al altar mi amante mano  
Do la reliquia santa el fiel Romano  
Del Angélico Luis grato venera.

A ti después la suerte lisonjera  
Te ha sonreído; á mí á país lejano  
Me trajo Dios á predicar en vano  
A gente que su nombre no tolera.

Mas el que nos unió, fraterno nudo,  
En Inglaterra y en el suelo Ausonio,  
Nuestra varia misión romper no pudo.

Y aunque abrazarte no me es dado, ANTONIO,  
Mi nueva imagen llevará el saludo  
Que de mi amor te mando en testimonio. ®

## IV.

## A UN CORTESANO.

¿De mi gesto bárbarico te asombras?  
 ¿Te admira el ver mi montaraz ropaje,  
 Y sonriendo, á gusto personaje  
 É infausta fecha con malicia nombras?

El mismo soy que séricas alfombras  
 A tu lado pisé con rico traje;  
 La voluntad de Dios me hizo salvaje,  
 Y hoy moro de la selva entre las sombras.

Del Señor todo puede el llamamiento:  
 En nómade convierte al cortesano  
 Y al pírvido de atleta da el aliento.

Si Él te manda bajar del Vaticano,  
 Verás que un buen pastor puede contento  
 Vivir entre el hereje y el pagano.

## V.

## A UNA DAMA AL VOLVER DE TIERRA SANTA.

No te asuste esa barba de rabino,  
 Ni me declares del Oriente azote;  
 Esa tostada faz y ese bigote  
 No son de musulmán ni de beduino.

Reconoce al devoto peregrino,  
 Venera al misionero y sacerdote,  
 Que acaba de saltar del raudo bote  
 Que lo trajo del suelo palestino.

Del Tabor he subido á la eminencia;  
 He navegado á Mágdala y Betsaida;  
 Llegué de Tierra Santa á los confines.

Mas siempre el mismo soy que aquí en Flo-  
 Cuando eras niña, te llevó, ADELAI DA, [rencia,  
 De Bóboli á los mágicos jardines.

## VI.

Á PERSONA DESCONOCIDA.

¿El rostro contemplar del vate quieres  
Que imitando á Teócrito y Virgilio  
Cantó en romance el Siciliano Idilio  
De Adonis en loor y de Citeres?

A gallardo mancebo ver no esperes  
Que, acepto de las Musas al concilio,  
De erótico laúd con el auxilio  
Busca la admiración y los placeres.

Mi efigie te dirá cuánto te engañas:  
Pastor, mas no de Arcádico ganado,  
Es ese IPANDRO cuyo nombre extrañas.

De místico redil Jefe y Prelado,  
Mientras cuido mi grey en las montañas  
Canto muy poco, y con rabel prestado.



## Á VARIOS

DEDICÁNDOLES LA VERSIÓN MÉTRICA DE LOS  
IDILIOS DE TEOCRITO  
CUYOS TÍTULOS SE EXPRESAN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VI.

Á PERSONA DESCONOCIDA.

¿El rostro contemplar del vate quieres  
Que imitando á Teócrito y Virgilio  
Cantó en romance el Siciliano Idilio  
De Adonis en loor y de Citeres?

A gallardo mancebo ver no esperes  
Que, acepto de las Musas al concilio,  
De erótico laúd con el auxilio  
Busca la admiración y los placeres.

Mi efigie te dirá cuánto te engañas:  
Pastor, mas no de Arcádico ganado,  
Es ese IPANDRO cuyo nombre extrañas.

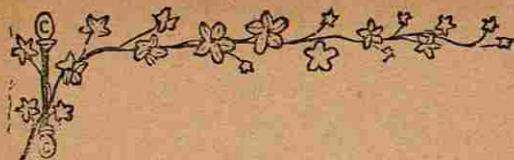
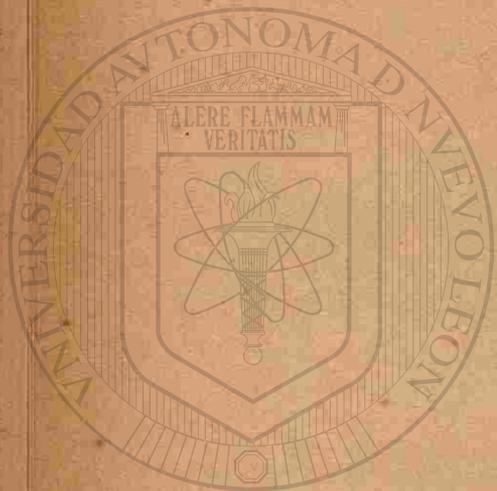
De místico redil Jefe y Prelado,  
Mientras cuido mi grey en las montañas  
Canto muy poco, y con rabel prestado.



## Á VARIOS

DEDICÁNDOLES LA VERSIÓN MÉTRICA DE LOS  
IDILIOS DE TEOCRITO  
CUYOS TÍTULOS SE EXPRESAN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Á UN POETA.

---

TIRSIS Ó LA CANCIÓN DE DAFNIS.

Dulce de Dafnis el divino llanto,  
Dulce de Tirsis la gentil avena;  
Dulce tu voz en mis oídos suena,  
¡Vate querido, de mi patria encantol

Sabes que lenitivo á mi quebranto  
Pido á la Musa: la floresta amena,  
Ó bien la playa de la mar serena  
El son escucha de mi triste canto.

Pero ya pulse caramillo griego,  
Ya mi toscó rabel gimiendo taña,  
Me faltan ¡ay! tu numen y tu fuego.

El primer eco de mi agreste caña  
Te consagra mi amor. Borra, te ruego,  
Cuanto su lustre original empaña.

---

Á OTRO.

---

LOS SEGADORES.

¡Cantor de Leila, y de aves y de flores,  
Cuya inspirada voz más suave trina  
Que el eco de la tierna golondrina,  
Mensajera que fué de tus amores!

Los himnos de los mismos *segadores*  
Que interpretó tu fístula argentina,  
Al modular mi Musa, á ti se inclina  
Indulgencia pidiendo y no loores.

Temblé, pulsando la sonora caña  
Que de tu labio el perfumado aliento,  
Más dulce que la miel, sabroso baña:

Me fué preciso repetir tu acento,  
Y temo que de Pan la justa saña  
Me condene á terrífico escarmiento.

Á UNA DAMA.

---

EL VAQUERILLO.

No sólo una castísima Susana  
Recuerda altiva la nación hebrea,  
Ni sólo destrozó de Amor la tea  
La que nombre te dió, virgen romana.

En Sicilia también ninfa pagana  
El cinto desgarró de Citerea:  
Tu probada amistad la égloga lea  
Que vierto para ti, ¡viuda cristiana!

Es una flor de fraternal cariño,  
Que quisiera añadir á la corona  
Que en tu frente he admirado desde niño.

Ya virgen, ya viuda, ya matrona,  
Dura cual roca, pura como armiño,  
La trompa de la Fama te pregona.

Á OTRA.

---

LA RUECA.

¡Mujer insigne, varonil matrona,  
Luz de tu pueblo, de tu hogar delicias,  
Como la esposa del Milesio Nicias,  
Cuya virtud Teócrito pregona!

Tú, que ya el arco vibras de amazona,  
Y ya la rueca plácida acaricias,  
Oh Carolina, dame las albricias:  
Hoy nueva *Rueca* mi amistad te dona.

No es de marfil, ni delicado torno  
La pulió girador de Siracusa  
Del rojo Mongibelo junto al horno.

Es rica perla de la griega Musa,  
Que de tu casta frente para adorno  
Traslado al Tamesí desde Aretusa.

Á UN CURA PÁRROCO.

---

LOS GEMELOS.

La historia de dos fuertes adalides  
Que el Bucólico Príncipe sublima,  
Y yo describo en castellana rima,  
Te mando al par que el himno que me pides.

Y que antes que llegáramos, no olvides,  
Del sacerdocio á la anhelada cima,  
Nos deleitaban la variada esgrima  
Y del atleta las robustas lides.

Recuerda, amigo, los Britanos juegos  
En que de mí alcanzabas la victoria  
Con risa de estudiantes y labriegos.

De nuestra adolescencia la memoria  
Aviven los que canto, idilios griegos,  
Por pasatiempo, y no por sed de gloria.

Á OTRO.

---

LOS PESCADORES.

Mira á dos *pescadores*, buen Dario;  
Que en despoblar el piélago se empeñan,  
Y en medio á su pobreza, en vano sueñan  
Con peces de oro en su falaz navío.

Tal fué tu suerte y el destino mío:  
Los versos que te mando á ambos enseñan  
Que si dorados peces nos desdeñan,  
No hay que perder en nuestra pesca el brío.

No al avaro Epulón; á quien aflige  
Mendicidad, las puertas de los cielos  
Abre el Señor que el universo rige.

A la gloria entrarán los pequeñuelos,  
¡Oh de almas cazador! A ellos dirige  
Tus redes, y tu caña, y tus anzuelos.

Á UN AMIGO.

---

EPITALAMIO DE HELENA.

¿Qué sierra ó valle bélico te esconde,  
O en qué palacio cortesano brillas?  
¿Sirves al tierno Rey de las Castillas,  
O en ocio blando duermes, oh Vizconde?

Sea que mores en tu España, ó donde  
Yo te dejé, del Sena en las orillas,  
Prendas serán mis églogas sencillas  
De que mi amor al tuyo corresponde.

Si entre el que nos encubre hórrido caos,  
Los que te mando cánticos nupciales  
Pueden llevar americanas naos,

Sabrás que ante mis ojos, á inmortales  
Elenas y á gloriosos Menelaos,  
Mi buen Narciso y Carmen son iguales.

Á UN GOBERNANTE EN 1874.

PANEGÍRICO DE TOLOMEO.

De Carlos sigues las amadas huellas,  
De ti modelo, de mi casa origen:  
Cuantos la nave del Estado rigen,  
Surgen y pasan, mientras tú descuellas.

Cesan, por ti, del pobre las querellas;  
Nunca, por ti, las guerras nos afligen:  
Tú haces que el orden y la paz cobijen  
Con rico manto tus comarcas bellas.

Por ti las minas brotan abundantes;  
Los campos aran infinitos bueyes:  
Tus villas pueblan ricos traficantes.

Un modelo te doy de antiguos reyes:  
Síguelo, y el mejor de gobernantes  
A despecho serás de inicuas leyes.

Á MI HERMANA SOR\*\*\*

DESTERRADA EN 1874.

AMARILIS.

¡Triste Amarilis! Fiel á tu bandera,  
Abandonaste el suelo mejicano,  
Huyendo de las garras del tirano  
Que asolador en nuestra patria impera.

Si no me permitió la suerte fiera  
Estrechar al partir tu dulce mano,  
¿Del que te llora ausente, vate hermano,  
Acogerá la voz tierra extranjera?

Con el laúd del griego Simiquida  
De otra *Amarilis* canto los desdenes  
Que á su amador odiaba empedernida.

Así del mundo los caducos bienes  
Desdeñas tú; y á tu Señor unida,  
La fe jurada férvida mantienes.

Á TRES HERMANAS.

---

LAS SIRACUSANAS.

¡Arminda bella, Filis elocuente,  
Piadosa Nice, vírgenes galanas  
Que entre las flores respiráis ufanas  
Del Marañón el perfumado ambiente!

La ofrenda recibid de amigo ausente,  
Y de mi libro en las doradas llanas,  
Permitidme que á dos *Siracusanas*,  
De Egipto moradoras, os presente.

Las calles recorred de Alejandría:  
Ved á una reina, de virtud ejemplo,  
Munífica y hermosa, grande y pía.

Grandes así y hermosas os contemplo,  
Cuando á despecho de la turba impía  
Con ricos dones decoráis el templo.

Á UN MÉDICO.

---

No trueques la simbólica serpiente,  
Que hora en tu mano con placer sujetas,  
Por el arco de amor y las saetas  
Con que te brinda Erato complaciente.

Corre el estadio de la ciencia, ardiente,  
Hasta llegar á sus lejanas metas;  
Y entonces el laurel de los poetas  
Circunde verde tu gloriosa frente.

Extingue el fuego que tenaz te inflama;  
Resuene poco tu colgada lira;  
Olvida, amigo, á tu hechicera dama:

Cuando llegares do tu pecho aspira,  
Desfoga entonces tu amorosa llama  
Y fiel celebra á tu adorada Elvira.

## AL MISMO,

DEDICÁNDOLE, VEINTE AÑOS DESPUÉS,  
«EL CÍCLOPE», QUE DEDICÓ TEÓCRITO AL  
MÉDICO-POETA NICIAS.

Es tiempo ya que tu cansada frente  
Coronen los laureles del Parnaso,  
Y alegre llenes tu dorado vaso  
De Aganipe dulcísima en la fuente.

Sin dejar de Esculapio la serpiente  
Sigue, por fin, con atrevido paso  
Las huellas de Marón y Garcilaso,  
Pulsando la zampoña juntamente.

El sabio Nicias tu modelo sea  
A quien mandó Teócrito su amigo  
La que te doy, canción de Galatea.

Feliz seré, si al repetir contigo  
El Idilio que en griego me recrea,  
Que te deleite en español consigo.

## Á UNA NIÑA

ENVIÁNDOLE LOS BUCÓLICOS GRIEGOS.

Cuando la nieve en derredor blanquea,  
Y las últimas hojas arrebata  
El huracán que horrible se desata,  
Y el cielo con fragor relampaguea,

Al calor de la ardiente chimenea,  
En resguardar las flores, que aun no mata  
Del invierno crüel la saña ingrata,  
Empeñosa la niña se recrea.

Del olvido en salvar así me afano  
Las flores de mi Musa, hoy que el invierno  
Hiela mi corazón y ata mi mano.

Forma con ellas mi cariño tierno  
Un ramillete que te ofrezco ufano  
En prenda cierta de mi amor paterno.

Á LA MISMA.

---

REGALÁNDOLE LAS ODAS DE PÍNDARO.

Fueron las Musas de mi edad primera  
El inocente amor y dulce encanto,  
Y embelleció su deleitoso canto  
De mi vida la alegre primavera.

En mi azarosa pastoral carrera  
Ellas secaron mi copioso llanto;  
Mas hoy á su beldad causan espanto  
Las canas de mi escasa cabellera.

Ya que mi lira, abandonada y rota,  
Se niega á repetir las armonías  
Que prodigara en época remota,

En vez de los cantares que pedías  
Á un corazón cuyo raudal se agota,  
Recibe estas añejas melodías.

1892.



RECUERDOS Y MEDITACIONES  
DE UN PEREGRINO

EN EL CASTILLO DE MIRAMAR

EN OCTUBRE DE 1876.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á LA MISMA.

---

REGALÁNDOLE LAS ODAS DE PÍNDARO.

Fueron las Musas de mi edad primera  
El inocente amor y dulce encanto,  
Y embelleció su deleitoso canto  
De mi vida la alegre primavera.

En mi azarosa pastoral carrera  
Ellas secaron mi copioso llanto;  
Mas hoy á su beldad causan espanto  
Las canas de mi escasa cabellera.

Ya que mi lira, abandonada y rota,  
Se niega á repetir las armonías  
Que prodigara en época remota,

En vez de los cantares que pedías  
Á un corazón cuyo raudal se agota,  
Recibe estas añejas melodías.

1892.

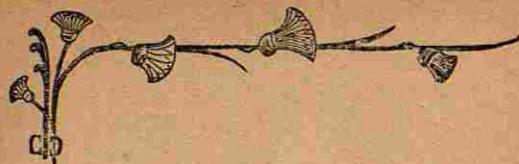
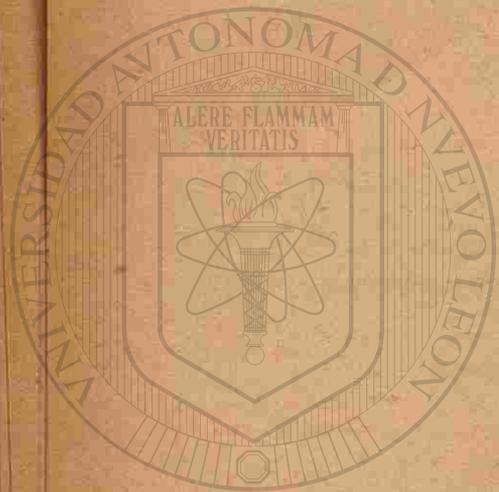


RECUERDOS Y MEDITACIONES  
DE UN PEREGRINO

EN EL CASTILLO DE MIRAMAR

EN OCTUBRE DE 1876.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

MIRAMAR EN 1876.

Sepulcro de doradas ilusiones,  
Terror de las modernas monarquías,  
Ostentas hoy, cual en mejores días,  
Tus muros y almenados torreones.

Corona azteca vanidoso pones  
En pórticos y vastas galerías,  
Y de Méjico al águila confías  
Tu regia alcoba y mágicos salones.

¿Mas dó el Príncipe está que sér y fama  
Te diera, y nombre de fatal dulzura?  
¿Dó la que fué tu luz, augusta dama?

Encubre á aquél sangrienta sepultura,  
Y á la infeliz Princesa, en lenta llama  
Quemando va terrífica locura.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

## EL ARCHIDUQUE.

Aquí lo conocí. Con palpitante  
Seno, en este magnífico recinto  
Al Vástago imperial de Carlos Quinto  
Por la primera vez llegué delante.

Brillaban en su traje de almirante  
Sobre el pecho el Toisón, la espada al cinto.  
¡Qué majestad! De mármol de Corinto  
Parecía su pálido semblante.

Entre sus guardias de elevada talla,  
Y áulicos gigantes, el Hapsburgo  
Cual Ayax ó Saúl sobresalía.

A Aquiles igualar en la batalla,  
En el consejo á Minos y á Licurgo,  
A Néstor en el trono, prometía.

## III.

## TRES AÑOS DESPUÉS.

¡Ay! Ya lo vi después. ¡Cuán diferente  
Del Príncipe magnánimo y hermoso  
Que respiraba *agut*, libre y dichoso,  
Del Adriático mar el fresco ambiente!

Los ojos sin fulgor, yerta la frente,  
Atravesado el pecho generoso,  
No por hostil acero victorioso,  
Mas por el plomo de comprada gente.

Así el Hapsburgo exánime yacía,  
Hecha pedazos la valiente mano  
Que aun al morir favores repartía.

En torno al ataúd, vulgo profano  
Y soldadesca ruda escarnecía  
Al muerto Emperador MAXIMILIANO.

## IV.

## LA PRINCESA.

Esta es la regia alcoba: ahí la mesa  
Miro de mármol y de entalle añejo,  
Do reclinada con gentil despejo  
Aguardaba la bella Archiduquesa.

Yo desde aquí la contemplaba, presa  
Mí alma de admiración; aquel espejo  
Retrataba con vívido reflejo  
El manto y la diadema, obra francesa.

¡Ah! ¿Cómo no admirarla? Encantadora  
Estaba la deidad resplandeciente  
Que íbamos á aclamar reina y señora.

¿Del tiempo quién así la marcha siente?  
Fugaz momento fué la feliz hora  
Que de la augusta dama estuve enfrente.

## V.

## EL JURAMENTO.

¿Es sueño? ¡Aquí otra vez! Nada ha cam-  
Tapices, cuadros, techo, pavimento, [biado;  
Todo lo reconozco: el regio asiento,  
El sérico dosel y rico estrado.

Aquí el Abad, ahí Él, Ella á su lado,  
Enfrente estaba yo (¡grato moment!)  
Cuando el sacro espontáneo juramento  
Prestó sobre el Volumen Inspirado.

¡Cuánto augurio de paz! ¡Cuánta esperanza  
Al oírlo exclamar: *Por Dios yo juro  
De Méjico labrar la bienandanza!*

¡Patria feliz! (pensé). Jamás perjuro  
Un Hapsburgo será. Mas ¿quién alcanza  
A descifrar el porvenir obscuro?

## VI.

## EL ORATORIO.

¡Señor! Tus juicios reverente adoro,  
Y en la desierta, lúgubre capilla  
Del solitario Alcázar, la rodilla  
Doblando humilde, por mis Reyes oro.

¡Cuán otra en aquel día! Del sonoro  
Órgano, de la Europa maravilla,  
Aun oigo el eco, y á mis ojos brilla  
La cera ardiendo en los blandones de oro.

¡Con qué fervor el Ambrosiano canto  
Entonábamos todos! ¡Con qué fuego  
Dimos gracias á Dios por favor tanto!

Resto de aquella Corte, solo llevo,  
Y á fúnebre salmodia mezclo el llanto  
Con que su trono ensangrentado riego.

## VII.

EL 19 DE JUNIO DE 1867.

¡Desventurada raza mejicana!  
Mandar no sabe, obedecer no quiere:  
Al que aclamaba rey, voluble hiere;  
Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

¡Victoriosa facción republicana,  
No goces, no! MAXIMILIANO muere,  
Mas en tu seno sobra quien impere  
Con despótica vara y ley tirana.

Después del que hora sacudir te plugo  
Con infanda traición, otro más grave  
Romperá tu cerviz, sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave  
Siempre nuevos puñales el verdugo,  
Y roja tumba á tus señores cave.

## VIII.

## EL PAÑUELO.

¡Qué recuerdos excitan en mi mente  
Sus prendas y su hogar! ¿Qué miro, oh cielo!  
Su cifra..... la corona..... es el pañuelo  
Con qué antes de morir limpió su frente.

¿Cuál héroe, qué filósofo no siente  
Un instante de amargo desconsuelo,  
Cuando con mano de pesado hielo  
Toca su faz la Parca de repente?

Del cadalso al pisar la primer grada,  
El rostro se enjugó, y al Crucifijo  
Lanzó, lleno de fe, tierna mirada;

Y el lienzo dando al sacerdote, dijo:  
*Llegue esta prenda á ti, ¡madre adorada!  
Con el postrero trasador de tu hijo.*

## IX.

## ¿FUÉ TRAICIÓN?

De una felicidad siempre ilusoria  
Buscaba en vano Méjico la senda;  
Yerro tras yerro, culpas sin enmienda,  
Guerra y guerra no más: tal fué su historia.

¡A cuántos elevó desde la escoria  
El torbellino de civil contienda,  
Que del gobierno al empuñar la rienda  
Sin provecho cayeron y sin gloria!

Campo, Comercio, Foro, Artes, Milicia,  
Sangre plebeya, noble, azteca, hispana,  
En el poder mostraron su impericia.

¿Y habrá de ser traidor quien á lejana  
Región pide EQUIDAD EN LA JUSTICIA  
Para la triste patria mejicana?

## X.

¿FUÉ LOCURA?

De conocida fruta la figura  
 Observo aquí doquier. Mas escudriña  
 Mi vista, y hallo más la Índica Piña  
 En cuadros, en relieve, en escultura.

Mas no concedió al Príncipe Natura  
 Verla fructificar en la campiña  
 Do el olivar y la fecunda viña  
 Hace crecer constante Agricultura.

La planta, fruta ó flor, que bajo el cielo  
 Del trópico nació, pompa y fragancia  
 Hallar no puede entre el austriaco hielo.

¿Y no se llamará candor de infancia  
 El transplantar al mejicano suelo  
 Un Príncipe alemán y usos de Francia?

## XI.

«NON TI FIDARE.»

¡Oh Príncipe! ¿dó vas? ¿Qué espesa bruma  
 Engañadora tiende ante tus ojos  
 Adverso Numen? Cesen tus arrojos,  
 Y torna antes que el rayo te consuma.

¡Oh, vuelve á Miramar! De Moctezuma  
 El solio, que te ofrecen los antojos  
 Del pérfido francés, trono es de abrojos,  
 Cáliz que guarda hiel bajo la espuma.

Odia á tu noble casa Bonaparte.  
 Aunque cetro te dona, desconfía:  
 Témele, aun hoy que protección te imparte.

¡Ay del troyano que en los griegos fía!  
 Escondida hallará con púnico arte,  
 Bajo el manto Real, la sogá impía.

## XII.

## CARLOTA EN VERACRUZ.

No es esta playa de abrasada arena  
La que en mis sueños vi, tierra encantada;  
Ni encuentro en esa atmósfera pesada  
La brisa que esperé, de aromas llena.

Cual doble funeral, lánguida suena  
Solitaria campana. El gozo nada  
Manifiesta en la calle despoblada.....  
¡No reveléis, oh lágrimas, mi pena!

¿Dó las turbas están al trono fieles?  
¿Dó las aclamaciones y el rüido,  
Los arcos de triunfo y los laureles?

¡Ay! ¿Por qué abandoné mi patrio nido?  
¡Ambición de reinar! ¿á dó me impeles?  
¡Usurpador Francés! ¿dó me has traído?

## XIII.

## MORIR COMO CRISTIANOS.

«¡Aun es tiempo, Señor! El férreo muro  
Que lentamente en derredor avanza,  
Romper podrán mi brazo y vuestra lanza,  
Y al campo libre saltaréis seguro.

»La venta horrible del traidor perjuro  
Quizá deshaga aún nuestra pujanza:  
La desesperación es la esperanza  
Única que nos queda en tanto apuro.

«¡Ay si caemos vivos en sus manos!  
Se acerca su veloz caballería.....  
¡Ea, señor, morir como romanos!»

Un anciano guerrero así decía,  
Y—*No, mejor morir como cristianos,*  
Replicando el Hapsburgo, se rendía.

## XIV.

## APOLOGÍA.

Borró con el martirio el gran Cipriano  
 Sus cartas al Pastor de los Pastores;  
 Del santo Hermenegildo los ardores  
 Y rebelión, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano  
 Patíbulo, lavó yerros y amores;  
 Y con sangriento velo sus errores  
 Cubrió el EMPERADOR MAXIMILIANO.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?  
 ¿Quién, si mi incienso en los altares arde  
 Al mártir de Cartago ó al de España?

¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde  
 Al regio mártir! Ya nada lo empaña:  
 ¿Quién su memoria insultará cobarde?

VARIOS.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## XIV.

## APOLOGÍA.

Borró con el martirio el gran Cipriano  
 Sus cartas al Pastor de los Pastores;  
 Del santo Hermenegildo los ardores  
 Y rebelión, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano  
 Patíbulo, lavó yerros y amores;  
 Y con sangriento velo sus errores  
 Cubrió el EMPERADOR MAXIMILIANO.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?  
 ¿Quién, si mi incienso en los altares arde  
 Al mártir de Cartago ó al de España?

¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde  
 Al regio mártir! Ya nada lo empaña:  
 ¿Quién su memoria insultará cobarde?

VARIOS.

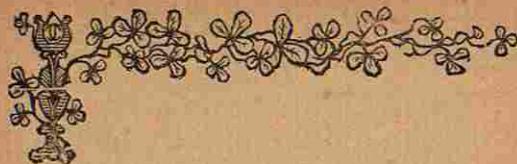
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ni pido gloria, ni riquezas quiero,  
Ni dominar imperios ambiciono;  
Morir desdeño en elevado trono  
Llorado del magnate y del guerrero:

Negra sotana al esplendor prefiero;  
Del poderoso anhelo el abandono:  
Luchar deseo con el rudo encono  
De hereje altivo y atesta fiero.

Quiero buscar del bárbaro un asilo  
En medio de selvático follaje;  
Vivir allí entre afanes y sudores:

Hambre sufrir y desnudez tranquilo,  
Y á manos del indómito salvaje  
Morir, en fin, con hórridos dolores.

®



## ADIÓS Á MI CIUDAD NATAL.

Cava, infelice, tus avaras minas,  
Cubierta siempre de ansiedad y espanto,  
Y con sudor y codicioso llanto  
El oro riega que afanosa hacinas.

Del Arno yo á las márgenes divinas  
Mi dulce lira pulsaré entretanto,  
Ó solitario elevaré mi canto  
De Roma entre las plácidas rüinas.

A ti tal vez potente foragido  
Te arrancará tu espléndido tesoro  
Y dejará tu suelo enrojecido.

Yo viviré sin conocer el lloro,  
Ni en su furor codiciará el bandido  
Mi pobre canto y mi rabel sonoro.

## VUELTA AL HOGAR PATERNO.

¡Cómo sufrió mi corazón ausente!  
¡Cómo de gozo férvido palpita  
Hora que ya mi planta te visita,  
Bello lugar de mi niñez riente!

¡Tu prado, qué magnífico! Esa fuente  
Que el céfiro gentil süave agita,  
¡Cuántos recuerdos en mi mente excita;  
Cuántas heridas abre juntamente!

Así, tan puro, su cristal corría  
Cuando á la luz de la callada luna  
Mi madre sus canciones repetía.

El arroyuelo, el fresno, la laguna,  
Todos se muestran á la vista mía:  
Sólo mi madre..... ¡oh pérfida fortuna!

## ADIÓS AL MARAÑÓN.

Antes que en brazos del destino impío,  
Y desafiando al huracán y al trueno,  
Prestados lares en hogar ajeno  
Busqué á través del piélago bravo,

Recibe, oh claro y cristalino río  
Que te deslizas á mis pies sereno,  
Recibe grato en tu paterno seno  
(Ofrenda postrimera) el llanto mío.

Y no te asombre, oh Marañón, si ahora  
Mi corazón agita pena extraña  
Y el varón fuerte en tu ribera llora.

Sabe que tu corriente mansa baña  
La dulce casa do mi padre mora:  
Por eso el llanto mi pupila empaña.

## EN LA MUERTE DE MI PADRE.

## I.

No me fué dado ni cerrar sus ojos,  
Ni recoger su postrimer aliento,  
Ni acompañar al triste monumento  
De mi adorado padre los despojos;

Extraño sacerdote oró de hinojos  
Ante su lecho en el fatal momento,  
Mientras á Europa me llevaba el viento  
De alto deber, no fútiles antojos:

Y cuando me alejaba amarga ausencia  
De mi afligido hogar, hirió con saña  
Su cansada cerviz letal dolencia.

¡Ah! ¿Por qué de la muerte la guadaña  
No detuvo ¡oh Señor! tu omnipotencia  
Mientras tornaba á mi natal montaña?

## II.

De frescas flores su funérea losa  
Si con guirnaldas á adornar no llego,  
Ni las adelfas diligente riego  
Que mano fraternal plantó en su fosa;

Mi unguida mano esfuérase piadosa  
Del Purgatorio en mitigar el fuego,  
Con el agua lustral, y con el ruego  
Que hace á Jesús su Inmaculada Esposa.

Rosas de salmos, blancos azahares  
De mortificación, rojos claveles  
De actos de caridad traigo á millares.

¡Ángeles del Señor! Recoged fieles  
Las flores que coloco en sus altares  
Entre ciprés y místicos laureles.

## III.

No solo yo su pérdida deploro,  
Ni solo el familiar círculo estrecho;  
En derredor del mortuorio lecho  
Vertió de la orfandad el triste lloro.

Oid cuál gime agradecido coro  
De pobres mil y mil, cuyo derecho  
Hizo triunfar con indomable pecho  
Quien gloria fué del mejicano foro.

Al ver lucir la funeraria tea  
Mirada de inquietud en torno lanza  
Desde su templo solitario Astrea:

El manto rasga, rompe la balanza,  
La cabellera mesa, el rostro afea;  
Que á la virgen también mi luto alcanza.

## IV.

Dos eran mis amores en el mundo:  
Ajeno al brillo, sordo á los placeres,  
Mi afecto concentrábase en dos seres:  
Mortal el uno, espíritu el segundo.

Hirió á mi padre el golpe furibundo  
De la implacable Parca: tú no mueres,  
¡Ángel Custodio! y desde entonces eres  
Único sér en quien mi dicha fundo.

Mirarte no me es dado; mas yo siento  
Que velas tú por mí. ¿Son ilusiones?  
Aun me parece respirar tu aliento.

¡Oh centro de mis puras afecciones!  
Mientras yo vivo, á tu celeste asiento  
No pretendas volar. ¡No me abandones!

Á UN GLOBO AEROSTÁTICO.

---

¡Símbolo fiel de la fortuna mía,  
Oh de frágil papel gigante globo!  
Al mirarte ascender, en dulce arrobo  
Mi atribulada mente se extasía.

Así entre flores empecé yo un día,  
Cual tú al abrigo del laurel y el pobo,  
Á inflarme y subir; y en vano el lobo  
En desgarrarme se empeñó á porfia.

Alzarme hasta las nubes quise luego;  
Y cuando en alto me juzgaba el mundo,  
¡Ay! se extinguió de súbito mi fuego.

Caí precipitado en lo profundo;  
Y con el llanto amargo en que me anego,  
El monte, el llano y la pradera inundo.

EL ÁNGEL DE LA FORTALEZA.

---

Me derrocó el Señor en su justicia,  
Como al antiguo Job, de mi alto asiento;  
Y me tornó en oprobio en un momento  
Del pueblo de que fuera honra y delicia.

Me sumergió del mundo la malicia  
En piélago fatal de hondo tormento;  
Y, presa de profundo desaliento,  
Perdido me juzgaba en mi impericia.

Un ángel me tendió la fuerte diestra,  
Y volviendo hacia mí su dulce rostro,  
Me hizo triunfar de nuevo en la palestra.

¡Espíritu! á tus plantas yo me postro;  
De amor, de gratitud, pide una muestra;  
Por mi ángel salvador todo lo arrostro.

## LA ESTRELLA DEL MAR.

Abrasador el sol, lejos la orilla,  
Boga mi nave por el mar de Atlante,  
Y el Ángel de la Muerte va delante  
Con rojo alfanje, que desnudo brilla.

Lo esgrime vengador; y la amarilla  
Asoladora fiebre, en un instante  
Al marinero audaz y al caminante  
Sepulta sin piedad bajo la quilla.

La gente en balde por socorro clama:  
Salir en vano del bajel pretendo,  
Y huir del fuego que tenaz me inflama.

Las manos con fervor al Cielo tiendo,  
Y la ESTRELLA DEL MAR su luz derrama,  
Y huye á su vista el Querubín tremendo.

## FALLAX EQUUS AD SALUTEM.

¡Señor! Tan sólo en tu socorro fio  
Para las duras marchas y campañas  
Que por desiertos y ásperas montañas  
En bien emprendo del rebaño mío.

Ni el invierno me arredra ni el estío;  
Por tierras propias voy y por extrañas;  
Pero si Tú, buen Dios, no me acompañas,  
Es vano mi valor, vano mi brío.

¿Qué me sirvió mi fuerza y lozanía?  
Cual flor que el viento arranca de su tallo  
Dolencia aguda me abatió en un día.

¿Qué me valió mi indómito caballo?  
Cayó al cruzar agreste serranía,  
Y por tierra con él postrado me hallo.

## MAGDALENA.

## I.

Donceles mil de plácidas maneras,  
De heroico porte y de gallardo brío,  
El que te vió nacer, fecundo río  
Produce en ambas fértiles riberas.

Habla, y la mano te dará quien quieras.  
¿Qué no podrá tu garbo y señorío?  
Mas no perturbes al esposo mío,  
Ni por quien tuyo no es, de amores muéras.

Mira en su dedo, oh niña, la sortija,  
De la jurada fe místico sello:  
A otro amador tu corazón elija.

¡Ay si á tocar te atreves ni un cabello!  
¡Ay si en su rostro tu mirar se fija!  
Súbita muerte segará tu cuello.

## II.

¡Blanca paloma, que de amor sedienta  
Rompiste el nido, y desviando el vuelo  
Senda fatal te abriste sin recelo  
Por aire impuro, que áspides alienta!

Cuando empezabas á gozar contenta  
Del dulce objeto de tu infando anhelo,  
Te derribó sin vida por el suelo  
De fiero cazador flecha sangrienta.

¡Tórtolas que saltáis de rama en rama,  
Presto bajad! ¡Venid, oh mariposas,  
Que en torno revoláis de ardiente llama!

Ved el cadáver, y aprended llorosas  
Que muerte y perdición Amor derrama  
En quien suspira por ajenas rosas.

## III.

No oréis por ella, oh niñas. ¿Qué aprovecha  
Verter, do ya no está, funéreo llanto,  
Si el alma á la mansión de eterno espanto,  
De su cuerpo al salir, bajó derecha?

Madre infeliz, que en lágrimas deshecha  
La tumba riegas de quien fué tu encanto,  
¿Por qué en su corazón, de amor no santo  
Entrar dejaste la homicida flecha?

Mancebo que al hechizo no supiste  
Huir de su mirada seductora,  
Luto por ella no, cilicio viste.

Y tú, infernal ministro, que en malhora  
Unión vedada sancionaste triste,  
Su muerte no, tu propio crimen llora.

## IV.

¡Aun es hermosa! Cual de mármol Pario  
Se ve á la luz de osciladora tea,  
Y de su cuerpo la esbeltez no afea  
El que la envuelve, fúnebre sudario.

¡Callad, profanos! Ved que el incensario  
Ante el altar propiciador humea,  
Y que al cristiano féretro rodea  
La augusta majestad del santuario.

Al precioso ataúd en torno moja  
Agua lustral, y fervorosas preces  
Mitigan de los deudos la congoja.

Tu fe proclama, oh niña, que mereces  
Perdón. Llanto oportuno desenoja  
A Dios, aunque ofendido muchas veces.

## Á UN GENERAL.

Sigue blandiendo tu brillante acero,  
Del malvado terror, gloria del justo,  
Con ese brazo intrépido y robusto,  
Del asesino espanto y del guerrero.

Blándelo, sí; mas no de Marte fiero  
El bélico fragor é infando susto  
A la mansión de paz llevas adusto,  
Ni del rebelde huellas el sendero.

Sírvate sólo tu gloriosa espada  
Para guardar los plácidos hogares  
De la ciudad á ti y á mí confiada.

Y el que anudaron los paternos lares,  
Vínculo dulce de amistad sagrada,  
Al arrullo estrechemos de los mares.

AL GENERAL RIVA PALACIO,  
MINISTRO DE FOMENTO.

---

Hijo á la par de Apolo y de Mavorte,  
Del Sur luchando en la lejana tierra,  
Al eco de tu cítara, á la guerra,  
Cual Tirteo, llevabas tu cohorte.

Cantaba en tanto en la Romana Corte  
Quien hora alegre, por llanura y sierra,  
Su grey dispersa apacentando, yerra  
En las fronteras del desierto Norte.

Unidos hoy, do juntan sus corrientes  
El Tamesí y el Pánuco, en los mares  
Antes de sumergir las verdes frentes,

Colguemos de los sauces seculares  
Lira y zampona; y tú construye puentes,  
Mientras yo sueño en erigir altares.

1878.

---

TAMPICO.

---

Del Pánuco argentado en la ribera  
Alza la frente encantador Tampico,  
En opulencia y hermosura rico,  
Joya sin par de la terrestre esfera.

Sombra le da la colosal palmera;  
Y el bullicioso plátano, abanico;  
Papagayos sin fin, de curvo pico,  
Nutre en redor eterna primavera.

El azulado mar sus muros baña;  
El sol siempre sus torres ilumina,  
Y la bruma polar nunca lo empaña

¡Oh! Si lo viera la Deidad Ciprina,  
De Idalia abandonara la montaña,  
Y aquí fijara su mansión divina.

## Á UNA DAMA

QUE VENDIÓ SUS JOYAS PARA ERIGIR UN ALTAR, ENVIÁNDOLE FLORES DE BETANIA Y DEL MONTE SIÓN, EL DÍA DE SU SANTO.

No es recogida en la floresta Idalia  
La que te ofrezco, cándida azucena;  
Ni Citera produjo esta verbena,  
Ni Pafos la que ves fragante dalia.

Las cultivaron vírgenes de Galia  
En Betania, y do fué la Última Cena;  
Y en la casa de Marta y Magdalena  
Para ti las corté, piadosa EULALIA.

En vez de la diadema refulgente  
Que al Señor ofrecistes, hoy corona  
Con flores de Sión tu casta frente.

La Mártir tutelar de Barcelona,  
Cuyo nombre te dió la sacra fuente,  
Esta guirnalda virginal te dona.

## Á UNA NIÑA

EN SU PRIMERA COMUNIÓN.

—¡Mariposa gentil de raudas alas,  
De vivos ojos é incesante vuelo,  
Que al arco bello de nublado cielo  
Con tus matices seductora iguales!

Dime: ¿qué significan esas galas,  
Esa cándida veste y blanco velo?  
¿Por qué la vista clavas en el suelo  
Y suspiros de amor lánguida exhalas?

—Ya no soy la fugaz mariposilla  
Que volaba á tus hombros cariñosa  
Del Bravo turbio en la caliente orilla.

Plegué mis alas; me lavó preciosa  
La sangre del Cordero sin mancilla,  
Y hoy mi Jesús conmigo se desposa.

Á OTRA.

---

¡Lirio gentil de mi heredad ardiente  
 En cuyo tallo mi esperanza estriba,  
 Que en huerto ajeno la piedad cultiva  
 De tierna virgen, de la patria ausente!

Del cierzo crudo tu gallarda frente  
 El soplo abrasador nunca reciba;  
 Jamás agote la calor estiva  
 La que te riega, cristalina fuente.

Del que prefieres hoy, cercado suelo,  
 Ya te arranque feliz mano terrena,  
 Ya para sí te guarde el Rey del cielo,

Cándida y pura, y de fragancia llena,  
 Gloria del valle, del Pastor consuelo,  
 Consérvate, oh blanquísima azucena.

LA VIOLETA DEL VOLCÁN.

---

¡Celeste flor que lánguida te meces  
 Al pie de esa blanquísima montaña!  
 ¿Cómo es que el crudo cierzo no te daña?  
 ¿Cómo en Enero tan gallarda creces?

¡Viola gentil, dichosa tú mil veces!  
 Ni el ábrego ni el sol tu azul empaña;  
 Del segador no alcanza la guadaña  
 Al nevado volcán do te guareces.

Desde Julio marchítase la rosa;  
 En Diciembre buscar fuera delirio  
 La dalia ó la azucena primorosa.

Tú, superior al girasol y al lirio,  
 Resistes, tan modesta como hermosa,  
 De Orión al hielo y al calor de Sirio.

## Á UN AMIGO

ENVIÁNDOLE MI CABALLO.

Este rojo corcel, bello y ligero,  
De raudó trote y gigantesca talla,  
No es un bridón de corte ó de batalla,  
Ni regalo de rey ó de guerrero.

Es prenda de fogoso misionero  
Que nunca sufre en su carrera valla;  
Que á su Dueño y Señor todo avasalla,  
Y hasta á través del mar se abre sendero.

Sobre él más de una cerca y más de un foso  
Atrevido salvé. De más de un río  
Y más de un bosque me sacó brioso.

Móntalo, amigo; y en recuerdo mío  
Guarda, mientras en Roma yo reposo,  
El caro potro que á tu brazo fio.

## AL VÉSPERO.

Estrella de la tarde, astro de amores,  
¡Cuán refulgente brillas! ¡Ay! No en vano  
Luz de Citeres te llamó el pagano  
Al contemplar tus vivos resplandores.

Del gentilismo huyeron los errores;  
Y ojo, lumbré, destello soberano  
De la Virgen Deipara, el cristiano  
Te apellida, cantando tus loores.

¡Véspero, que del bosque entre las hojas  
Mil veces alumbrándome el camino  
Calmaste mis afanes y congojas!

Cuando á cruzar el mar voy peregrino,  
No ocultes, por piedad, ese que arrojas  
Sobre las aguas, esplendor divino.

## AL MAR.

¡Oh mar, que cuando airado te levantas  
Naves sumerges, mástiles doblegas,  
Y hoy mansamente á acariciar te llegas  
Sobre la arena mis cansadas plantas!

¡Hermoso mar, que al pescador espantas,  
Y, aunque la casa do nací no riegas,  
Más que mis montes y nativas vegas  
Con tu imponente majestad me encantas!

¡Oh mar divino! Si á tu numen grato  
Ha sido alguna vez el canto mío  
En que tus ondas límpidas retrato;

Si no te ofende el júbilo y el brío  
Con que á tu seno de lanzarme trato,  
Protege ahora mi veloz navío.

## EN EL MAR PACÍFICO.

Llega rugiendo el huracán de Oriente,  
Y atravesando la montaña y lago  
De Nicaragua, el espantoso estrago  
Comunica á los mares de Occidente.

Su fuerte sopló el piélagó resiente,  
Y alzándose feroz con rudo amago,  
Su antiguo nombre de celeste halago  
El Pacífico Océano desmiente.

El mismo, en tanto, que gentil corona  
Otro tiempo tejió de humildes flores,  
Cogidas ya en Salem, ya en Heliconá,

Insensible del ponto á los furores,  
En la agitada nave himnos entona  
Del rayo á los terríficos fulgores.

PLEGARIA EN LA PLAYA.

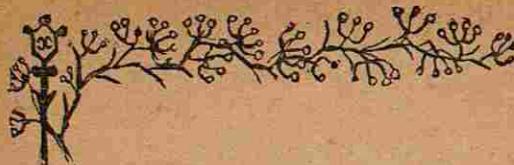
---

¡Ángel divino, á cuya dulce guarda  
Confío el Omnipotente estas riberas;  
Cuya plegaria, en la región do imperas,  
Los castigos de Dios templá y retardá!

¡Ángel consolador, por quien gallarda  
Se eleva, entre los cedros y palmeras,  
Torre que las agujas altaneras  
Vence de la Basílica Lombarda!

¡Santo Ángel tutelar, por quien mi mano  
En la orilla del mar firme coloca  
La combatida enseña del cristiano:

Haz que, partido yo, la furia loca  
De las olas y el viento azote en vano  
La Cruz que hemos clavado en esta roca!



EN LA PIRÁMIDE DE CHOLULA.

---

I.

¿Qué mano tus hondísimos cimientos  
Audaz abrió, pirámide famosa?  
¿Quién elevó esa cúspide, que airosa  
Iguala á los egipcios monumentos?

¡Oh! ¡De Titán sin duda tuvo alientos  
El que eligió tu mole ponderosa!  
¿Cubres, quizá, su funeraria fosa?  
¿Volaron sus cenizas á los vientos?

¿Dónde nació? ¿De la remota orilla  
Del Nilo bienhechor lo trajo acaso  
Al Nuevo Mundo ignota navecilla?

¿Ó por Béring helado hallando paso,  
La que aprendió en Babel, obra de arcilla,  
Vino á imitar en la región de Ocaso?

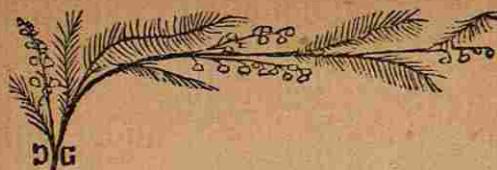
## II.

De la indómita raza de gigantes  
Que pretendieron escalar el Cielo  
Vástago soy: al mejicano suelo  
Me arrojaron los Númenes triunfantes.

Prófugo y desterrado, fué, como antes,  
Otro Babel edificar mi anhelo:  
Los túmulos de Céops y de Belo  
Apenas son á mi obra semejantes.

Del vecino volcán la ardiente lava  
A recocer la inmensa muchedumbre  
De mis nuevos ladrillos no bastaba.

Al sol entonces arrebaté su lumbre,  
Y quise con Popoca y Orizaba  
De mi montaña nivelar la cumbre.



## ÍNDICE.

	Páginas
PRÓLOGO .....	I
LIBRO PRIMERO.	
ODAS, HIMNOS Y CANCIONES.	
A E. Marcelino Menéndez y Pelayo, enviándole, en cambio de sus poesías líricas, las obras poéti- cas, oratorias y pastorales del autor.....	7
Al mismo, con motivo de su recepción en la Real Academia Española.....	11
En la canonización de los mártires japoneses.....	17
En la consagración episcopal del Excmo. Señor Nuncio apostólico en Bélgica, Monseñor Miccis- lao Ledochowski.....	23
El mar.....	27
Al Ródano.....	31
Imitación de Horacio.....	37
La violeta del Tamesí.....	43
A la misma, quince años después (soneto).....	49
A Estacio, al leer su «Psittacus melioris» (juguete anacreóntico).....	51
Santa Catalina de Sena, traducción del latín de Carlos de Aquino (palinodia á la oda XV de Anacreonte).....	53
Himno.—Para los alumnos del Colegio Pío-latino- americano de Roma.....	55

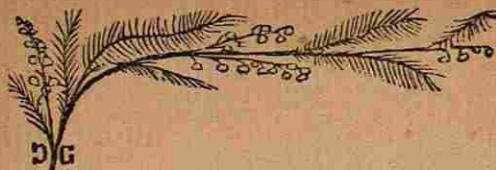
## II.

De la indómita raza de gigantes  
Que pretendieron escalar el Cielo  
Vástago soy: al mejicano suelo  
Me arrojaron los Númenes triunfantes.

Prófugo y desterrado, fué, como antes,  
Otro Babel edificar mi anhelo:  
Los túmulos de Céops y de Belo  
Apenas son á mi obra semejantes.

Del vecino volcán la ardiente lava  
A recocer la inmensa muchedumbre  
De mis nuevos ladrillos no bastaba.

Al sol entonces arrebaté su lumbre,  
Y quise con Popoca y Orizaba  
De mi montaña nivelar la cumbre.



## ÍNDICE.

	Páginas
PRÓLOGO .....	I
LIBRO PRIMERO.	
ODAS, HIMNOS Y CANCIONES.	
A E. Marcelino Menéndez y Pelayo, enviándole, en cambio de sus poesías líricas, las obras poéti- cas, oratorias y pastorales del autor.....	7
Al mismo, con motivo de su recepción en la Real Academia Española.....	11
En la canonización de los mártires japoneses.....	17
En la consagración episcopal del Excmo. Señor Nuncio apostólico en Bélgica, Monseñor Miecis- lao Ledochowski.....	23
El mar.....	27
Al Ródano.....	31
Imitación de Horacio.....	37
La violeta del Tamesí.....	43
A la misma, quince años después (soneto).....	49
A Estacio, al leer su «Psittacus melioris» (juguete anacreóntico).....	51
Santa Catalina de Sena, traducción del latín de Carlos de Aquino (palinodia á la oda XV de Anacreonte).....	53
Himno.—Para los alumnos del Colegio Pío-latino- americano de Roma.....	55

	<u>Páginas.</u>
Himno.—Para las niñas del Colegio de Jacona, cerca de Zamora.....	59
A un prelado (D. José Ignacio Víctor Eyzaguirre) al partir para Sud-América.....	65
A mi lira.....	67
A un poeta (D. José Sebastián Segura) leyendo sus versos.....	71
Estancias recitadas delante de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX.....	75
A un sacerdote (D. Antonio Plancarte y Labastida) en su primera misa.....	77
Al mismo asunto.....	83
Al mismo.....	87
A un romano en 1859.....	91
El campo de batalla (traducción del inglés de Felicia Hemans).....	93
A la batalla de Castelfidardo.....	95
A Fernando de Herrera (oda leída y premiada en los juegos florales de Sevilla, el año de 1880)...	105
Oda sáfica leída en la Asamblea de la Juventud Católica de Madrid el 7 de Marzo de 1880.....	113
Diálogo con que el Colegio del Sagrado Corazón felicitó al Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, arzobispo de Méjico, el 8 de Diciembre de 1889, día de su jubileo sacerdotal.....	119
Al mismo señor Arzobispo, regalándole un anillo el día de su jubileo.....	131
Plegaria con motivo del mismo jubileo.....	133

## LIBRO SEGUNDO.

## ELEGÍAS.

I.—El papagayo de Corina (traducción de Ovidio).....	137
II.—En la temprana muerte del Ilmo. y Rvmo. Se-	

	<u>Páginas.</u>
ñor D. Fray Vital Gonçalves de Oliveira, del Orden de los Menores Capuchinos, obispo de Olinda.....	141
III.—En la muerte del Excmo. Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, director de la Academia Mexicana.....	153

## LIBRO TERCERO.

Fiesco (poema heroico).....	161
-----------------------------	-----

## LIBRO CUARTO.

## SÁTIRAS.

I.—La Virgen de la Esperanza y los alumnos zamoranos del Colegio Pío-latino-americano de Roma, ó educación á la europea.....	197
II.—Mis viajes.....	207

## LIBRO QUINTO.

Epístola moral.....	219
---------------------	-----

## LIBRO SEXTO.

## SONETOS SAGRADOS, HISTÓRICOS Y MITOLÓGICOS.

En el lago de Tiberíades.....	231
Jesús resucitado.....	233
Al Sagrado Corazón de Jesús.....	235
Judas.....	237
Santa Inés, virgen y mártir.....	239
San Lorenzo, mártir.....	245
Santa Agueda, virgen y mártir.....	247
San Sebastián.....	251
Judit y Holofernes.....	253
Judit vencedora.....	255

	Páginas.
El Sumo Sacerdote á Judit.....	257
El corsario Dragut.....	259
El condestable Borbón.....	261
Ulises.....	263
Ajax.....	265
Niobe.....	267

TRADUCCIONES DE ANACREONTE.

Oda II.—Las mujeres.....	271
Oda III.—El amor mojado.....	272
Oda IV.—A sí mismo.....	275
Oda V.—La rosa.....	276
Oda VII.—La carrera.....	277
Oda IX.—La paloma.....	278
Oda X.—El Cupido de cera.....	280
Oda XI.—El desafío.....	281
Oda XII.—A una golondrina.....	282
Oda XIV.—A sí mismo.....	283
Oda XVIII.—La copa de plata.....	284
Oda XXXII.—Los amores de Anacreonte.....	285
Oda XXXV.—El nido de amores.....	286
Oda LIII.—Los amantes.....	287
Oda LIV.—La vejez.....	288
Oda LX.—A Diana.....	289
Oda LXIII.—A una yegua.....	290

EPIGRAMAS GRIEGOS.

El Cupido de plata.....	293
Amor coronado.—De Mariano Escolástico.....	294
A Amor dormido.—De Estatilio Flaco.....	295
De Antipatro Sidonio.....	296
Imitación.—De Zona Sardinio.....	297
A una estatua de Dido.....	298
La nodriza.—De Filipo de Tesalónica.....	299

	Páginas.
Epitafio de un pastor.—De Leónidas de Tarento.....	300
Epitafio de un naufrago.—Del mismo.....	301
El papagayo (imitación).....	302

ENVIANDO MI RETRATO.

I.—A un poeta.....	305
II.—A un religioso.....	306
III.—A un sacerdote, el décimo aniversario de su primera misa.....	307
IV.—A un cortesano.....	308
V.—A una dama al volver de Tierra Santa.....	309
VI.—A persona desconocida.....	310

A VARIOS, DEDICÁNDOLES LA VERSIÓN MÉTRICA DE LOS «IDILIOS DE TEÓCRITO» CUYOS TÍTULOS SE EXPRESAN.

A un poeta.—Tírsis ó la canción de Dafnis.....	313
A otro.—Los segadores.....	314
A una dama.—El vaquerillo.....	315
A otra.—La rueca.....	319
A un cura párroco.—Los gemelos.....	317
A otro.—Los pescadores.....	318
A un amigo.—Epitalamio de Helena.....	319
A un gobernante en 1874.—Panegírico de Tólemeo.....	320
A mi hermana sor ***, desterrada en 1874.—Amárilis.....	321
A tres hermanas.—Las siracusanas.....	322
A un médico.....	323
Al mismo, dedicándole, veinte años después, «El Cíclope», que dedicó Teócrito al médico-poeta Nicías.....	324
A una niña.—Enviándole los Bucólicos griegos..	325
A la misma.—Regalándole las odas de Píndaro...	326

RECUERDOS Y MEDITACIONES DE UN PEREGRINO EN EL  
CASTILLO DE MIRAMAR, EN OCTUBRE DE 1876.

I.—Miramar en 1876.....	329
II.—El Archiduque.....	330
III.—Tres años después.....	331
IV.—La Princesa.....	332
V.—El juramento.....	333
VI.—El oratorio.....	334
VII.—El 19 de Junio de 1867.....	335
VIII.—El pañuelo.....	336
IX.—¿Fue traición?.....	337
X.—¿Fue locura?.....	338
XI.—«Non ti fidare».....	339
XII.—Carlota en Veracruz.....	340
XIII.—Morir como cristianos.....	341
XIV.—Apología.....	342

VARIOS.

***.....	345
Adiós á mi ciudad natal.....	346
Vuelta al hogar paterno.....	347
Adiós al Marañón.....	348
En la muerte de mi padre.....	349
A un globo aerostático.....	352
El Ángel de la fortaleza.....	353
La estrella del mar.....	354
«Fallax equus ad salutem».....	355
Magdalena.....	356
A un General.....	359
Al general Riva Palacio, ministro de Fomento...	360
Tampico.....	361
A una dama que vendió sus joyas para erigir un	

altar, enviándole flores de Betania y del monte	
Sión, el día de su santo.....	362
A una niña en su primera comunión.....	363
A otra.....	364
La violeta del volcán.....	365
A un amigo enviándole mi caballo.....	366
Al Véspero.....	366
Al mar.....	368
En el mar Pacífico.....	369
Plegaria en la playa.....	370
En la pirámide de Cholula.....	371



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
REGISTRADO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Este libro se acabó de imprimir en Madrid,  
en el Establecimiento tipográfico  
«Sucesores de Rivadeneyra»,  
el día 15 de Enero  
de 1896.*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

